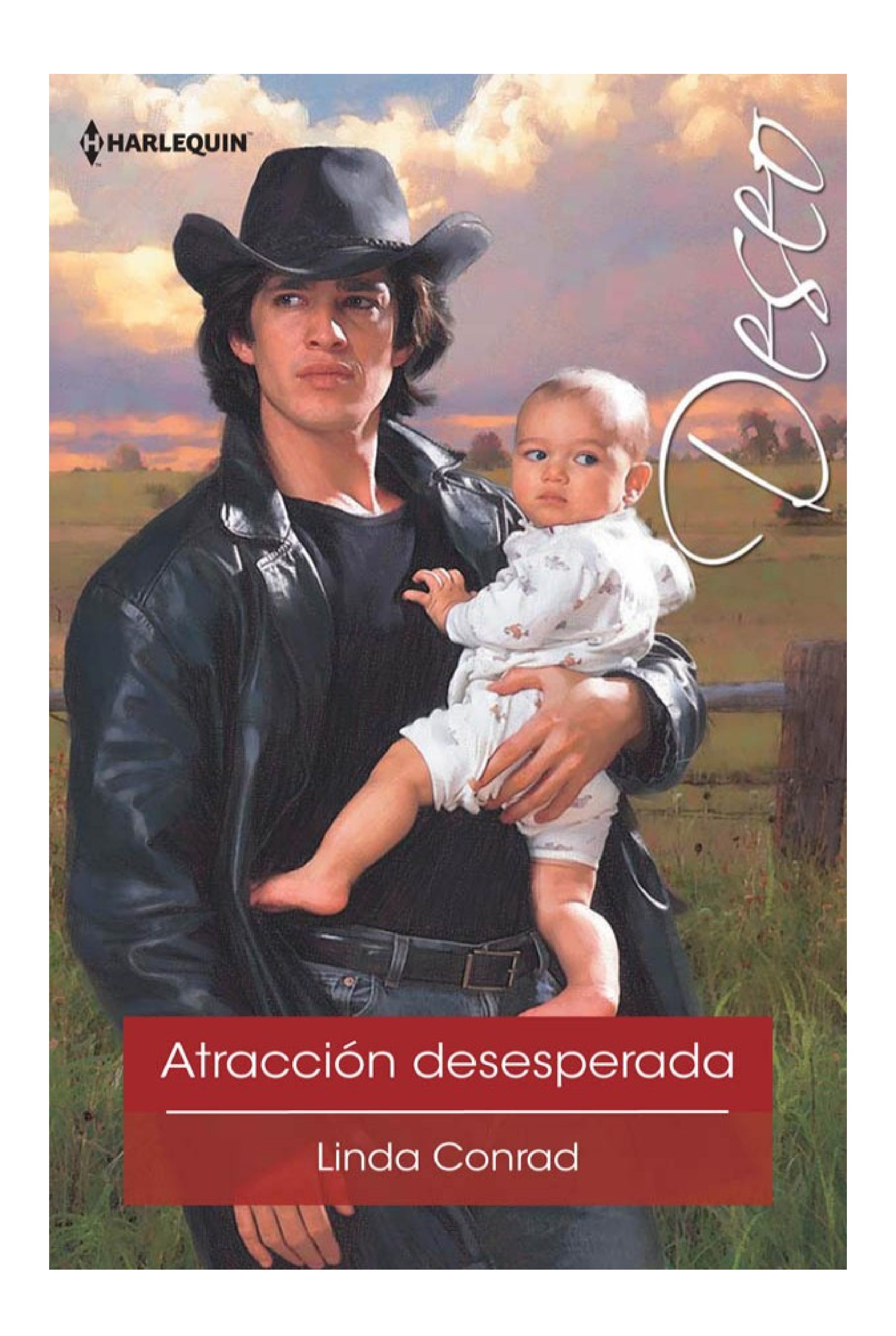

HARLEQUIN
Deseo
Atracción desesperada
Linda Conrad

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Atracción desesperada, n.º 1192 - febrero 2016
Título original: Desperado Dad
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2003

I.S.B.N: 978-84-687-8049-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

Manny Sánchez pensó que la lluvia tenía una ventaja: ayudaba a ocultar su sigilosa persecución nocturna. Avanzaba en su Harley por la fría y dura calle, entre maldiciendo la tormenta y agradeciendo la ocultación añadida que suponía.

Unos segundos después, la furgoneta que había estado siguiendo bajó la velocidad. Cuando se encendieron las luces rojas de freno, lo asaltaron imágenes de devastadores accidentes de tráfico. A sus treinta y cuatro años de edad había visto muchos hierros retorcidos, y un recuerdo de su propio dolor se le clavó en el pecho.

Pero en aquel momento no podía dejarse llevar por el pasado. En el interior del vehículo había un niño. La vida siempre había sido muy cruel con Manny; sin embargo, no estaba dispuesto a permitir que la todavía corta existencia de aquel niño terminara de aquel modo. No lo consentiría. Otra vez, no.

A través de la visera del casco, empañada por la lluvia, vio horrorizado que la furgoneta entraba en un puente bajo, medio cubierto por las aguas, y patinaba.

Manny se estremeció y tuvo la sensación de que nadie saldría con vida.

De repente, su motocicleta pasó por encima de una capa de hielo y perdió el control. Quitó gas tan deprisa como pudo y llevó la Harley hacia la grava que cubría el arcén, pero no pudo evitar caer al suelo y darse un buen golpe en el hombro izquierdo. Por fortuna, llevaba una cazadora de cuero y no se hizo daño. Además, la motocicleta salió despedida en dirección opuesta, arañando el asfalto y haciendo saltar chispas hasta detenerse a unos metros de distancia.

Se levantó y se alegró al comprobar que aún podía caminar. Lamentablemente no tenía tiempo para ver si se había roto algún hueso o si estaba sangrando. Se quitó el casco, lo lanzó a un lado y corrió hacia el puente.

Casi en cámara lenta, Manny pudo ver que la furgoneta perdía contacto con el asfalto y se deslizaba hacia el agua. Antes de que

pudiera darse cuenta, el vehículo cayó de lado y comenzó a ser arrastrado por el furioso torrente.

Se quedó sin aliento mientras contemplaba la escena. Se sentía profundamente angustiado y culpable. Se preguntó por qué no había encontrado alguna excusa para dejar el caso aquel mismo día o incluso el día anterior. Por qué no se había alejado de todo ello la semana anterior, antes de que las cosas empezaran a empeorar.

Mientras el agua arrastraba la furgoneta, Manny pudo oír un fuerte chirrido de metal, como si la fuerza del torrente la estuviera estrujando. Y el incesante sonido de la lluvia se mezclaba con los latidos desenfrenados de su corazón.

De todas formas, no tenía tiempo para recriminaciones. De modo que, una vez más, olvidó sus emociones y reaccionó ante la tragedia de la forma en que lo habían entrenado: actuando, sin dudar.

Justo entonces, la furgoneta chocó contra un montón de restos que se habían acumulado contra unos árboles, en la orilla del río. Era todo lo que Manny necesitaba, así que corrió hacia el vehículo antes de que se soltara y siguiera curso abajo.

Cuando llegó a su altura, pensó en lo que iba a hacer y se preguntó si habría sobrevivido alguien. La furgoneta estaba semisumergida y las negras aguas seguían subiendo. Desde la orilla solo podía ver el techo, de manera que no podía estar seguro.

A pesar del dolor de su hombro izquierdo, subió al vehículo e intentó abrir la puerta del copiloto. Tardó varios minutos en conseguirlo, un tiempo precioso, pero por fin lo consiguió y miró en el interior.

–¿Pueden oírme? –preguntó.

Al mirar con más detenimiento, observó que en el asiento del copiloto no había nadie. El silencio era tan terrible que durante un momento pensó que todos habían fallecido.

Entró y en aquel momento oyó el inconfundible llanto de un niño. Contra todo pronóstico, estaba vivo. Pero no podía verlo en la oscuridad.

Se sumergió en el agua, en el lugar donde se suponía que debía estar el conductor, y no encontró a nadie. Supuso que el tipo que conducía habría sido arrastrado por las aguas.

Tan rápidamente como pudo, Manny salió de la furgoneta de nuevo e intentó abrir la puerta corredera de la parte posterior. Tiró con todas sus fuerzas y una vez más sintió una punzada en el hombro.

Por fin, la puerta cedió y vio al niño. Aún estaba en su carrito, que por fortuna flotaba en el agua. Intentó alcanzarlo, pero el carrito aún estaba atado a uno de los asientos traseros y tuvo que sacar su navaja para cortar la cinta.

Unas manos pequeñas tocaron su rostro.

–¿Estás bien, pequeño? –preguntó, intentando disimular su tensión–. Te sacaré enseguida.

El niño de pelo oscuro, que no llevaba más ropa que un jersey y el pañal, comenzó a sollozar. Pero lo hizo de forma suave, casi con timidez, y el corazón de Manny se contrajo.

–¿Pa... pá?

El pequeño volvió a tocarlo y se aferró a su chaqueta.

–No soy tu papá, hijo, pero no tengas miedo. No permitiré que te suceda nada malo.

Manny volvió a recordar el pasado y se dijo que aquel pequeño ya había perdido a su padre y a su madre para siempre. Su vida ya había comenzado de un modo terriblemente trágico y se prometió que costara lo que costara, y tuviera a quien tuviera que enfrentarse, cuidaría de él a partir de aquel momento.

Por fin, y con más esfuerzo del que su hombro podía soportar, la cinta cedió ante el filo de su navaja. El niño se aferró a su cuello, desesperado.

Manny cerró el arma y se la guardó en uno de los bolsillos traseros de su pantalón mientras experimentaba lo más parecido al pánico que había sentido en toda su vida. El dolor del hombro había aumentado y no sabía cómo salir de la furgoneta, en tales condiciones, con el niño.

–Dame el niño a mí...

–¿Qué? –preguntó, asombrado.

La voz de la mujer lo tomó totalmente por sorpresa.

Cuando alzó la mirada, vio que dos brazos se extendían hacia él a través de la puerta corredera. Se preguntó de dónde habría salido, si habría estado también en el interior del vehículo. Pero eso no era posible.

–Date prisa. No creo que tengamos mucho tiempo...

La intervención de la desconocida bastó para que Manny reaccionara. Le entregó el niño y la mujer lo agarró con fuerza.

–Tranquilo, pequeño, ya te tengo –dijo ella, con voz dulce.

En cuanto se alejaron de la furgoneta, Manny se las arregló para volver a subir al lateral del vehículo. Al llegar arriba, vio que la

mujer miraba hacia la orilla, como si no supiera cómo salir de allí.

La lluvia los golpeaba y hacía que moverse resultara muy difícil. Manny tomó una decisión rápida. Bajó de la furgoneta y consiguió hacer pie en el montón de restos acumulados por la corriente y ramas rotas de árboles.

Después, extendió el brazo que no le dolía hacia la mujer y dijo:

–Pásame al niño y después baja. Yo te sostendré.

–Estás herido. ¿Podrás hacerlo?

–No es nada. Solo ha sido un golpe en el hombro.

La mujer no parecía estar muy segura con sus explicaciones pero le dio el niño de todos modos. El pequeño se aferró a su chaqueta de cuero y poco después Manny la ayudó a descender del vehículo.

En cuestión de segundos se encontraban en la orilla.

–¿Hay alguien más dentro? –preguntó ella.

Manny negó con la cabeza.

Por primera vez, Manny se fijó en la desconocida. Era alta, con apenas unos centímetros menos de su metro ochenta, y su largo cabello estaba empapado. Llevaba un chubasquero reflectante que le quedaba excesivamente grande y hacía que pareciera más joven de lo que era, aunque supuso que debía de tener alrededor de veinticinco años.

Sin embargo, sus ojos fueron lo que más le llamó la atención. Estaban llenos de preguntas y en la oscuridad no pudo saber de qué color eran. Llenos de emociones, su expresión hacía que pareciera dulce y fuerte a la vez, aunque en aquel instante denotaban un evidente pánico.

Manny consideró la posibilidad de que el conductor del vehículo siguiera con vida. Era un final demasiado trágico para un hombre que obviamente se había asustado en Del Río y que había decidido dirigirse directamente a ver a su jefe. Por desgracia, la madre naturaleza se había interpuesto en su camino.

En todos los años que llevaba trabajando en operaciones contra el tráfico de niños, nunca había seguido a ninguno de los delincuentes tan lejos de la frontera. En general, los raptaban en México o Europa y después entraban en Estados Unidos por la frontera sur. Casi todas las ventas de pequeños se realizaban en las grandes ciudades de Texas, y la idea de que ahora también lo hicieran en localidades pequeñas le disgustó.

De todas formas, se dijo que sería imposible encontrar su cuerpo aquella noche, de modo que dejó de pensar en ello.

Sin dudarlo, se acercó a la mujer y la abrazó con su brazo herido, sin dejar de sostener al niño con el otro.

–Tenemos que resguardarnos de la lluvia. Ahora.

–Mi... mi todoterreno...

Manny la llevó hacia la carretera. Apenas habían dado unos pasos cuando el agua apartó el vehículo de la orilla y lo arrastró corriente abajo.

Al llegar a la carretera, Manny pudo ver el todoterreno de la mujer. Era un vehículo de unos quince años de antigüedad y tracción a las cuatro ruedas que estaba detenido, con las luces encendidas, en mitad del asfalto.

–¿Crees que podrás conducir? –preguntó él.

Ella asintió y entró en la camioneta. Manny se sentó a su lado, se desabrochó la cazadora, apoyó el niño en su pecho y lo cubrió con la prenda para darle sensación de seguridad. Tal vez fuera una posición algo peligrosa para avanzar por carreteras en aquel estado, pero era la única forma de que entrara en calor.

Miró a la mujer y vio que se había puesto el cinturón de seguridad, pero las manos le temblaban tanto que no parecía capaz de aferrar el volante.

–¿Estás segura de que puedes conducir?

–Sí –respondió con inseguridad–. El agua está subiendo a tal velocidad que si no nos damos prisa nos quedaremos atascados entre dos torrentes. Siempre pasa cuando hace tan mal tiempo. Mi rancho está cerca, en lo alto de una colina. Es la única oportunidad que tenemos.

La mujer arrancó y se alejaron del río.

Entonces, Manny cayó en la cuenta de que no conocía su nombre ni sabía de dónde había salido.

–Gracias por acercarte a ayudarnos –dijo él–. Ha sido un acto muy valiente por tu parte, aunque también peligroso.

La mujer no dijo nada. Estaba concentrada mirando la carretera.

–Me llamo Manny Sánchez. ¿Y tú?

–Randi.

–¿Cómo?

–Me llamo Randi. Randi Cullen. Y vivo en el rancho Running C.

Manny se sobresaltó. Ese era el nombre del rancho que habían mencionado los delincuentes en su conversación en el café de Del Río. Se preguntó si aquella mujer estaría involucrada en el asunto y pensó que por las circunstancias encajaba en el papel de

sospechosa. Pero solo había una forma de averiguarlo: tendría que vigilarla.

Decidió que sería mejor que se mantuviera cerca de ella, fuera como fuera y costara lo que costara.

Randi apretó las manos sobre el volante y miró un momento al oscuro e intimidante hombre que la observaba desde el asiento de al lado. Irradiaba energía, llena de tensión, y la asustaba y excitaba al tiempo.

Todavía no sabía qué la había empujado a salir del todoterreno y subir a aquella furgoneta. En realidad no había tenido tiempo para considerar las complicaciones y ya tampoco podía hacerlo: no tenía más opción que llevar al hombre y al niño a su casa.

Al oír los llantos del niño, se olvidó de repente de la peligrosidad de la situación y decidió actuar. Nunca había hecho nada parecido en toda su vida y el simple hecho de pensar en ello bastaba para que se pusiera a temblar, pero todavía, sentada allí con un completo desconocido, se sentía orgullosa de lo que había hecho.

Además, durante la última media hora se había sentido más viva que en los últimos años. Llevar a aquel hombre a su casa podía ser peligroso, pero no le importaba en absoluto. De alguna forma, sabía que podía confiar en él. Había algo en su forma de comportarse que le recordaba a un viejo amigo, el ayudante del sheriff.

Por lo que sabía, viajaba solo con su hijo. Por otra parte, habían necesitado de su ayuda y ella había tenido ocasión de ayudarlos. La frustrante sensación de no poder hacer nada, que había acumulado durante tanto tiempo, había desaparecido en cuestión de minutos.

–Es un nombre muy inusual para una mujer –comentó él.

–¿Randi? Sí, supongo que sí. Era el mote de mi abuela, aunque se llamaba Miranda –explicó ella.

–Pues me parece un nombre muy bonito.

Ella se ruborizó sin poder evitarlo. Lo miró y notó que sonreía, divertido. La sonrisa iluminó por completo su rostro y lo convirtió en el hombre más atractivo que había visto nunca.

No era el típico hombre guapo, la típica estrella de cine; sus rasgos eran demasiado duros y su nariz demasiado grande, pero estaba lleno de intensidad y de dureza, como si bajo su apariencia aparentemente civilizada se ocultara un peligroso depredador. Y era

grande, alto y fuerte. Tanto, que ocupaba buena parte del interior del vehículo.

–Me lo puso mi madre –comentó.

–Pues bien, Randi, tengo una pregunta que hacerte… ¿Qué estabas haciendo en mitad de este diluvio?

Randi hizo un esfuerzo por tranquilizarse y contestó a la pregunta.

–Regresaba a casa. Cuando supe lo de la tormenta, me detuve a comprar comida en un supermercado. Por eso salí tan tarde.

Todavía estaba tan nerviosa que apenas podía pronunciar palabra, de modo que respiró profundamente y aspiró el aroma de cuero mojado, sudor y masculinidad que despedía aquel individuo. Una sensación extraña, que ni siquiera podía nombrar, comenzó a crecer en su interior.

Sin pretenderlo, miró sus manos para ver si llevaba algún anillo.

–Vi las luces de un vehículo –continuó ella–. Todos los vecinos saben que no deben cruzar por ese puente cuando suben las aguas, así que imaginé que debían de ser forasteros y supe que estarían en problemas.

No llevaba nada. Randi notó que no llevaba ningún anillo de casado, pero eso no quería decir gran cosa. La gente no siempre los llevaba y además estaba la cuestión del pequeño.

Al pensar en el niño, se giró y lo miró. Se sorprendió al ver que se había dormido contra el fuerte pecho del hombre de pelo negro.

–No podremos llegar al hospital. La riada nos alcanzaría antes. ¿Está bien el niño? ¿Podrás arreglártelas?

–Sí, creo que sí –respondió él.

–¿Cómo se llama?

–Yo, no lo… Ricardo… Ricky –mintió.

Por su extraña respuesta, Randi pensó que tal vez estuviera tan nervioso como ella, pero no lo creía. No después de haberlo visto en acción. Había entrado en la furgoneta y lo había rescatado en mitad de la tormenta.

–Creo que se pondrá bien –continuó él–. Dejó de temblar hace unos minutos, aunque sería mejor que le pusiéramos ropa seca.

–Es cierto. Ya hemos tenido bastante agua por hoy. Pero estamos a punto de llegar a mi rancho.

Poco después, pudieron ver el cartel de la entrada del rancho Running C.

Randi detuvo el todoterreno y salió para abrir el portalón de la

verja. No resultó fácil, porque el suelo estaba embarrado y las puertas no se abrían bien.

Maldijo su suerte. Sabía que después de aquella tormenta su carretera estaría en un estado lamentable. Y esta vez no tenía dinero par arreglarla.

Frustrada, abrió las puertas y regresó al interior de su vehículo. No pensaba volver a bajar para cerrarlas. No le importaba. No tenía la menor intención de empaparse de nuevo por algo tan irrelevante.

Ya en el asiento del todoterreno, sintió que gotas heladas resbalaban por su cuello. No se detuvieron allí. Siguieron descendiendo y se estremeció de forma involuntaria, pero apretó los labios y siguió conduciendo.

Solo faltaba poco más de medio kilómetro para llegar a la casa.

Con el camino en tan malas condiciones, le pareció toda una eternidad. Pero, por fin, se detuvieron en el vado del rancho. Normalmente aparcaba cerca del árbol, pero se acercó tanto como pudo al porche.

–Ya hemos llegado. Saldré a encender la luz y después volveré para ayudarte con el niño –dijo ella.

Entonces, abrió la portezuela y salió al exterior.

Cuando entró en la casa, Manny intentó librarse del agua que había acumulado en todo su cuerpo, con poco éxito. Estaba empapado de los pies a la cabeza.

En cuanto Randi encendió la luz del porche, Manny pudo echar un vistazo al rancho. No era gran cosa. Por lo que había notado, las escaleras del porche estaban en mal estado y las puertas necesitaban una mano urgente de pintura.

Se encontraba en una habitación con muebles viejos, linóleo en el suelo y papel pintado en las paredes. Apretó al niño contra su pecho, porque no quería que se enfriara. Aunque estaban en el interior de la casa, hacía frío y podía ver el vaho que formaba su respiración.

Randi entró entonces con dos bolsas llenas de comida.

–Bueno, esto es todo. Vamos a la cocina y encenderé la estufa. Solo tardará unos minutos en calentarse.

La mujer se quitó el chubasquero y lo colgó. Después, llevó a sus invitados hacia la cocina y encendió las luces a su paso.

Sin la ancha prenda que llevaba para protegerse de la lluvia,

Randi parecía una rata empapada. O más bien, un ratón. Delgada y pálida, su largo cabello castaño casi se había secado y su ropa también estaba muy mojada.

Lo único memorable en ella, en aquellas circunstancias, eran sus ojos. Parecían mágicos. Al principio le habían parecido verdes con motas azules, pero ahora le parecían dorados con motas de color bronce. Aunque la vulnerabilidad que había notado en ellos le gustaba más que sus curiosos cambios de color.

Repentinamente consciente de que él tampoco debía de tener muy buen aspecto, tropezó con una de las alfombras y abrazó con fuerza al niño. No le había gustado tener que mentir e inventar un nombre para él, pero no había tenido otro remedio.

La cocina parecía haber sido amueblada en los años cuarenta. Tenía gas, un ventilador en el techo, una mesa en mitad de la habitación y los típicos muebles de la época.

En cierta forma, el ambiente le recordó a su país, México. Aunque todo era viejo, estaba inmaculadamente limpio y perfectamente bien cuidado.

Se sentó en una silla de madera junto a la estufa de hierro forjado, muy común en algunas zonas del oeste. Pero Manny dudaba que la tuviera en el rancho porque estuviera de moda; seguramente siempre había estado allí. Y en cualquier caso, funcionaba.

La mujer encendió la estufa y, acto seguido, dijo:

–Se calentará enseguida. Ahora iré a buscar unas toallas y una manta para tu niño.

Cuando Randi desapareció, Manny supo que la estaba observando con más interés y atención del que cabía esperar en un agente especial en misión secreta. Aquellos ojos lo desconcertaban.

Cuando hablaba, parecía algo tímida. Tenía pecas en la nariz y resultaba tal vez demasiado delgada, pero sus caderas poseían una forma muy seductora bajo el vestido que llevaba.

Sin embargo, aquella no era la situación más adecuada para prestar atención al deseo que sentía cuando sus miradas se encontraban. Pero le había sorprendido y aún estaba intentando recobrarse.

Randi regresó segundos después.

–Dame a Ricky y yo me encargaré de él. Tú quítate la ropa. Estas empapado.

La mujer dejó las toallas y las mantas sobre la encimera y él le

dio el niño antes de quitarse su cazadora. Manny descubrió entonces que la temperatura de la cocina había subido bastante en cuestión de minutos. Pero no se molestó en preguntarse si se debía a la estufa o a la cercanía de Randi.

Después, y mientras se quitaba las botas, tuvo la extraña sensación de haber estado allí antes, o más bien, de sentirse como en casa. Tal vez porque el lugar daba una enorme sensación de seguridad y le recordaba a la casa de su abuela en México.

Se quedó allí, disfrutando del instante, con las botas llenas de agua en las manos, mientras Randi desvestía al niño y le secaba el pelo. Obviamente sabía cómo tratar a los pequeños.

Entonces recordó lo sucedido y pensó que no permitiría que aquel inocente terminara en manos de una banda de canallas. No sería justo.

Por primera vez desde que había jurado su cargo, se maldijo por hacer lo que hacía para vivir. Odiaba hacerse pasar por algo o alguien que no era. Odiaba que la gente decente tuviera miedo de él.

Pero tenía que hacer su trabajo, sobre todo teniendo en cuenta que cabía la posibilidad de que Randi estuviera involucrada. Aquella banda de traficantes internacionales no merecía piedad alguna. Sin embargo, habría dado cualquier cosa por descubrir que aquella mujer era tan inocente como parecía.

De momento, Manny se dijo que debía hacer dos cosas importantes: controlar sus emociones, una vez más, y salir de aquella casa y de la vida de aquella mujer tan pronto como fuera posible, con su libido y su alma perfectamente intactas.

Capítulo Dos

–El teléfono está en la pared, a tu espalda.

El sonido de la voz de Randi lo devolvió a la realidad.

–¿Podrías hablar con la operadora y pedirle que te ponga con la oficina del sheriff? –continuó ella, sin dejar de sostener al pequeño–. Creo que deberíamos dar parte de lo sucedido.

Manny pensó que, antes de ponerse en contacto con el sheriff, debía llamar a su jefe y hablar con él. Sin decir una palabra a la mujer, dejó las botas y la cazadora en la habitación contigua, donde estaba la lavadora, y descolgó el auricular.

–No hay línea...

–Oh, vaya, la tormenta es peor de lo que imaginaba, lo que significa que dentro de poco también nos quedaremos sin luz –declaró, mientras tapaba al niño con una manta–. Será mejor que actuemos con rapidez. Dúchate con el niño y así entraréis en calor. Mientras tanto, yo encenderé el fuego en la chimenea del salón.

Cuando la mujer quiso alejarse, Manny le puso una mano en un brazo. Estaba helada.

–¿Hay alguien más en la casa? ¿Estás esperando a alguien?

Randi negó con la cabeza y apartó el brazo, pero él no la soltó.

–Tú también deberías calentarte un poco. Estás temblando. Será mejor que te duches tú con el niño. Yo encenderé ese fuego.

–No, no... –dijo, apartándose–. Yo sé dónde están todas las cosas y tú no. Iré a buscar lámparas de gas por si se va la luz. Además, estoy casi segura de que en el ático hay un baúl con ropa de bebé. Y es posible que encuentre algo para ti.

La mujer lo miró con intensidad, de los pies a la cabeza, y Manny se sintió como si lo estuviera desnudando. Era una sensación que no le agradaba del todo porque resultaba peligrosa.

–De paso, me cambiaré de ropa –continuó Randi–. Estaré bien, no te preocupes. Todo saldrá bien.

Randi giró en redondo y se dirigió hacia la salida. Cuando desapareció, Manny susurró:

–Sí, claro... Me temo que las cosas no van a ser tan sencillas.

Randi casi estaba a punto de bajar cuando la luz se cortó. Casi. Había perdido mucho tiempo pensando en el niño y en el hombre de aspecto peligroso que había llevado a su casa.

La luz parpadeó y enseguida quedó la casa en una oscuridad que a esas alturas ya le resultaba familiar. Estaba acostumbrada y no tropezó con ningún objeto cuando tuvo que buscar las velas y las cerillas que tenía en el ático para emergencias como aquella. Últimamente la luz se cortaba con bastante frecuencia, por una u otra razón, y no tenía dinero para comprar un generador.

Encendió la luz y avanzó hacia la oscura escalera, sin dejar de pensar en el hombre que esperaba en la cocina, vestido totalmente de negro. Cuando entró en su casa y se quitó la cazadora, pudo notar su fuerte musculatura bajo la camiseta y los pantalones vaqueros.

Irradiaba poder e intensidad. En toda su vida no había visto nunca a un hombre que resultara tan radicalmente masculino. Era encantador y terriblemente atractivo, de un modo en extremo sensual. Pero había mucho más en él.

Resultaba evidente que estaba acostumbrado a tener el control de las situaciones y que era un hombre de acción. Sus ojos marrones parecían absorber todos y cada uno de sus pensamientos y de sus palabras. Además, parecía poseer el don de la adivinación y comprender sus deseos antes incluso de que hablara. Hasta su cuerpo parecía vibrar, cargado de energía, cuando estaba totalmente quieto.

No. Manny Sánchez no se parecía en absoluto a ningún hombre que hubiera conocido. Sus únicas experiencias con hombres como él se limitaban a las novelas y a algunas películas. De vez en cuando soñaba con alguien parecido, pero nunca se había planteado la posibilidad de encontrarse realmente con un espécimen similar. Y ahora, no solo lo había encontrado sino que se lo había llevado a casa.

Mientras bajaba por las escaleras, se estremeció. De no haber sido por el niño y por el desastre de la furgoneta, no se le habría ocurrido invitarlo.

Cargada con la ropa y sosteniendo una vela, le costó más de lo normal bajar los escalones. Sin embargo, solo estaba preocupada por el niño. A pesar de todo no parecía estar muy bien. Solo

esperaba que mejorara cuando entrara en calor y le cambiaran de ropa.

Al entrar en el salón vio que él estaba frente al fuego, de espaldas. Manny había encontrado otra manta y se había tapado con ella.

Accidentalmente, Randi piso un tablón suelto del entarimado y el crujido bastó para que Manny reaccionara de inmediato.

–¿Has conseguido ducharte antes de que se cortara la luz? –preguntó él, antes de volverse.

Llevaba el niño en brazos, pero no había necesitado del crujido de la madera para saber que se acercaba. Había escuchado perfectamente sus suaves pasos en la escalera.

Randi se había cambiado de ropa y llevaba unos vaqueros desgastados y una fina sudadera. Sin poder evitarlo, notó sus pezones, endurecidos por el frío, bajo la prenda.

Se había recogido el pelo y lo llevaba cubierto con una toalla. Tenía un aspecto tan frágil que su primer impulso fue abrazarla y sentarla en alguna parte. Pero estaba desnudo bajo la manta y no le pareció la mejor idea en tal situación.

Randi dejó a un lado la ropa que había recogido y dijo:

–No, no me ha dado tiempo de ducharme. Pero estoy bastante seca y me calentaré enseguida con el fuego –explicó, mientras dejaba una lámpara de gas en la encimera de la chimenea–. ¿Has encontrado todo lo que necesitabas?

Randi encendió la lámpara.

–No tuve que buscar demasiado. La manta estaba junto a la lavadora, pero Ricky necesita cosas que probablemente no tienes en la casa...

La mujer sacó entonces un pañal.

–¿Te refieres a esto?

Manny arqueó una ceja y ella rio.

–Pañales. Mi madre guardaba montones de estas cosas para... bueno, para el futuro. Siempre fue una mujer muy optimista.

Randi extendió los brazos, esperando que le pasara al bebé. Fue una maniobra delicada, considerando el precario estado de la toalla que Manny llevaba alrededor de la cintura y de la manta que se había puesto sobre los hombros.

La mujer dejó al pequeño sobre la alfombra, frente al fuego, y acto seguido le quitó la toalla que él le había puesto a modo de pañal.

–No lo has hecho tan mal. La toalla ha sido una buena idea –comentó ella.

–La necesidad es la madre de la invención –murmuró él.

Randi le puso los pañales al niño y después lo vistió con un trajecito amarillo que había encontrado en el ático.

–Parece que ha entrado en calor, pero está demasiado tranquilo en mi opinión...

–Sí, sé lo que quieres decir. Yo estaba pensando lo mismo. Temo que pueda estar deshidratado, o tal vez hambriento. Yo diría que tiene el estómago hinchado.

Randi lo miró con asombro.

–¿Hambriento? ¿Quieres decir que tu propio hijo está hambriento?

–No es mi hijo, Randi.

La mujer se sorprendió. Hasta entonces, no se le había ocurrido pensar que podía no ser hijo suyo. Manny pensó que tal vez había cometido un error al confesárselo; de haberle mentido, se habría ahorrado muchas complicaciones.

–Si no es tuyo, ¿qué hacías con él, conduciendo por esa carretera a estas horas de la noche? ¿Y dónde está su madre?

Eran preguntas muy oportunas, pero Manny no estaba dispuesto a contestarlas.

–¿No podríamos hablar de eso más tarde? Soy policía, Randi, y estoy haciendo mi trabajo. Te prometo que estás a salvo y a su debido momento te contaré lo que quieras saber. Pero de momento tenemos que hacer algo para mejorar su estado.

Randi dudó al escucharlo y de inmediato metió una mano en la cesta donde había llevado la ropa. El hombre se puso tenso, en alerta, sin saber lo que iba a hacer.

Pero Randi se limitó a sacar un biberón.

–He encontrado unos cuantos. Sin embargo solo tengo una tetina –declaró, mientras se levantaba de la alfombra–. También tengo agua destilada para emergencias. Sospecho que Ricky tiene más de seis meses, así que solo tenemos que lavar los biberones, no es necesario que los esterilicemos. Nos ahorraremos mucho tiempo.

La mujer le dio de nuevo el bebé y se dirigió a la cocina, pero, antes de salir, dijo:

–Ahora bien, si crees que he olvidado las preguntas sobre el niño, te equivocas. Quiero respuestas.

Minutos más tarde, regresó. Se hizo cargo del pequeño y

comenzó a acunarlo mientras le daba el biberón con agua. Al principio no quiso, pero enseguida se dejó llevar por sus instintos y comenzó a chupar.

Manny suspiró, aliviado. Se había prometido que haría lo necesario para mantenerlo a salvo y estaba decidido a cumplir su promesa, a toda costa.

La visión de Randi y el pequeño despertó algo extraño en su interior. Hacía tiempo que había enterrado algunas de sus necesidades más básicas, como la necesidad de una mujer y de una familia. Habían pasado varios años desde la última vez que había charlado con sus propios familiares y de repente los echó de menos más de lo que creía posible. Supuso que desde la última vez sus sobrinos ya habrían crecido bastante.

Por otra parte, no quería preguntarse por el tiempo transcurrido desde que se había sentido cómodo, por última vez, en compañía de una mujer. Pero aquella situación le resultaba curiosamente erótica. Tanto, que se dijo que sería mejor que se buscara una amante cuando cumpliera su misión.

–He puesto agua a calentar. Tengo leche en polvo en alguna parte, así que después podremos darle un poco.

Manny la observó mientras cuidaba del bebé. Aquella mujer tenía un aire muy inocente que apenas servía para aumentar el deseo que sentía por ella, un deseo que no se quería permitir. Tenía que ser fuerte y mantener la cabeza fría al menos hasta que averiguara lo necesario sobre el caso en el que estaba trabajando.

Además, el hecho de que Randi viviera sola aumentó sus sospechas. No era posible que llevara el rancho ella sola, pero no había nadie en ninguna parte. Y fuera como fuese, debía estudiar todas las posibilidades. A fin de cuentas, formaba parte de su trabajo.

Randi miró al bebé, que se había quedado dormido, y sintió una profunda tristeza. Estaba más que acostumbrada a cuidar bebés en su trabajo de enfermera, pero tener a uno allí, durmiendo en sus brazos y totalmente dependiente de sus cuidados, era distinto. Le recordaba demasiado las cosas que no podría tener, todo lo que deseaba y que seguramente no conseguiría.

Ricky se bebió media botellita de agua y todo el biberón de leche. Después, cuando lo puso en la cesta que había decidido

utilizar como cuna, ni siquiera protestó.

Su rostro parecía tan tranquilo que ella misma comenzó a relajarse. Ya no parecía asustado, así que acarició una de sus manitas.

Mientras tanto, Manny se había marchado a otra habitación para ponerse unas prendas viejas. Cuando se alejó de su lado, ella sintió un frío repentino, como si su marcha hubiera cambiado realmente la temperatura ambiente y su propia temperatura interna.

Intentó concentrarse en la situación. La riada los había dejado incomunicados. El teléfono no funcionaba y no podía pedir ayuda, y ni siquiera tenían electricidad, de modo que debían permanecer en el salón o en la cocina si no querían morirse de frío. Y, por encima de todo, no sabía nada de Manny ni de su relación con aquel pequeño.

Se preguntó quién sería aquel hombre y qué estaba haciendo en su pequeña localidad, en mitad de una tormenta terrible. Se había quedado a solas con un hombre que la asustaba y excitaba al mismo tiempo. Obviamente, tenía un buen problema.

Todo eran preguntas sin respuestas. Por ejemplo, no alcanzaba a imaginar qué estaba haciendo un policía con un bebé. Randi lo había observado mientras cuidaba con suma delicadeza del niño y suponía que sus razones debían de ser buenas, pero estaba decidida a averiguar la verdad.

Ciertamente, tenía un aspecto peligroso. Todo en él, desde su cabello negro hasta su barba de dos días y sus rasgos duros, resultaba inquietante. Sin embargo, no era mujer que se dejara engañar por las apariencias. Desde pequeña la habían enseñado a no juzgar a las personas por detalles intranscendentes.

–¿Se ha dormido?

Manny lo preguntó en voz baja. Randi no le había oído acercarse, pero no se sobresaltó; bien al contrario, encontró su presencia más que agradable. Era algo parecido a lo que se sentía al echar un buen trago de whisky. Con una diferencia: en su opinión, la sensación era mucho mejor e infinitamente más cálida y eléctrica.

Randi asintió y bajó la mirada. Sabía que en aquel momento no podría pensar con claridad si lo miraba. Estaba nerviosa.

–No se puede negar que eres de gran ayuda –dijo él.

La mujer no tuvo que mirarlo para sentir que se había sentado en la alfombra, a su lado. No la estaba tocando de ningún modo, pero sentía su presencia en la piel. Estaba tan cerca que podía oler

la naftalina que su madre había puesto en la ropa de su padre.

–Me refiero a que nos salvaste a los dos en la furgoneta y a que ahora nos das calor y cobijo en tu casa –continuó él–. Hasta has encontrado pañales y un biberón... Y sabes cómo usarlos.

Manny rio y a Randi le pareció la risa más erótica del mundo.

Entonces, lo miró. Y al ver sus rasgos iluminados por la luz de la chimenea, la asaltó un intenso sentimiento de anticipación. Sin poder evitarlo, se ruborizó y se sintió muy avergonzada por ello.

Desde la punta de sus pies hasta su cabeza, ya seca, aquel hombre era todo energía y sexo.

Definitivamente, comenzaba a sentirse perdida.

Manny observó a la joven sentada a su lado mientras su piel pasaba de la palidez habitual a un tono bastante más sonrosado. Entonces, su cuerpo reaccionó con intensidad. Comprendía bien las necesidades de la gente y estaba acostumbrado a la adrenalina que provocaba el deseo, pero eso no explicaba la intensa atracción que sentía por ella y las ganas de protegerla hasta el último aliento.

Ya se sentía más tranquilo, después de cambiarse de ropa y de volver a ponerse la pistola en la cartuchera, oculta en su cintura. Randi seguía siendo sospechosa y debía averiguar qué sabía sobre aquel asunto.

Se volvió hacia ella y sonrió aunque estaba preocupado.

–¿Qué estabas haciendo en esa carretera? –preguntó.

–¡Espera un momento! –protestó ella–. Antes de darte explicaciones, quiero que contestes a las preguntas que te hice.

–Mira, esto no es una cuestión de simple curiosidad. Soy agente federal y estoy investigando un caso. Si descubro que sabes más de lo que dices o que estás involucrada de algún modo, te detendré.

Randi lo miró con tal pánico que él supo de inmediato que era inocente. Pero estaba trabajando y debía descubrir la verdad a toda costa.

–Ahora, contesta la pregunta que te he hecho. ¿Qué estabas haciendo en esa carretera, sola?

–Ya te lo he dicho. Regresaba de mi trabajo en Willow Springs. Soy enfermera en la guardería de un colegio –respondió, con sus grandes ojos muy abiertos.

–¿Una mujer atractiva como tú? –preguntó, con una suavidad peligrosa–. ¿Estás segura de que no estabas allí para reunirte con

alguien?

La sonrisa de Manny había desaparecido. Cabía la posibilidad de que aquella mujer le estuviera ocultando algo.

–No. ¿Por qué lo preguntas? ¿Qué tipo de agente eres y en qué caso estás trabajando? –contraatacó–. Ya te he dicho toda la verdad. Además, ¿por qué iba a reunirme con nadie en mitad de una tormenta?

Manny gimió sin pretenderlo. Randi parecía tan ingenua que tuvo que hacer un esfuerzo para recordarse que las apariencias engañaban con frecuencia. Sin embargo, o estaba ante la mejor actriz del mundo o realmente era inocente. Desconfiado como era, consideró la primera posibilidad y decidió sacarle toda la información que tuviera.

–Está bien. Hablemos entonces de algo que has comentado antes. Has dicho que nadie vive aquí, contigo. Eso resulta difícil de creer.

–Yo no he dicho eso, exactamente...

Entonces, de súbito, Manny le quitó la toalla que llevaba en la cabeza y acarició su cabello. Lo tenía largo, por encima de los hombros.

–¿Qué has querido decir, exactamente? –preguntó.

Manny echó su cabeza hacia atrás, admirándola. Durante un momento deseó besar sus labios, pero enseguida recobró el control y la miró de forma amenazadora.

–¡Déjame en paz! Tengo a alguien que me ayuda, y su esposa vive en otro edificio, pero...

–¿Me habías mentido? –la interrumpió.

–¡No! No preguntaste nada del rancho. Preguntaste sobre la casa. Y ahora, te ruego que te marches, por favor.

Manny vio que sus ojos se llenaban de lágrimas y acarició de nuevo su cabello, casi intoxicado por su increíble suavidad.

Se sintió repentinamente culpable por haberla herido. Sin embargo, formaba parte de su trabajo y debía concluir el interrogatorio. La vida de Ricky podía depender de ello.

–¿A qué vienen todas estas preguntas? –preguntó ella, entre sollozos–. Yo no he hecho nada malo...

–Randi, no pretendo hacerte daño, pero yo soy quien hace las preguntas aquí. Y quiero saber la verdad. Toda la verdad.

Ella arqueó las cejas y apartó la mirada como si aquella conversación no le importara en absoluto. Manny se maldijo y

pensó que tendría que asustarla realmente para que contestara a las preguntas. Ya no podía seguir jugando por más tiempo.

Manny sacó su pistola reglamentaria y preguntó:

–¿Quién vive en este rancho? Dímelo. Y será mejor que la historia que me cuentes sea creíble.

Randi se llevó las manos a la boca, probablemente para no gritar. Manny ya había conseguido lo que quería y volvió a guardarse el arma. El truco de enseñarla siempre funcionaba.

Pero no había tenido la menor intención ni de amenazarla ni obviamente de apuntarle con ella. De hecho, jamás había tenido el menor problema en circunstancias similares.

–Por favor... te contaré todo lo que quieras saber. Pero no vuelvas a sacar esa pistola.

Randi tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar. No quería que la viera presa del pánico. Estaba sorprendida y muy alterada. Era incapaz de comprender lo que estaba pasando; se había limitado a ayudar a un desconocido y ahora la amenazaba con detenerla. Lewis Lee siempre comentaba que las buenas acciones nunca quedaban sin castigo, y a Randi le habría gustado tenerlo cerca para comentarle cuánta razón tenía.

La expresión de Manny se suavizó un poco. Tuvo la impresión de que se sentía arrepentido por lo que había hecho. La pistola había desaparecido entre sus prendas con tanta velocidad como había aparecido, pero de algún modo supo que no tenía intención de utilizarla. Su miedo desapareció de inmediato, mientras él esperaba la explicación que había pedido.

No comprendía nada. No entendía que se sintiera tranquila, de nuevo, con un hombre peligroso y enorme que llevaba una pistola. Pero el brillo de culpabilidad de sus ojos la animó. Ahora estaba convencida de que realmente era agente federal.

Randi comenzó a hablar, con voz rota.

–Mi padrastro vive en otra parte del rancho, cerca de los algodonales, pero no podría ayudarnos aunque pudiera venir a la casa. Digamos que últimamente estamos alejados el uno del otro... Además, no ha estado aquí desde hace un par de meses. No ha vuelto desde el entierro de mi madre.

–¿Tu madre acaba de morir?

Ella asintió y los ojos del policía brillaron con tristeza, lo que la

dejó aún más confusa.

Se preguntó quién era aquel hombre en realidad. Y qué pretendía, realmente, de ella.

Capítulo Tres

Randi sintió una multitud de emociones cuando Manny se levantó y le tendió una mano para ayudarla a incorporarse. Había notado perfectamente el gesto de culpabilidad de su rostro mientras la acariciaba e interrogaba.

Era evidente que creía que le había hecho daño, aunque en realidad no era así; Randi se sentía, sencillamente, incómoda y asustada. Pero aquello había servido para que descubriera que su extraño acompañante era un buen hombre.

Y ahora estaba allí, tendiéndole una mano. Ella no sabía si quería establecer ese contacto. Había estado tan concentrada en el bebé que tal vez había cedido a la presencia de Manny con demasiada facilidad. Por alguna razón, le había dejado el control.

Afirmaba ser agente federal y Randi lo creía, por estúpido que le pareciera. Sabía que más tarde o más temprano tendría las respuestas que necesitaba. Había algo en él que la empujaba a confiar.

Pero en aquel momento estaba muy sorprendida con la súbita desaparición de su miedo. Por encima de todo, a pesar de no tener claro quién era aquel individuo y qué pretendía, se sentía viva y sensual. Por primera vez, deseaba el contacto de un hombre. Lo deseaba con locura.

Deseaba a Manny. Era todo lo que había soñado siempre: peligroso pero sexy, una combinación perfecta de El Zorro y algún tipo de pirata exótico y romántico.

Lamentablemente, no tenía la menor idea de cómo salirse con la suya. Llevaba diez años negándose sus necesidades y sus deseos. Primero lo había achacado al infarto de su madre y más tarde al abandono físico de su padrastro. Además, había tenido que cuidar de ella mientras se ocupaba también del rancho, y el tiempo dedicado a esas labores le había impedido vivir su propia vida.

De no haber sido por Lewis Lee y por su esposa, Hannah, Randi ni siquiera habría terminado sus estudios en el instituto. Y de no haber sido por Marian Baker, la bibliotecaria, que le llevaba los

libros a su casa, se habría vuelto loca. Leer era su vida, la única conexión que realmente tenía con el mundo real.

Marian incluso le había buscado otra ocupación, cuidando a niños mientras sus padres estaba trabajando. Era perfecto para ella, porque podía estar en la casa por si su madre tenía algún problema. También significaba una fuente adicional de ingresos, necesaria para seguir viviendo y no tener que vender las tierras. A pesar de que su padrastro pagaba los gastos originados por la enfermedad de su madre, nunca había dinero suficiente.

–Me temo que estaremos atrapados aquí mientras dure la tormenta, Randi. Sería mejor que nos mantuviéramos unidos, por tu propio bien y por el bien del pequeño –declaró el policía–. Vamos a la cocina. Creo que nos sentaría bien comer algo.

Randi no se movió, de modo que añadió:

–Te prometo que no te haré nada malo. Sé que antes me he comportado de forma muy poco educada y debo disculparme. ¿No podríamos empezar de nuevo? Tal vez podríamos charlar un poco... y conocernos mejor. ¿Qué te parece?

Randi estaba loca por conocerlo mejor. Lo miró y clavó la vista en la camisa de su padre, demasiado estrecha para su ancho pecho. Se había dejado abiertos los tres primeros botones y podía ver parte de su torso. La visión de su vello la excitó.

Nunca había estado ante nadie tan atractivo. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para controlar sus necesidades y no saltar inmediatamente sobre él. Por suerte, su sentido común se impuso, aunque no sin dificultad.

Le pareció divertido que él se estuviera disculpando por haber sido poco educado. Ella estaba a punto de hacer algo aún más agresivo.

Bajó la mirada entonces y la situación empeoró al llegar al cinturón de cuero que le había prestado para cerrar los vaqueros viejos de su padre.

Aquello fue demasiado.

La vista era tan magnífica que se tuvo que dar la vuelta para no ceder finalmente a la tentación y tocarlo.

–¿Quieres un café? Puedo preparar un poco. De todas formas debería añadir madera a la estufa –acertó a decir.

–Sí, un café me sentaría bien.

Manny recogió al niño y los tres se dirigieron sin más a la cocina.

El policía se preguntó cómo se había podido comportar de forma tan estúpida. No sabía lo que le había pasado. La mujer que estaba echando leña a la cocina era obviamente inocente.

En sus ocho años como agente federal había desarrollado un sexto sentido que le permitía detectar las mentiras. Y, generalmente, acertaba. Cabía la posibilidad de que otra persona del rancho estuviera involucrada en el asunto, pero estaba seguro de que Randi no tenía nada que ver.

Mientras preparaba unos huevos fritos en la cocina que calentaba la habitación, Manny comenzó a caminar de un lado a otro para aliviar un poco su tensión.

–¿Puedo ayudarte? –preguntó.

Ella lo miró con un brillo de sorpresa en los ojos.

–¿Es que crees que no sé cocinar? –continuó él, riendo–. Pues te diré que mi abuela insistió en que todos los miembros de mi familia, hombres incluidos, aprendieran a cuidar de sí mismos desde pequeños.

Manny buscó la panera y cortó algunas rebanadas.

–Cocinar puede ser divertido –concluyó él.

Randi malinterpretó sus intenciones y preguntó:

–¿Es que crees que puedes tostar pan sin una tostadora?

–No voy a tostar pan. Dime una cosa, ¿puedes darme un huevo y un poco de la leche del niño?

–Sí, pero…

–Pues entonces apártate y deja al maestro.

Randi obedeció y comenzó a poner la mesa mientras él preparaba algo relativamente parecido a unas torrijas.

Mientras cocinaba, pensó en el caso que tenía por delante. La operación «Rock a Bye» lo había llevado a México, donde se había mezclado con un grupo de inmigrantes ilegales que viajaban hacia la frontera de Estados Unidos. Entre ellos había varios niños, pero Manny no estaba interesado en los inmigrantes sino en una banda particularmente peligrosa de coyotes, la expresión que utilizaban en la zona para denominar a los traficantes de personas.

Su intención era ganarse la confianza de algún contacto para poder introducirse posteriormente en la banda. Había oído que algunas de las personas del grupo tenían información sobre los delincuentes que secuestraban pequeños en México para venderlos

en Estados Unidos.

Cuando los inmigrantes entraron en el país y se dividieron en varios grupos, Manny acompañó al grupo en el que se encontraba el coyote, que se dirigió hacia el interior de Texas. Pero entonces no sabía que aquel individuo no solo tenía información sobre los secuestros, sino que pertenecía a la banda que los llevaba a cabo.

Lamentablemente, descubrió la verdad demasiado tarde.

El caso comenzó a desmoronarse y no sabía cómo salir de la situación. Solo sabía que algunas cosas estaban mal y que siempre lo estarían, y que lo último que necesitaba en aquel momento era involucrar a un persona inocente como Randi en todo aquello.

Al cabo de unos minutos, sirvió las rebanadas de pan con leche y huevo junto a unos huevos revueltos.

–Aquí lo tienes.

La mujer se sentó a la mesa y probó la comida.

–Mmm. Está muy bueno...

Manny pensó que le vendría bien comer algo. Durante la última hora había descubierto que no era la frágil mujer que había pensado, sino una mujer bastante firme y dura, extremadamente sensual.

–No te sorprendas tanto. Si hubiera tenido más ingredientes, te habría preparado un plato realmente bueno.

Randi sonrió y siguió comiendo mientras él contemplaba sus labios sin poder evitarlo.

Su libido volvió a dispararse de nuevo. De repente no podía pensar en otra cosa que no fuera besarla, probarla y dejar que lo probara a su vez.

Pudo notar la tensión de sus propios músculos, y cuando ella se lamió los labios, tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no besarla. Sintió una punzada en el pecho y gimió.

Estar tan cerca de una mujer tan femenina era un verdadero tormento. Además, nunca se había encontrado en una situación parecida; era la primera vez que el deseo lo asaltaba en mitad de un caso.

Se giró en redondo para mirar a Ricky, quien dormía en la cesta que habían dejado en la encimera. Intentó recordar que, al fin y al cabo, aquella solo era otra misión más.

–¿No vas a comer más? Está delicioso –preguntó ella.

–Sí, por supuesto –respondió, mientras intentaba pegar bocado–. Solo quería comprobar cómo está el niño. Lo encuentro muy

callado.

–En cuanto terminemos, le cambiaré otra vez los pañales y le daré una segunda toma. Quiero que duerma tanto como sea posible. Pero ahora, pensé que querías hablar...

La idea de hablar con ella le pareció, de repente, completamente irracional.

Cerró los ojos con fuerza, durante un par de segundos, antes de abrirlos de nuevo y mirarla.

–De acuerdo. ¿Por qué no me cuentas qué hace una mujer tan bella como tú viviendo sola?

Randi notó las segundas intenciones del policía.

–Tú ya me has sometido a un interrogatorio y no diré nada más hasta que contestes tú a algunas preguntas. ¿Quién es Ricky para ti? ¿Y qué estabas haciendo en esa furgoneta en mitad de la tormenta?

Manny intentó inventar alguna mentira, pero estaba demasiado alterado y no podía concentrarse. Por otra parte, una voz interior le decía que no debía mentir a aquella mujer. Y era una voz muy fuerte.

Hasta entonces, su conciencia nunca le había impedido realizar bien un trabajo e inventar una historia. Sin embargo, ahora dudaba. No tenía sentido. Años atrás, había inventado unas cuantas historias para mujeres atractivas, incluso cuando no estaba trabajando.

En realidad hacía tiempo que no utilizaba mentiras similares. No le habían hecho falta, entre otras cosas porque últimamente no había mantenido relaciones complicadas con nadie. Se limitaba a disfrutar de la vida con personas que querían hacer lo mismo, sin problemas, sin arrepentimientos y sin mirar atrás.

En cambio, Randi le provocaba sensaciones muy distintas. Por cansado que estuviera, sabía interpretar las señales. Los ojos de aquella mujer denotaban que quería algo para siempre. Tal vez lo negara, o tal vez no fuera consciente de ello, pero no estaba acostumbrada a otro tipo de relaciones y lo llevaba escrito en la cara.

Sin embargo, la expresión «para siempre» era completamente desconocida en un trabajo como el de Manny.

Intentó controlar su deseo y finalmente optó por contarle la mitad de la verdad.

–No puedo contarte todo lo que quieres, Randi.

Randi alzó los ojos al cielo y él pensó que no tendría más remedio que decirle algo.

–En serio. Debes creer que soy un agente federal. Estoy trabajando en un caso, de incógnito. Decirte esto basta para poner en peligro años de trabajo, pero por tu propia seguridad, debes confiar en mí.

En la tenue luz de la lámpara, vio que sus ojos cambiaban de color a un verde pálido.

–¿Confiar en ti? Ni siquiera te conozco. Primero me interrogas como si fuera una delincuente y luego sacas una pistola. ¿Quieres que crea que eres policía? ¿Quieres que me limite a aceptarlo, sin más explicaciones?

Randi se levantó y llevó los platos a la pila.

Después, dándole la espalda, preguntó:

–¿Y qué hay del niño? ¿Qué hacías en la furgoneta? ¿Dónde están sus padres?

Manny suspiró y se frotó el hombro dolorido. Solo podía contarle una parte de la historia, porque de lo contrario la pondría en peligro.

–Yo no estaba en esa furgoneta. La estaba siguiendo. Ricky había sido raptado por el hombre que conducía.

–¿Raptado? –preguntó, mientras se giraba para mirarlo.

Él asintió y observó su expresión de asombro. Después, notó que comenzaba a atar cabos y a sacar sus propias conclusiones a partir de lo que le había contado. Sin duda, aquella mujer era inteligente.

Tal vez, demasiado inteligente para su propio bien. En tales circunstancias, saber demasiado podía costarle la vida.

–Si estabas persiguiendo a esa furgoneta... ¿dónde está tu coche? Yo no vi ningún otro vehículo en la carretera. ¿Y qué pasó con el conductor de la furgoneta?

–Mi motocicleta salió disparada hacia el arcén cuando me detuve para ayudar. En cuanto al conductor, no sé lo que pasó, aunque imagino que fue arrastrado por las aguas. Dudo que saliera con vida de esa situación. Pero lo averiguaremos cuando escampe.

–Oh, Dios mío...

Randi se volvió entonces hacia el niño, lo tomó en sus brazos y lo apretó contra su pecho.

–No hagas más preguntas –dijo él–. Mañana, cuando aclare, llamaremos al sheriff y le contaremos lo del accidente. Después, iré a buscar mi Harley y Ricky y yo saldremos de tu vida para siempre.

Randi cerró los ojos y acarició el cabello del pequeño.

Manny la observó con atención mientras volvía a cambiar de ropa al bebé. Le dio una segunda toma, tal y como había prometido, mientras él fregaba los platos con agua fría. Randi tenía un calentador, pero naturalmente no funcionaba sin electricidad, y el policía se preguntó por qué no tendría un generador en el rancho, como la mayoría.

Acto seguido decidieron regresar al salón para ahorrar madera y no tener encendida la cocina de leña. La noche prometía ser larga y era el único lugar de la casa que estaría lo suficientemente caliente para el bebé.

Mientras él se encargaba del fuego, ella se inclinó como si fuera a dejar la cesta en el suelo, pero cambió de opinión y no lo hizo.

–Déjala ahí –dijo él–. Nos espera una larga noche.

Por fin, Randi se decidió por un lugar en concreto y él no pudo evitar una sonrisa.

Cuando se sentó, Manny echó un vistazo a su alrededor. La chimenea, de piedra, era impresionante; resultaba evidente que era muy antigua, al igual que la tarima de madera. Se preguntó cuántos años tenía aquella casa.

Los muebles del salón también eran antiguos, pero estaban en buenas condiciones. Al parecer, alguien se había ocupado de mantenerlos brillantes y cuidados; alguien que apreciaba tanto la madera como él.

El único sofá estaba tapado con una tela de encaje, hecha a mano, si la vista de Manny no lo engañaba. Y en todas partes había pequeños detalles como figurillas, jarrones y cojines.

Entonces, Randi se inclinó hacia el fuego, para calentarse.

La luz de las llamas la hacía aún más atractiva y a Manny le habría gustado poder dejarse llevar por su deseo. Le habría gustado pensar que era de la clase de hombres que merecían a una mujer como aquella. De la clase de individuos capaces de contemplar sus ojos durante toda una vida.

Pero también deseaba ser otro tipo de hombre. Un hombre que tomara lo que ella estaba dispuesta a dar y que se marchara sin mirar atrás. Un hombre a quien no le importara dar y recibir placer, sin más.

–Pareces cansada –dijo él, en un susurro–. ¿Por qué no te tumbas en el sofá? Yo estaré bien aquí, con un par de mantas. Puedo cuidar del pequeño y del fuego y tal vez echar un par de cabezadas antes

de que amanezca.

Randi negó con la cabeza, hizo caso omiso de las palabras de Manny y se concentró en los brillos azules y naranjas del fuego. Acababa de vivir la aventura más intensa de su vida y no quería que terminara, al menos hasta averiguar algo más sobre aquel hombre.

Primero, había ayudado a salvar a un niño en una situación ciertamente peligrosa. Y ahora, estaba a punto de pasar la noche con un hombre inquietante y atractivo a quien no volvería a ver cuando pasara la tormenta.

Intentó relajarse respirando a fondo, pero solo sirvió para aumentar su tensión interna. Randi no tenía mucha experiencia con los hombres; sin embargo, sabía que le gustaba a Manny y que podía tenerlo si lo deseaba. O eso creía.

Lamentablemente, se sentía muy insegura en el terreno de las relaciones personales.

–Randi, deberías descansar –insistió él–. No quiero tener que preocuparme también por ti si enfermas después de que nos marchemos.

La mujer no pudo creer que se preocupara de algún modo por ella. La idea de que pudiera pensar en ella después de salir de su vida le alegró el corazón. Necesitaba cariño y afecto, de modo que su nerviosismo desapareció, sustituido por el nuevo sentimiento de anticipación. Aquel hombre no le iba a hacer ningún daño. Se lo había demostrado con aquella expresión de sus ojos, cuando pensó que la había herido.

–Está bien, yo me quedaré en el sofá. ¿Pero no podríamos charlar durante un rato? La experiencia con la tormenta me ha dejado desvelada.

–Por supuesto. Además, me gustaría saber un poco más de esta casa y de ti, de lo que estás haciendo aquí, viviendo sola.

–No hay mucho que contar y no se puede decir que sea muy interesante, pero si quieres que te aburra y te deje dormido, creo que puedo conseguirlo.

Manny rio con suavidad y se recostó en el suelo, apoyándose en los codos.

–¿Quién construyó esta casa, y cuánto tiempo tiene? –preguntó.

–La construyó mi tatarabuelo. Vino a Texas con sus padres después de la Guerra de Secesión y unos años más tarde se estableció en Edwards Plateau con su esposa y su hijo. Construyeron juntos la casa, sacando la roca y la madera de la propiedad.

Randi se tapó con la colcha que había dejado sobre el sofá, la favorita de su madre, y se acomodó.

Echó un vistazo a su alrededor y una vez más se angustió al notar el estado de deterioro del hogar de su familia. Le desagradaba profundamente que la casa se estuviera cayendo a pedazos, poco a poco.

–¿Y qué hay de ti? Has dicho que tu madre murió y que tu padrastro vive cerca. Cuéntame la historia de Randi Cullen.

–Ah... Me temo que es otra historia aburrida. Mi padre murió cuando yo tenía diez años. Era lo mejor de mi vida y, cuando se marchó, toda la diversión desapareció con él. Mi madre fue muy buena conmigo, pero tuvo que trabajar duro para sacar adelante el rancho.

Randi cerró los ojos un momento, antes de continuar.

–Vi cómo envejecía mientras intentaba cuidar de mí y mantener la propiedad. Lamentablemente, yo era pequeña y no podía ayudarla demasiado. Solo sabía que le habíamos prometido a mi padre que haríamos lo que fuera necesario para que estas tierras permanecieran siempre en manos de la familia.

En aquel momento, uno de los leños que estaba en la chimenea se rompió, haciendo saltar chispas. El ruido la distrajo durante unos segundos, pero enseguida recobró el hilo de lo que estaba diciendo. Sospechaba que la suya iba a ser la última generación de los Cullen en aquellas tierras. De hecho, y tal y como iban las cosas, cabía incluso la posibilidad de que ella misma se viera obligada a marcharse.

–Cuando yo tenía trece años, mi madre se casó con un hombre de Willow Springs, Frank Riley. No creo que estuviera enamorada de él, pero era abogado; se había encargado del testamento de mi padre y era el administrador de la finca, así que imagino que ella pensó que podría ayudarla con el rancho y salvar la tierra. Pero supongo que a él nunca le importó demasiado.

Randi bostezó y miró a Manny para saber si seguía escuchando. Lo estaba haciendo, pero no sabía si le prestaba alguna atención.

–Menos de un año después, mi madre sufrió el primer infarto y la parte izquierda de su cuerpo se quedó paralizada. Frank dijo que no podía soportar la idea de ver a su esposa, tan activa hasta entonces, muriéndose poco a poco. De modo que se construyó una casa en una zona distinta del rancho y se mudó a vivir a allí. De todas formas, solía viajar muy a menudo a México y a otras zonas

del país, por negocios. Así que no lo eché de menos.

–Comprendo...

–Sospecho que para él fue un alivio. Por fin pudo librarse de la influencia de los Cullen. Sentía lástima por él... hizo un gran esfuerzo por ser como mi padre y estar a la altura de la reputación de la familia.

Randi no dijo toda la verdad. Era cierto que sentía la posición en la que se había quedado Frank, pero solo hasta la muerte de su madre. Después, había heredado la mitad del rancho e inmediatamente comenzó a presionarla para que vendiera su parte a una inmobiliaria. Por desgracia, ni la situación financiera ni la experiencia de Randi eran las más adecuadas para mantener el rancho.

Mientras hablaba, notó que el sueño la iba venciendo sin poder evitarlo. Sus palabras se hicieron más suaves, y en cierto momento, justo antes de quedarse dormida, tuvo la impresión de que Manny murmuraba:

–Duerme bien, dulce Randi. Hoy has sido muy valiente. Ahora, deja que otra persona cuide de ti durante la noche. Estoy aquí para protegerte.

Un buen rato después, algo la despertó. El fuego se había apagado. Randi se incorporó para echar más leña, y entonces oyó una especie de largo gemido ronco que la asustó.

Entre las sombras de la sala, notó que Manny se ponía en pie.

–¿Qué es ese ruido? –preguntó él.

–No estoy segura. Tal vez sea la tormenta. Suena como el viento, pero...

Randi no pudo terminar la frase. Lo que parecía ser un gemido se convirtió entonces en un sonido fuerte y seco. Asustada, se preguntó qué más podía pasarle aquella noche.

Capítulo Cuatro

Randi sacó una linterna de un cajón y la probó antes de dársela a Manny. Comprobó que el niño se encontraba bien y acto seguido siguió al policía escaleras arriba, hacia la fuente del sonido.

Lo alcanzó cuando se encontraban en lo alto de los tres tramos de escalera.

–¿Tienes idea de qué ha podido provocar ese ruido? –preguntó él.

Ella estaba tan asustada que prácticamente no podía respirar.

–Creo que sí...

Cuando llegaron al ático, Manny encendió la linterna e iluminó el oscuro interior. Entonces vieron lo que Randi ya se temía: parte del techo de la esquina oeste de la casa se había derrumbado y se podía ver el cielo cubierto mientras el agua caía dentro del ático.

Aquello era terrible. Randi no pudo soportarlo y se arrodilló en el suelo. Había comenzado la destrucción del hogar de su familia. Poco a poco, como esperaba.

–Ya no lo soporto –acertó a decir–. No lo soporto, no puedo más.

Ya no le quedaba nada por lo que luchar. Su padrastro no había logrado convencerla para que vendiera la casa, pero no podía hacer nada contra los elementos.

Era el fin.

Randi sintió las manos de Manny sobre sus hombros. La lluvia la había empapado y comenzó a temblar.

–¿Qué podemos hacer? ¿No podríamos tapar temporalmente el agujero, con algún objeto? –preguntó él.

Ella se limitó a mover la cabeza en gesto negativo, incapaz de reaccionar.

–¡Randi! –exclamó él, contra el intenso ruido de la lluvia y el viento–. Debes reaccionar. ¿Hay algún tablero o alguna lona que se pueda usar para tapar el agujero? ¿Tienes herramientas? ¿Me oyes? ¿Tienes herramientas en algún lugar de la casa?

Randi apenas entendía sus palabras. Se sentía como si se estuviera hundiendo en lo más profundo del océano e incluso su

visión se había vuelto borrosa.

De repente, Manny suspiró y la abrazó con fuerza. Después, puso una mano en su espalda y apretó una mejilla contra su cara. La súbita calidez la estremeció. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la habían abrazado. Nadie lo había hecho, en realidad, desde el fallecimiento de su padre.

–Vamos, no te hundas ahora –dijo él–. Nos enfrentaremos a ello, Randi. Puedo arreglarlo, pero necesito tu ayuda.

–No hay nada que...

La mujer no terminó la frase. Estaba hablando en voz tan baja que sabía que no podría oírla con el ruido del viento y de la lluvia.

Además, Manny se encontraba tan cerca de ella que no podía pensar con claridad. Puso las manos en su pecho para empujarlo, pero él no la soltó. Se limitó a mirarla con intensidad.

Durante un momento, ella pensó que iba a besarla. En contraste con la violencia de los elementos, Manny era una isla de cariño que extendió una mano y acarició su rostro, trazando una línea por una de sus mejillas.

Por fin, Randi reaccionó.

–Hay una caseta con herramientas cerca de la casa.

–Excelente...

–Puede que encontremos algo que sirva para arreglar el desperfecto –dijo, mientras recobraba la calma–. Vamos, te enseñaré dónde está.

Randi lo llevó a la caseta no sin antes pasar brevemente por el salón para volver a comprobar el estado del pequeño. El bebé estaba dormido.

Después, salió a ayudar a Manny. Él ya había encontrado las herramientas que necesitaba y estaba buscando algo con lo que poder tapar el agujero del techo del ático.

–Ah, ya veo... ¿Puedes sostenerme la linterna un momento? –preguntó él.

–No veo nada que podamos utilizar...

Randi no veía nada útil, excepto viejas herramientas y equipos y años acumulados de polvo y telas de araña.

–Puede que haya algún tablero en el granero, pero... –añadió.

–No tenemos tiempo para ponernos a buscar. Si no tapamos ese agujero ahora mismo, el agua lo inundará todo y estropeará el entarimado y se colará al piso inferior.

Ella volvió a sentirse desesperada. Pero entonces, vio que Manny

se acercaba a la pesada puerta de la caseta y que intentaba sacarla con su brazo bueno.

–Ilumina las bisagras, por favor...

–¿Qué vas a hacer? –preguntó, confundida.

–¿Puedes pasarme el martillo? Los tornillos están oxidados y no podré quitarlos, pero creo que podríamos romper estas bisagras si me ayudas un poco.

–De acuerdo, pero... ¿De verdad crees que podemos utilizar la puerta para tapar el agujero?

–Supongo que preferirás que se mojen las herramientas de la caseta a que se te inunde la casa, ¿verdad?

Manny comenzó a golpear las bisagras y la primera de ellas se rompió casi al instante. Después, rompió dos más. Solo quedaba la última.

–Ahora tenemos un pequeño problema –continuó él–. No puedo sostener la puerta yo solo mientras rompo la última de las bisagras. Me duele el hombro y no lo soportaría. ¿Crees que podrías golpear con fuerza la bisagra mientras yo me apoyo en la puerta para que no se caiga?

Las cosas se habían desarrollado de tal forma que Randi habría hecho lo que fuera por ayudarlo. Era tan intenso y positivo que sabía que su idea saldría bien, de modo que asintió aunque supuso que no vería el gesto en la oscuridad del lugar.

Pero él lo vio.

–Agarra la linterna con una mano para ver la bisagra y después golpea con todas tus fuerzas –ordenó.

Randi tomó el martillo, respiró a fondo e intentó concentrarse en el punto donde debía golpear.

–¿Preparada?

–Claro.

Randi falló el primer golpe y suspiró, frustrada.

–Inténtalo de nuevo, corazón. Puedes hacerlo. Concéntrate.

El segundo intento bastó para destrozar la bisagra. La placa de metal cedió y la puerta quedó apoyada en el cuerpo de Manny, que utilizó su hombro bueno para equilibrarla mientras la agarraba con una mano.

–Creo que podré llevarla, pero necesito que tomes la caja de herramientas y que me abras las puertas según vayamos avanzando.

Randi recogió las herramientas y lo llevó de vuelta al ático. Le disgustaba que tuviera que cargar con la puerta en su estado, pero

cuando miró hacia atrás no le dio la impresión de que le costara. Podía notar sus músculos perfilados bajo la camisa de su padre, y la visión le resultó excitante.

Sin embargo, poner la puerta en el tejado iba a resultar bastante más complicado que llevarla al ático.

–Necesitaremos una cuerda resistente. ¿Puedes buscar una mientras retiro las cajas que hay debajo? –preguntó él.

–Por supuesto. Vi una cuerda de esas características hace unos días. La encontraré.

Con la ayuda de Randi, Manny consiguió hacer algo parecido a un sistema de poleas para levantar la puerta y tapar el agujero del techo. Estaba completamente fascinada con él. La asombraba que hubiera podido hacerlo con un solo brazo. Aquel individuo era todo energía.

Tuvo que concentrarse a fondo para no pensar demasiado en lo que podía hacer Manny en una situación de crisis. Sabía que si no tenía cuidado con él, podía complicarse mucho la vida.

Con la puerta ya situada en su sitio, Manny decidió clavar varios clavos para asegurarla temporalmente. El trabajo estaba terminado y ya no entraba agua en la casa, de manera que solo faltaba buscar la fregona y un cubo y limpiar el interior del ático.

–Deja que lo haga yo –murmuró él.

–No, puedo hacerlo yo. Tú ya has hecho bastante. Debes de estar cansado...

–Eso no es nada comparado con lo que podría hacer si no me hubiera lastimado un hombro. Pero dame la fregona. Hay mucha agua en el suelo y tardaríamos mucho tiempo en retirarla si lo haces tu sola. Busca unas toallas y los periódicos que puedas encontrar para que chupen parte. Terminaremos enseguida.

Por fin, cuando consiguieron secar el piso del ático, Randi levantó la mirada y vio que Manny la estaba observando con interés, apoyado en el palo de la fregona.

–¿Sabes que hacemos un buen equipo, Randi Cullen?

Randi lo miró y se preguntó por el sentido de sus palabras. Le habría gustado tener más experiencia con los hombres para saber si su declaración tenía doble sentido. Parecía como si quisiera ser su amigo, pero no se atrevía a interpretarlo de aquel modo.

Manny dejó la fregona contra una pared y se acercó a ella. El corazón de la mujer comenzó a latir más deprisa y de súbito tuvo conciencia de partes de su cuerpo que ni siquiera sabía que existían.

Tuvo miedo, pero no retrocedió. No quería actuar de un modo cobarde.

Él puso las manos sobre sus hombros y preguntó:

–¿Me has perdonado por haberte hecho daño antes?

Randi sintió su aliento en la frente. Estaba tan alterada por su presencia que no podía hablar y sus piernas no le obedecían.

Deseaba que la abrazara. Y lo hizo.

–Sí, veo por la expresión de tus ojos que me has perdonado...

Su voz sonaba como una cálida sonrisa, pero la expresión de sus ojos era muy seria. Randi aspiró su aroma. Olía a sudor por el trabajo que había estado realizando, y le gustó.

Lo deseaba tanto que se sintió avergonzada.

Entonces comprendió que desearlo no era malo en absoluto y sintió una profunda alegría.

Llevaba toda la vida soñando con una situación como aquella, con algo que rompiera el aburrimiento de su existencia. Y por fin había llegado.

Puso las manos en el pecho del policía. Quería tocarlo, pero no sabía dónde hacerlo en un momento como ese.

Manny suspiró al sentir su contacto.

–Sé que no tengo excusa. Debería haber sabido que eres tan inocente como pareces.

Randi cerró los puños sobre su camisa. Notó que había cambiado algo en él e inclinó la cabeza para observarlo.

–Y, desde luego, tampoco tengo excusa para esto...

Antes de que la mujer se diera cuenta, Manny se inclinó sobre ella y la besó en los labios con suavidad. De forma instintiva, ella entreabrió la boca para dejarle acceso.

Al principio, él pareció dudar. Pero Randi gimió en gesto de evidente deseó y él la abrazó y la besó con apasionamiento. Entonces, ella sintió el enorme poder de su condición de mujer.

Pasó las manos por el cabello de Manny y el contacto de su suave cabello bastó que se le doblaran las rodillas.

Esta vez, Manny comenzó a acariciarla por sorpresa. Randi no podía creer que un hombre tan duro y tan decidido fuera tan increíblemente dulce.

Sintió su lengua en los labios y se dejó llevar, muy excitada, decidida a experimentar con las nuevas sensaciones que estaban asaltando su cuerpo.

Ahora ya no dudaba de su necesidad. Sus senos, apretados

contra el pecho del policía, comenzaron a tener más sensibilidad. Randi se apretó contra él y notó la dureza de su cuerpo en contraposición con la suavidad del suyo.

Intentó concentrarse en las sensaciones que la recorrían. Quería capturar cada segundo, desesperadamente. Tal vez fuera la única ocasión que tendría de estar con un hombre como aquel y necesitaba recordar cada detalle. Y antes de dejarse llevar por completo, pensó en lo que se sentiría al hacer el amor con él.

Manny había dejado de pensar. Pero vagamente, en el fondo de su pensamiento, comenzó a crecer la idea de que estaba haciendo algo estúpido. Sin embargo, no se podía detener. Todavía no.

Ella había reaccionado ante sus caricias como ninguna otra mujer, entregándose de un modo absoluto, sin miedos. Quería besarla y tocar todo su cuerpo.

Pero se maldijo y pensó que Randi necesitaba protección, no un a un seductor como él. Se sintió súbitamente avergonzado y dejó de besarla.

A pesar de ello, no se alejó. Siguió abrazándola con fuerza, observándola, concentrándose en la visión de su rostro. Estaba tan bella que no pudo evitar acariciar sus labios con un dedo.

–Tal vez deberíamos detenernos –murmuró.

Randi cerró los ojos y se encogió de hombros. Manny volvió a besarla, rendido a su sensualidad, pero justo en aquel momento el niño empezó a llorar y rompió la magia del instante.

Bajaron corriendo por las escaleras y se encontraron con que el niño estaba en su cesta, perfectamente recuperado al parecer.

Randi se acercó y se arrodilló a su lado.

–Tranquilo, todo irá bien...

Mientras cuidaba del bebé, Randi la observó y se tocó los labios recordando el sabor de sus besos. Necesitaba recobrar la calma y alejarse de ella y de la tentación que suponía.

Siguió a la mujer y al niño a la cocina y, cuando entraron, notó que la tormenta ya no era tan fuerte y que el cielo estaba más claro.

No faltaba mucho para el amanecer y lo peor ya parecía haber pasado. Entonces, pensó que debería marcharse con el niño en aquel mismo instante.

Pero no lo hizo.

Se quedó junto a Randi mientras ella cortaba un trocito de

plátano y se lo daba al niño, que se lo comió enseguida.

–Eh, no comas tan deprisa. Mastica poco a poco...

–¿Masticar? ¿Es que tiene dientes?

–Claro –respondió.

Randi le abrió la boquita y le enseñó los dientes de leche.

–Vaya, no lo sabía...

Ella rio.

–Ya es todo un hombre.

Ricky sonrió entonces.

–Es un encanto, ¿no te parece? –continuó ella–. Sus padres deben de estar muy preocupados. Supongo que se lo devolverás de inmediato, en cuanto te marches...

Manny respondió con el silencio y la sonrisa de Randi desapareció.

–¿No me has oído? ¿Se lo llevarás?

–No puedo hacerlo, Randi. Sus padres... han muerto. Fueron asesinados por...

Un golpe en la puerta interrumpió al policía.

–¿Quién será? –preguntó.

–¿Cómo puedo saberlo? –dijo ella, todavía alterada por la suerte que habían corrido los padres del niño–. Puede que sea Lewis Lee...

–¿Dónde podemos escondernos? –preguntó Manny–. No quiero que nadie nos vea aquí.

El niño comenzó a lloriquear de nuevo y ella supo que no tendría tiempo para esconderlos bien.

–Me temo que es demasiado tarde...

–Está bien, pero no me falles ahora. Recuerda que estoy trabajando en un caso. ¿No podrías decirle a quien sea que somos parientes o algo por el estilo? Quiero que los que mataron a los padres de Ricky acaben en la cárcel. Pero hasta que lo consiga, no sé en quién puedo confiar. Ayúdame y ayudarás al niño.

Fuera quien fuera, comenzó a llamar con más fuerza.

–¿Y bien? –insistió él.

Randi no contestó. Se limitó a poner la mano en el pomo de la puerta y a abrir.

–Buenos días, Randi. ¿Que tal te ha ido con la tormenta?

Wade Reese, el ayudante del sheriff, se encontraba en el umbral con el sombrero en las manos y una sonrisa.

–Reese... Hola, me alegro de verte.

–Sé que anoche te quedaste sin luz eléctrica y quise pasarme

para ver si habías sufrido algún desperfecto con la tormenta. ¿Puedo entrar? Te prometo que no te llenaré el suelo de barro.

El policía entró en la casa antes de que Randi pudiera encontrar alguna excusa para impedírselo.

–Hola –dijo el hombre al ver a Ricky y a Manny.

Manny no dijo nada y el niño miró al recién llegado con curiosidad.

El ayudante del sheriff extendió entonces una mano, para presentarse, y Manny se la estrechó.

–Soy Reese, el ayudante del sheriff.

Como Manny siguió sin decir nada, el hombre se volvió hacia Randi y preguntó, extrañado:

–¿Quienes son?

Randi intentó pensar alguna historia, pero Wade la miraba de un modo tan intenso que la mente se le quedó en blanco.

–¿Va todo bien, pequeña? –preguntó el hombre.

El ayudante del sheriff se llevó una mano a la cartuchera de la pistola. Randi sabía que no usaría el arma estando ella y el niño tan cerca, pero la situación se podía complicar si no encontraba rápidamente alguna respuesta.

Se sentía atrapada. Se preguntó si podía confiar en el hombre al que había encontrado en aquella furgoneta. Solo lo conocía desde hacia unas horas. Pero la respuesta era evidente.

–Sí, claro, todo va bien. Te presento a Manny Sánchez... es mi prometido.

–¿Tu prometido? –preguntó, boquiabierto–. Vaya...

–En efecto.

–¿Estás saliendo con él? No me lo puedo creer. Por lo que sé nunca has salido con nadie...

–Pues es cierto –declaró.

Randi sabía que Wade no la presionaría. Siempre había sido encantador con ella y estaba convencida de que creería cualquier cosa que ella dijera.

Entonces, se acercó a Manny, le quitó al niño de los brazos y añadió:

–Y este es su hijo. Manny es viudo y yo voy a convertirme en la madre de Ricky.

Capítulo Cinco

–¿Es que te has vuelto loca? –susurró Manny.

Randi comenzó a preparar un café, aunque en realidad estaba pensando en la mentira que había dicho al ayudante del sheriff.

–No es preciso que hables en voz baja. Wade ha ido a ver a Lewis Lee y a Hannah, y viven a medio kilómetro de aquí.

–¿Y no te parece que se preguntará cómo es posible que tus propios vecinos no sepan que supuestamente estás comprometida y que no hayan oído hablar ni de mí ni de Ricky? –preguntó.

Randi se volvió para mirar al hombre que de repente se estaba comportando de forma tan irracional.

–No lo pensé, es cierto, pero tenía que decir algo. Ya me inventaré alguna historia. No te preocupes. No sospecharán.

–No me preocupo por mí, sino por ti. En cuanto me ponga en contacto con mi jefe y recupere mi motocicleta, me marcharé de tu vida, con el niño, para siempre. ¿Cómo vas a explicarlo entonces?

–Te he dicho que ya se me ocurrirá algo. Solo pretendía salir del paso. Wade empezaba a sospechar de la situación. Ten en cuenta que no es muy habitual que encuentre a niños y hombres desconocidos en mi casa. Debía decir alguna cosa y dije lo primero que se me ocurrió.

Manny había dejado al pequeño en el suelo, y Ricky aprovechó la ocasión para intentar caminar. Pero no lo consiguió y se cayó. Justo entonces, sonó el teléfono.

Los dos adultos se miraron. El teléfono ya funcionaba y resultaba obvio lo que significaba eso. En poco tiempo, Manny y Ricky se marcharían del rancho de la mujer.

–Contesta y yo me encargaré del niño –dijo él.

Randi apretó los labios y lo maldijo. Aquel hombre podía llegar a ser muy irritante.

Antes de contestar la llamada, la mujer suspiró e intentó calmarse un poco.

–¿Qué es eso de que tienes novio, jovencita? ¿Quién es el hombre que está en tu casa? ¿Es de la zona? ¿Dónde lo has

conocido?

Era Hannah.

–Tranquila, ya te lo contaré todo cuando nos veamos... Ya veo que el teléfono vuelve a funcionar. ¿Sabes si el nivel del agua ha bajado lo suficiente como para poder tomar la carretera?

–La carretera que pasa por la casa de tu padrastro está libre, pero no sé nada de la del puente bajo. Wade llamó al sheriff hace unos minutos, desde aquí, y me contó algo muy extraño.

–¿Qué?

–Parece que esta mañana encontraron el cadáver de un hombre a tres kilómetros de tu propiedad. No saben de dónde salió, de modo que el sheriff ha ordenado a Wade que recorra la orilla del río para averiguar dónde pudo caer.

Randi se estremeció. Ahora ya sabía que el conductor de la furgoneta había fallecido, y sintió náuseas.

Entonces, el niño comenzó a llorar.

–¿Qué es eso? –preguntó Hannah–. ¿Es el niño del que habló Wade? ¿Le ocurre algo?

Randi recordó que la anciana era bastante cotilla y que siempre se comportaba de aquel modo. Pero esa mañana ya había tenido suficientes emociones y no estaba de humor para aguantarla.

–Será mejor que vaya a echarle un vistazo, Hannah. Gracias por llamar. Ahora tengo que dejarte...

Randi colgó el teléfono y recogió al pequeño.

–Supongo que era tu vecina –dijo él.

–Hannah es mucho más que una vecina. Ella y su marido, Lewis Lee, viven en el Running C desde antes de que yo naciera. Cuando mi padre los contrató, en el rancho trabajaban docenas de personas. Mi padre siempre decía que Lewis Lee era el mejor capataz del estado.

–¿Cuántos trabajadores tienes ahora?

–Solo estamos Lewis Lee y yo. Pero hemos vendido el ganado, así que no hay mucho que hacer.

–Ya suponía que las cosas no iban bien. El estado de tu tejado lo dice todo.

Mientras intentaba tranquilizar al pequeño, Randi le contó lo que el sheriff había dicho sobre el cadáver del río.

–No te preocupes ni por la furgoneta ni por el cadáver –declaró Manny–. Mi jefe resolverá cualquier problema que pueda surgir con el sheriff. Por cierto, ¿puedo usar tu teléfono?

Horas más tarde, el sentimiento de frustración de Manny se había multiplicado. Estaba cerca del río, hablando con Reid Sorrels, que también estaba a cargo de la operación del FBI «Rock a Bye», y le comentó que se habían llevado su Harley a un garaje de Willow Springs.

–El concesionario de Harley en Del Río dijo que pasarán unos días antes de que consigan las piezas que necesita la moto. Pero eso no importa ahora, porque no vas a marcharte a ningún sitio –dijo Reid.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Manny, irritado.

–Que tenemos que encontrarte alguna buena excusa para que puedas permanecer más tiempo en la zona –respondió, pasándose una mano por el pelo–. La pista de la banda de secuestradores se ha roto con la muerte del individuo que encontraron en el río. Ahora solo sabemos que debía encontrarse con su jefe, y que la cita se iba a llevar a cabo en algún sitio cerca del Running C.

Reid clavó sus ojos negros en su agente. Era la mirada que reservaba para situaciones complicadas.

Sin embargo, Manny no estaba dispuesto a permitir que lo presionaran, aunque lo hiciera el hombre que más respetaba en el mundo.

–Después de que hayas informado al sheriff, me parece que ya no conseguiremos averiguar nada. Imagino que todo el condado lo sabrá en cuestión de horas.

–No mencioné el propósito de nuestra misión. Y en cuanto al sheriff, ni siquiera te ha visto. Nadie excepto el hombre que conducía la furgoneta y esa mujer conoce tu aspecto. Y por el primero ya no tenemos que preocuparnos.

–Pero el ayudante del sheriff me conoce. Aunque supongo que no me asociará ni contigo ni con la operación...

Manny comenzaba a sentirse atrapado, pero no sabía exactamente ni por qué ni por quién.

–Le diré al sheriff que no vamos a seguir trabajando en la zona, aunque naturalmente será falso.

–¿Y por qué no anulamos la operación? Sabemos que la banda tiene conexiones políticas, porque de lo contrario no podrían actuar de un modo tan abierto y sin problemas. ¿No sería más inteligente que nos centráramos en la investigación en la capital del estado?

–No, todavía no. Tenemos que comprobar todos los eslabones de la cadena. Si conseguimos localizar el contacto en esta zona, tendremos una magnífica ocasión para encontrar al verdadero responsable.

Reid comenzó a frotarse los zapatos en el césped para intentar quitarse el barro de las suelas.

–Además, no quiero que el responsable del asesinato de esa pareja de Del Río se salga con la suya –continuó.

–Tal vez no quiso hacerlo. Tengo la impresión de que se asustó y los mató porque pensaba que lo estaban siguiendo.

Manny estaba muy preocupado por el asunto. Se sentía culpable porque sospechaba que su presencia había alterado al secuestrador y lo había empujado a matar a la pareja.

–Lo dudo. Los miembros de esa banda están bien entrenados. No asesinarían a nadie por simple pánico, aunque es cierto que luego se asustó y decidió ir a ver a su jefe en mitad de esa tormenta. No. Alguien ordenó que asesinaran a los padres del chico y tenemos que hacer justicia. Es lo menos que podemos hacer por ellos.

Reid caminó hacia su coche alquilado y abrió la portezuela.

–Te he traído documentos de identidad falsos, una tarjeta de crédito, dinero suelto y un teléfono. Pienso utilizar la sede de Del Río como base de operaciones mientras investigamos en la zona. Pero, mientras tanto, llámame si necesitas cualquier cosa.

El hombre entró en el vehículo y preguntó:

–¿El niño se encuentra bien? Puedes quedarte con él más tiempo si eso ayuda a la operación.

–No me gusta la idea de utilizar al niño –dijo, cruzándose de brazos–. ¿Quieres que lo usemos como cebo?

–No, en absoluto. Pero te vendría bien para inventarte alguna historia y justificar tu presencia en el Running C. ¿Ya se te ha ocurrido algo?

Manny suspiró al pensar en ello.

–Sí. El rancho necesita unas cuantas reparaciones. Hay que hacer tantas cosas que no me costaría justificar mi presencia durante los próximos veinte años.

–¿Crees que esa chica te contratará aunque te hayas herido el hombro?

El policía pensó que estar con Randi en el rancho era exactamente igual que haber caído en una trampa. Y no sabía si conseguiría salir de ella.

–Solo fue un golpe. En un par de días estaré mejor. En cuanto al niño, me lo quedaré en el rancho pero solo porque es una buena forma de garantizar su seguridad. No te preocupes por nada. Tengo una relación muy especial con la dueña de la casa.

–¿Sí?

Manny se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el vehículo que le había prestado su jefe. Pero antes de alejarse lo suficiente, dijo:

–Sí, desde luego. Estamos comprometidos y vamos a casarnos.

Manny condujo hacia el Running C por los caminos de la parte posterior del rancho. Las aguas ya habían regresado a sus cauces, pero el campo estaba lleno de restos de todo tipo, algunos en descomposición, así que subió las ventanillas para no olerlo.

Apenas había avanzado un kilómetro cuando se dijo que estaba condenado a seguir en el rancho con Ricky. Tras asumir su suerte, giró en redondo y decidió dirigirse a Willow Springs.

Media hora más tarde se encontraba en la cola de un supermercado. Al ver su cesta llena, la cajera preguntó:

–¿Estás de paso en la ciudad?

–No, voy a quedarme aquí una temporada.

La mujer miró los objetos que había comprado con sumo interés. Sobre todo, la sillita para niños.

–¿Se aloja en la zona con su mujer? –preguntó ella.

Manny pensó que aquella mujer era del tipo de personas a las que siempre se acercaba cuando quería obtener información. Pero, en este caso, era ella quien quería información sobre él.

–No. Solo estamos mi hijo y yo, y nos alojaremos en un rancho cercano.

–Ah, vaya... Me llamo Nancy Kincade y conozco a casi toda la gente de los alrededores. ¿Con qué familia te vas a alojar?

–Encantado de conocerte. Yo me llamo Manny Sánchez y nos vamos a quedar en el Running C con Randi Cullen –respondió, cansado del interrogatorio.

Al policía le habría gustado estar a un millón de kilómetros de aquella cajera.

–¿Solos tú y tu hijo... con Randi? ¿Eres familiar suyo o algo así?

Manny supo entonces que aquella mujer le iba a contar la historia a todo el mundo, así que se decidió por la excusa que había

inventado Randi, en la esperanza de que nadie sospechara.

–Randi y yo estamos comprometidos. He venido a ayudarla con el rancho y a animarla un poco con lo del fallecimiento de su madre.

–¿Comprometidos? ¿Randi Cullen y tú? –preguntó la mujer, súbitamente pálida.

–Sí, en efecto.

A Manny le extrañó que todo el mundo se sorprendiera tanto. No en vano, Randi era una joven muy atractiva y no tenía nada de particular. Sospechaba que no les extrañaba por ella, sino por él.

–¿Su padrastro lo sabe?

Manny negó con la cabeza.

–¿Y de dónde has salido tú?

–Soy de Dallas.

–¿Cómo conociste a Randi?

–Los Cullen eran viejos amigos de mi familia –respondió.

–¿Y cuándo pensáis casaros? Eso es importante, porque la gente de esta zona es muy conservadora y comenzarían a murmurar si vivís solos en ese rancho.

–No estamos solos –dijo él–. Mi hijo nos acompaña.

–¿Estás divorciado?

–No, soy viudo.

La respuesta pareció acallar completamente a la cajera. Manny pensó que se habían buscado una justificación perfecta, porque todo el mundo sentiría lástima de su supuesta viudedad, por él y por el niño. De hecho, la mujer lo miró con abierta simpatía.

–Lo siento mucho... Pero hazme caso. Casaos pronto o la gente empezará a murmurar.

Cuando Randi supo las intenciones de Manny, se quedó asombrada.

–¿Qué has decidido hacer qué?

Randi dio un golpecito al niño para tranquilizarlo y le sonrió. Pero la sonrisa desapareció de inmediato en cuanto miró al policía.

Manny también la miró, con los brazos cruzados.

–He cambiado de opinión –declaró él–. Quiero quedarme con Ricky y contigo aquí, durante una temporada. Te ayudaré en el rancho e incluso pagaré por mi estancia si te parece bien.

La mujer rechazó la posibilidad de aceptar su dinero con un

movimiento despectivo, pero admiró la camiseta negra que llevaba sobre su poderoso pecho.

–Yo pensé que tenías que marcharte... Pensé que querías marcharte de aquí tan pronto como fuera posible.

–Bueno... Hemos estado pensando bastante en la mentira que le contaste al ayudante del sheriff. Además, ayudarte en el rancho es lo mínimo que puedo hacer después de que nos salvaras en el río.

Randi pensó que Manny era insoportablemente arrogante.

–No necesito ese tipo de ayuda. Ya te he dicho que puedo ocuparme yo misma de la casa.

Sin embargo, Randi sabía que estaba mintiendo. No solo necesitaba ayuda en la casa: también la necesitaba su corazón. Y era una necesidad tan perentoria que hizo un verdadero esfuerzo para que él no lo notara.

Manny se acercó a ella y la observó.

–Randi.. –susurró.

Extendió una mano para tocarla, pero no llegó a hacerlo. Se detuvo a escasos milímetros de su cabello.

–Deja que te ayude. Permite que Ricky y yo nos quedemos aquí una temporada. Yo... Nosotros –corrigió– te necesitamos.

Randi sintió que sus piernas empezaban a temblar. Acababa de decir que la necesitaba y no podía creerlo. Estaba deseando volver a sentir sus manos en el cuerpo, volver a sentir sus besos.

Cerró los ojos y sintió que se inclinaba hacia él sin poder evitarlo, como si fuera el sol de la mañana y ella deseara abrirse a él y sentirse viva.

El silencio estaba cargado de tensión; no se estaban tocando, pero podía sentirlo.

Cuando volvió a abrir los ojos, comprobó que se había alejado de ella y que la observaba con una extraña expresión en los ojos y una pequeña bolsa de plástico en una mano.

–Te he traído esto de la ciudad –declaró, mientras le daba la bolsa–. Pensé que sería bueno para que la historia parezca más real.

Randi tomó la bolsa, nerviosa, y la abrió. En el interior descubrió una caja pequeña.

–No es muy valioso, pero es creíble.

–¿Un anillo de diamantes? ¿Un anillo de prometida? –preguntó, al sacar la joya de la cajita.

La sorpresa de la mujer iba en aumento. Ya no sabía si todo aquello era un simple montaje o si había, realmente, algo más.

–No es de diamantes. Es un simple cristal. Un anillo falso para un compromiso falso. Mi jefe quiere que permanezca en el Running C y que aproveche la situación para intentar localizar al contacto del secuestrador.

Randi se ruborizó. Había sido una tonta al pensar que en todo aquello podía haber algo más. Solo era parte de su trabajo, no una extraña declaración de amor.

–Ah, comprendo...

A lo largo de los años, se había llegado a convencer de que no era una mujer que pudiera inspirar pasión, pero necesitaba tan desesperadamente que alguien la quisiera que se había dejado llevar por un sueño.

Le dio la espalda. No quería que notara que sus ojos se habían llenado de lágrimas. Porque sus lágrimas no eran falsas por mucho que intentará negárselo; no eran lágrimas falsas para un compromiso falso.

–Randi, lo siento mucho. No pretendía hacerte daño –murmuró él–. Yo no pensé que... Mira, le diré a mi jefe que no puede ser. Ya se nos ocurrirá otra forma de atrapar al tipo que ordenó el asesinato de los padres de Ricky.

Las palabras del agente bastaron para que reaccionara. Estaba en mitad de un caso y su trabajo era muy importante. Había razones más que suficientes para que continuaran con aquel fraude.

Además, sabía que la culpa había sido suya. No en vano, ella era quien había inventado la historia de su supuesto compromiso. Y, si seguían adelante, tal vez pudiera encontrar una excusa diferente para contarle a sus vecinos y amigos.

Pero también sabía que nada le importaba tanto como el hecho de que, de ese modo, Ricky y Manny seguirían con ella en el rancho. Y estaba deseando saber lo que se sentía al tener una familia o algo parecido, aunque solo fuera una situación temporal.

Intentó recobrarse y dijo:

–Estaré encantada de que os quedéis en el rancho y de decirle a todo el mundo que estamos comprometidos, Manny Sánchez.

Después, se puso el anillo en un dedo y se giró para mirar a su supuesto prometido con una sonrisa en los labios. No se sentía precisamente alegre. Bien al contrario, la dominaba un intenso dolor.

Aquella situación era tan peligrosa que sospechaba que no podría seguir con la historia sin acabar totalmente destrozada.

Capítulo Seis

Cuando Lewis Lee pasó por el rancho aquella tarde, Randi volvió a sentir pánico. Era uno de sus más viejos amigos y no estaba segura de que se tragara la historia que habían inventado.

Por otra parte, aún no había encontrado una excusa para justificar que no le hubiera hablado antes de él. Lo había intentado, pero estaba atrapada entre la necesidad de tener a Manny en el rancho y el sentimiento de culpabilidad por mentir a sus amigos, así que no se le había ocurrido nada creíble.

–¿Así que te has buscado un hombre? –preguntó Lewis Lee, mirando a Manny con cierta desconfianza.

A pesar de ello, Lewis estrechó la mano del agente.

–¿Dónde os habéis conocido? –preguntó a Randi.

La mujer miró a Manny como pidiéndole ayuda, pero sabía que debía ser ella quien contestara.

–¿Recuerdas que poco después de la muerte de mi madre llevé algunas de sus cosas a casa de la tía Emily, en Waco? Nos conocimos entonces.

Randi miró con nerviosismo a Manny, pero no encontró emoción alguna en sus ojos. Obviamente, el agente estaba acostumbrado a fingir.

Lewis Lee asintió y se volvió hacia Manny. Randi contuvo la respiración. Estaba segura de que su viejo amigo comenzaría a hacer todo tipo de preguntas o que incluso recriminaría su actitud por no haberlo avisado con anterioridad; a fin de cuentas, Lewis era lo más parecido a un padre que había tenido desde el fallecimiento de su verdadero padre. Odiaba tener que mentir, pero todo aquel asunto había cobrado vida propia y se estaba complicando cada vez más.

–¿Montas a caballo?

Manny apretó al niño contra su pecho y dio un paso hacia él.

–Tan bien como el que más –respondió el agente.

Pasaron varios segundos en silencio. Randi pensó que se iba a volver loca.

Pero, entonces, Lewis decidió hablar.

–Entonces, ¿piensas pasarte aquí todo el día sin hacer nada, o preferirías echar un vistazo a las tierras con las que te vas a casar?

–Eh, no sigas, Lewis –protestó Randi–. Si se casa conmigo, se casará por mí, no por el rancho. Y no está aquí sin hacer nada. Se ha hecho daño en el hombro.

Ninguno de los dos hombres le hizo el menor caso. Se miraban como si estuvieran a punto de batirse a duelo. Manny se alejó entonces, tomó el sombrero tejano que le había prestado Randi, y se lo puso antes de abrir la puerta trasera.

–No me esperes a cenar, Randi –dijo Manny–. Puede que tarde un poco en volver.

Los hombres se marcharon y la dejaron muy preocupada. Aún le extrañaba que Lewis se hubiera creído aquella historia con tanta facilidad. Estaba segura de que quería hacer muchas preguntas y, sin embargo, no había hecho ninguna.

En cambio, también sabía que su esposa no iba a resultar una presa tan sencilla. La sometería a un verdadero interrogatorio, así que pretendía posponer el encuentro tanto como le fuera posible.

Con un poco de suerte, para entonces Ricky y Manny se habrían marchado y podría aducir que no le apetecía hablar sobre ello.

Cuando Manny salió con Lewis Lee a echar un vistazo al rancho, esperaba que el hombre comentara algo sobre su estancia allí, con Randi, sin estar casados. Pero Lewis no resultó ser un hombre tan conservador como la mayoría de las personas de la zona. En lugar de hablar sobre su situación con ella, le pidió que no le hiciera daño y le habló sobre el orgullo y la gloria que estaban ligados al nombre del rancho Running C.

Manny ya había pensado que el rancho tenía grandes posibilidades. Era una lástima que no lo usaran para criar ganado, tal y como habían hecho los antepasados de Randi. Pero también sabía que sin una familia y sin dinero, ella no podía hacer tanto trabajo.

Los días del rancho parecían estar contados. A largo plazo, estaba seguro de que Randi no conseguiría salvarlo. Pero no podía ayudarla. No estaría tanto tiempo allí.

Pensó que era una lástima que su propia familia no perteneciera a ningún lugar concreto. El pasado no significaba mucho para ellos,

porque habían vivido en muchos lugares, pero en cambio significaba mucho para Randi. Al igual que la reputación. Y sabía que su reputación estaba en peligro por su presencia en la casa.

Durante los dos días siguientes, Manny salió a primera hora con Lewis para trabajar todo lo que podía en el rancho.

Randi parecía contenta de cuidar a Ricky. Había llamado a su jefe para no ir al trabajo y se alegraba de ello; así no tendría que enfrentarse a las preguntas de los vecinos.

Aquella mañana, cuando Manny bajó poco antes del alba, la encontró sentada frente a un espejo, cepillándose el pelo. Fue una visión tan maravillosa y femenina que se quedó sin aliento.

–Buenos días.

–Oh, buenos días –dijo, volviéndose hacia el agente con una sonrisa–. ¿Quieres que te prepare el desayuno? Ricky no despertará hasta dentro de un rato.

Manny hizo un gesto negativo con la cabeza e intentó pasar a su lado, pero no consiguió mover las piernas.

–¿No te has puesto el cabestrillo en el brazo? –preguntó ella.

–No, el hombro me duele menos y ya no lo necesito. Creo que ha llegado el momento de que empiece a ganarme la estancia en el rancho.

–No es preciso que trabajes. Además, ya tienes tu propio trabajo. Lewis Lee y yo podemos encargarnos de lo demás, como hemos hecho siempre.

Manny prefería marcharse y ocupar su tiempo en algo, porque estaba deseando quedarse en la casa y conocer un poco mejor a aquella fascinante mujer.

–Puedo hacer los dos trabajos al mismo tiempo. Y en cualquier caso, ya es hora de que me dedique a ellos.

Manny se marchó entonces y Randi dejó el cepillo a un lado.

Durante los dos últimos días, el policía se había comportado de un modo tan fríamente amable que pensaba que se iba a volver loca. Había tenido miedo de acostumbrarse demasiado a él y que le rompiera el corazón cuando se marchara, pero le estaba rompiendo el corazón precisamente por lo contrario, por mantener las distancias con ella.

En las últimas cuarenta y ocho horas, apenas le había dedicado una docena de palabras; y casi todas, relativas a Ricky. De noche, Manny dormía en la antigua habitación de sus padres y ella permanecía en su propio dormitorio con el pequeño.

Además, Randi estaba deseando saber más cosas sobre la vida y sobre el pasado de aquel hombre. Se moría de curiosidad y decidió que debía encontrar la forma de aproximarse a él.

Quería estar cerca de Manny, emocional y físicamente. Odiaba la idea de perder aquella oportunidad, pero no lograría ser su amante si ni siquiera conseguía ser su amiga.

A última hora de la tarde, Randi salió al exterior de la casa, dispuesta a tender la ropa limpia del niño. Había oído a Manny unos minutos antes, trabajando en el tejado de la casa, y esperaba poder verlo.

Mientras tendía la ropa en la cuerda, un coche aparcó en el vado de la casa. Era su amiga Marian Baker, que la saludó con una sonrisa.

–Hola, Randi, te hemos echado de menos...

Marian la abrazó con fuerza.

Marian, la bibliotecaria de la localidad, era cinco o seis años mayor que Randi. La quería mucho, y aquella tarde llevaba una falda y una blusa más elegantes de lo habitual en ella.

–Gracias –dijo Randi, mientras miraba hacia el tejado de la casa.

Pero no vio a Manny por ningún sitio.

–¿Y bien? ¿Dónde está él? –preguntó Marian en voz baja.

–¿Te refieres a Manny?

–¿Se llama así? Solo sabía que es muy atractivo. Estaba deseando verlo y comprobarlo personalmente.

El hombre del que estaban hablando apareció de repente. Tenía un aspecto tan peligroso e impresionante que las dos mujeres se quedaron sin habla. Un segundo más tarde comenzaron a reírse de su propia reacción, pero antes de que él llegara a su altura, ya se habían puesto serias.

Manny llevaba unos vaqueros. Estaban cubiertos de polvo y se ajustaban a sus piernas como si estuvieran mojados. Se había quitado la camisa y en aquel momento la estaba usando para limpiarse el sudor de la frente. Al hacerlo, los músculos de sus brazos se contrajeron y Randi se estremeció.

–Dios mío. Sus brazos son tan anchos como mis piernas –murmuró Marian.

El vello negro de su pecho parecía brillar bajo la luz del sol, y todo él conducía la mirada de Randi hacia su duro estómago y más abajo, hacia sus pantalones. Randi tuvo que pellizcarse para no dejarse llevar por su imaginación.

–Es guapísimo –añadió su amiga.

Randi consiguió controlarse lo suficiente como para invitarlos a entrar en la casa para tomar una limonada.

Después de las presentaciones y de las explicaciones oportunas, Randi se quedó con la impresión de que Marian no habría sido tan fácil de convencer como Lewis. Y cuando Manny se marchó a comprobar el estado del niño, dejándolas solas, supuso que insistiría con las preguntas.

Sin embargo, su preocupación parecía ser otra.

–¿Lo amas? ¿Te hace feliz?

Randi no estaba preparada para contestar dos preguntas tan complicadas, pero consiguió asentir.

–¿Por qué no me habías hablado antes de él?

–No pensé que nuestra relación fuera muy seria. Cuando apareció y me propuso que nos casáramos, me sorprendió mucho.

–¿Y cuándo pensáis hacerlo?

–Aún no lo hemos pensado.

–¿Qué sabes de él? ¿A qué se dedica?

–Sé lo suficiente. Ahora está haciendo varias cosas a la vez, pero se ha prestado voluntario para ayudarme en el rancho.

Marian miró hacia el pasillo por donde había desaparecido el agente y acto seguido se volvió hacia su amiga.

–No quiero resultar insistente, pero sabes que siempre me has importado mucho y que quiero protegerte. Todo el pueblo está hablando de este asunto. Ya sabes cómo es la gente de esta zona...

Marian la tomó de la mano y vio el anillo, pero no dijo nada. Se limitó a seguir mirándola.

–Sabes que me importas, ¿verdad? –añadió.

–Por supuesto.

–Entonces, ten en cuenta que solo quiero lo mejor para ti. ¿Qué dirá tu padrastro cuando sepa que estás viviendo en la casa con él? Es un hombre con tantos prejuicios que...

Randi intentó apartarse, pero Marian no la soltó.

–Está bien, olvida la mención de Frank Riley. Pero no olvides que vives en una localidad muy pequeña. La gente habla y hay quien haría cualquier cosa por manchar el nombre de una familia tan respetada y querida como la tuya. Son simples celos, lo sé, pero no debes permitir que la situación se te vaya de las manos.

Manny se había acercado durante la conversación y lo había escuchado todo desde la puerta. Estaba preocupado por Marian

porque también podía ser sospechosa, pero ahora sabía que solo era una buena amiga que intentaba ayudar a Randi.

Las palabras de la mujer le hicieron comprender que aquello resultaba peligroso para su anfitriona. Cuando terminara el caso, él se marcharía del rancho. Pero ella permanecería allí. Formaba parte de aquella comunidad y carecía de importancia que lo que hiciera con su vida no fuera asunto de sus vecinos, porque tendría que soportar sus comentarios.

En aquel momento, decidió que no podía seguir adelante con aquella farsa. Así se dijo que llamaría a Reid para arreglar aquel asunto de otro modo y tan pronto como fuera posible.

–Cásate conmigo.

Manny se oyó a sí mismo perfectamente, pero no podía creer que hubiera pronunciado semejantes palabras.

Randi había puesto a Ricky en la cama mientras Manny llevaba los platos de la cena a la pila y fregaba. Después, ella los había secado; y ahora, una hora más tarde, el agente se había decidido a encontrar la solución que necesitaba la mujer.

Aquella tarde, cuando había llamado a su jefe para pedirle que cambiaran de estrategia, Reid no le había ayudado demasiado. Así que no le quedaban demasiadas opciones.

–¿Cómo? –preguntó Randi, sin poder creerlo.

Manny casi se había olvidado de lo que acababa de decir. Los ojos de Randi eran tan bellos que lo hechizaban. Pero aquello era importante y debía concentrarse.

–Por supuesto, no se trataría de una boda real. Nos limitaríamos a decir que nos hemos casado. Sé que no me conoces ni yo te conozco a ti, pero antes de que llegues a extrañas conclusiones, escúchame.

Desde que estaba en el rancho, cada vez que tenía que ir al pueblo por alguna razón, todo el mundo le daba la espalda. Las mujeres lo miraban, sin duda, y algunas hasta reían cuando pasaba a su lado, pero nadie quería establecer una conversación con él.

Al parecer, el simple hecho de que estuviera comprometido con Randi no bastaba para que lo aceptaran en la comunidad. Y la actitud de los vecinos no se debía únicamente a que estuvieran viviendo juntos sin estar casados. Manny era hispano y Willow Springs no era una localidad precisamente tolerante.

Durante el tiempo transcurrido había viajado bastante por los ranchos de la zona, muchos de ellos dirigidos por hispanos como él, que desde luego habían sido bastante más amables. No eran visitas de cortesía, aunque había hecho algunos contactos. Estaba investigando a los vecinos.

Sin embargo, tanto su jefe como él mismo sabían que el contacto de la banda de secuestradores debía de ser un hombre importante; tal vez, alguien relacionado de algún modo con la ley. Y eso complicaba bastante las cosas.

Sobre todo, si la mitad del pueblo no le dirigía la palabra.

Randi respiró profundamente, se apoyó en la encimera de la cocina y miró a Manny.

Aquella noche se había recogido el cabello en una coleta. Algunos mechones se habían soltado y le daban un aire divertido, como si hubiera pasado por una tela de araña. Obviamente no lo había hecho por resultar aún más sexy, pero a Manny se lo pareció.

Sin embargo, intentó no pensar en su belleza y volvió a tocar el tema que acababa de sacar.

–El matrimonio sería una excusa perfecta para evitar la desconfianza de la gente y mantener intacta tu reputación.

Los ojos de Randi se clavaron en él, pero no reaccionó. Manny pensó en alguna fórmula que la hiciera comprender.

Y se dijo que la verdad sería la mejor estrategia.

–Randi, esto no está funcionando. La gente de esta zona es muy conservadora y, en lugar de confiar en mí, me rechazan porque vivo contigo sin estar casados. Tengo que hacer algo para que me acepten. De lo contrario no podré investigar nada.

Randi parpadeó, así que él pensó que había empezado a escuchar.

–Podríamos casarnos en un juzgado. Y cuando el caso esté resuelto, mi jefe anularía la boda sin dificultad. Sería como si nunca hubiera sucedido, con la diferencia de que tus vecinos y amigos nos aceptarán.

–¿Crees que me apreciarían más como divorciada?

–No estaríamos divorciados. Una anulación sería como si nunca nos hubiéramos casado.

–¿Y qué pensarían mis amigos? ¿También piensas que ellos reaccionarían como si no hubiera pasado nada?

Manny la miró y se dijo que cada vez la deseaba más.

–¿Qué quieres de mí? –preguntó él–. ¿Qué pretendes que haga?

Randi sabía lo que quería de él. Cuando mencionó la idea de casarse, se estremeció de los pies a la cabeza. Era una sensación tan intensa como excitante, y una sensación que volvió a despertar su deseo por él.

De hecho, le costaba pensar.

–Yo...

Manny estaba tan cerca de ella que, cuando respiró, pudo notar perfectamente su aroma.

Olía a una mezcla de jabón, café y un olor que no podía definir con exactitud y que era muy suyo. Le asustó y le gustó al tiempo. Era como algo que hubiera estado esperando toda su vida.

Se sentía como si estuviera al borde de un acantilado que no había visto antes y al que no pertenecía.

–Está bien, me casaré contigo.

Manny rio de forma sensual.

–Espera un momento... –dijo él–. Antes de casarte con alguien, lo mínimo que debes hacer es comprobar sus credenciales. Quiero que sepas que soy realmente lo que digo ser.

Entonces, le dio la cartera para que viera la placa del FBI y ella la miró y se la devolvió.

–No he dudado ni por un momento que lo fueras.

Estaba tan nerviosa que comenzó a temblar y se cruzó de brazos para que él no se diera cuenta.

Manny puso las manos sobre sus hombros, con gran delicadeza, y su contacto no la ayudó a tranquilizarse.

–Gracias –murmuró él.

Randi se mordió el labio inferior mientras intentaba aclarar sus ideas, pero solo podía pensar en sus ojos castaños, y en el cabello negro que caía sobre su frente y que estaba deseando tocar.

Lo deseaba tanto que se metió las manos en los bolsillos.

–Haré lo que sea necesario para no herirte con todo esto, Randi.

La mirada del policía se clavó en sus labios y ella los humedeció inconscientemente con la lengua. Entonces, el brillo de los ojos de Manny se hizo más oscuro y peligroso. Apartó las manos de sus hombros y dio un paso atrás.

–Creo que será mejor que no olvidemos que estoy en un caso. Nada de esto será real. No espero nada ni remotamente parecido a lo que pueden hacer dos recién casados.

Randi contempló sus bellos rasgos y pensó que él no la deseaba, que se había equivocado al imaginar otra cosa.

–Randi, he sufrido bastante en esta vida y me temo que no soy una buena persona. He tenido que hacer cosas, en mi trabajo, de las que no puedo enorgullecerme. Tú no querrías mantener una relación con el verdadero Manny Sánchez.

Randi permaneció en el sitio, sin decir nada, simplemente mirándolo. Se sentía muy vulnerable. Manny deseaba apartarse de ella para no dejarse llevar por la atracción que sentía, pero no lo hizo.

Entonces, cuando ella volvió a morderse el labio, pensó que estaba perdido. Una fuerza interior le dijo que debía protegerla a toda costa, que debía ser tan sincero como pudiera con ella, que debía explicarle que mantener una relación con él podía ser mucho más peligroso de lo que cabía imaginar.

Lamentablemente para sus buenas intenciones, el impulso protector se transformó en algo bien diferente. La deseaba.

Sin embargo, no podía permitirse una relación como aquella. Que se casaran no significaba que fueran a estar más cerca el uno del otro. Se limitaría a ayudarla con el rancho como ella lo estaba ayudando con el niño, pero nada más. Eso era todo. Simple cuestión de negocios.

No podía tocarla. No debía hacerlo ni una sola vez. De ese modo, alejarse de ella resultaría más fácil.

Antes de que sus pensamientos desaparecieran, se encontró abrazándola. Randi apoyó la cabeza en su pecho y él lo encontró muy erótico.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó él, en voz baja–. Sé inteligente y aléjate de mí, mujer.

Ella echó hacia atrás la cabeza y lo miró con tal intensidad que a Manny le costó mantener el control.

–No me alejaré. Quiero…

Manny nunca llegó a saber lo que estaba a punto de decir, porque su voluntad se quebró bajo el peso del deseo. Tenía que probarla de nuevo, solo una vez más.

La besó con tanta dulzura como le permitió el deseo que sentía. A fin de cuentas, Randi era muy joven y no tenía mucha experiencia. Sabía que la asustaría si actuaba sin cuidado.

Mientras mordía su labio inferior, se sintió culpable. Pero, al mismo tiempo, también le pareció que aquella era la situación más natural y bella del mundo.

Randi se dejó llevar y lo besó a su vez. Segundos después, sintió

que las manos de su amante se introducían por debajo de su blusa y se detenían algo más arriba de su cintura. De inmediato, se quedó sin aliento.

Se apretaron contra la encimera. Ella notó que sus propios pezones se habían endurecido, que deseaban que él los tocara, y también notó la excitación de Manny.

La reacción del hombre hizo que se sintiera más poderosa y bella que nunca. Era una reacción llena de posibilidades y promesas.

Manny la besó entonces en el cuello y acarició sus senos, dulcemente.

Por desgracia, el niño volvió a interrumpirlos en el peor momento. Los dos adultos creyeron oír que lloraba, porque ambos se giraron al unísono hacia el lugar donde dormía. Sin embargo, ninguno de los dos oyó nada salvo el viento y los sonidos de la noche.

–¿He hecho algo mal? –preguntó ella–. No te detengas, por favor...

Manny dudó. Randi pensó que se contenía porque sabía que no tenía experiencia en esas lides y se maldijo a sí misma por no tenerla.

–Mira, yo...

La mujer decidió hablar. Aquel momento era tan bueno como otro cualquiera.

–Soy virgen, Manny. Pero aprendo rápido y te prometo que lo haré mejor si me das la oportunidad.

Capítulo Siete

–No sigas –dijo Manny–. No quiero saber nada más.

Manny tosió. Se había quedado sin aire y no sabía si seguir conteniendo la respiración o si inhalar a fondo. De hecho, tenía la impresión de que se le había olvidado cómo respirar.

–¿Te encuentras bien? –preguntó ella, con tono inocente–. ¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

Manny se maldijo en silencio. Era virgen y debía haberlo imaginado, pero no lo había hecho. Se dijo que de todas las estupideces que había hecho en toda su vida, aquella era la mayor de todas.

–No, no quiero me traigas nada –acertó a decir–. Ya lo haré yo.

Manny avanzó hacia los armarios de la cocina, pero antes de que pudiera abrirlos, ella ya había sacado un vaso y se lo dio.

–¿Cuántos años tienes? –preguntó él, mientras se servía un vaso de agua.

–Veinticuatro –respondió ella.

–Magnífico. Justo lo que necesitaba. Se supone que debo encontrar al responsable del asesinato de al menos dos personas y me dedico a cuidar de un niño y de una virgen de veinticuatro años...

Lo peor de todo, para el agente, era que todavía deseaba besarla. Después de lo que acababa de saber, su deseo seguía tan presente e intenso como antes.

Pero se estaban jugando muchas cosas. Las vidas de varias personas dependían de él y debía actuar con frialdad.

–¿Manny?

El simple hecho de oír su propio nombre en su boca, con el suave acento de la mujer, lo estremeció.

Se bebió el vaso de agua de un solo trago e intentó controlar las emociones que lo dominaban.

–Soy diez años mayor que tú y se supone que lo suficientemente responsable como para no permitir que ocurra esto en mitad de un caso –declaró.

Manny la miró directamente a los ojos y siguió hablando.

–En primer lugar, no se le dice a un hombre, en mitad de un beso, que no tienes experiencia...

–¿Y cuándo se supone que se debe decir?

–No sé, tal vez cuando se tiene una relación más intensa.

–Pensé que estábamos comprometidos...

Él negó con la cabeza.

–Sabes bien lo que estoy diciendo. Me refería a estar enamorados, maldita sea, no a una farsa.

Randi parecía tan tímida e ingenua que tuvo que resistirse al deseo de volver a tomarla entre sus brazos.

–No importa –dijo ella–. Tal vez no me ame nadie en toda mi vida, pero al menos me gustaría conocer el sexo.

Manny ni siquiera sabía cómo habían acabado en aquella conversación. Sin embargo, no tenía más opción que continuar; actuar de otro modo habría resultado cobarde.

–Randi, no puedes ir por ahí dando sorpresas como la que me has dado... ¿Se puede saber qué les pasa a los jóvenes de esta zona? ¿Cómo es posible que ninguno se haya interesado por ti?

–Se han interesado, pero supongo que nunca les di la oportunidad. Mi madre los alejaba todo el tiempo y mi padrastro intimida a la gente. Creo que tienen miedo de que él los denuncie.

–Pero estoy seguro de que habrás salido con alguna persona. ¿Es que nunca tuviste la ocasión de hacer el amor?

El policía se sintió atrapado. Acababa de descubrir, al realizar la pregunta, que no soportaba la idea de que Randi se acostara con otro hombre.

–No. Nunca he salido con nadie en serio.

–¿Cómo? No te creo. ¿Qué hay de ese Wade? Por la forma en la que te miraba, pensé que habíais salido en el pasado.

–¿Wade? No, lo conozco desde siempre, pero nunca me ha pedido que saliéramos juntos.

En el fondo, Randi no quería confesar ese tipo de cosas; y mucho menos a un hombre tan atractivo como aquel. La había mirado con tal horror al decirle que era virgen que no hacía falta añadir ni una palabra más.

Había leído en alguna parte que los hombres preferían a las mujeres con experiencia, y acababa de descubrir que era cierto. Su deseo había desaparecido tan pronto como le confesó que no había hecho el amor con nadie.

Pero podía aprender. De hecho, estaba decidida a hacerlo.

–Me temo que no soy de la clase de mujeres que se encuentran atractivas o sexy...

–Tonterías –dijo él–. Eres la mujer más bella que he conocido. Y créeme, he conocido a unas cuantas. Cualquier hombre en su sano juicio te encontraría irresistible.

Randi se ruborizó.

–Pero a ti no te resulto irresistible, ¿verdad?

Manny rio.

–Supongo que me merecía ese comentario –dijo él, con ironía–. Al fin y al cabo nunca he dicho que esté en mi sano juicio.

Entonces, él la tomó de la mano.

–No es un problema tuyo –continuó el policía–. Es mi problema. Eres una distracción demasiado fuerte y, por si no lo recuerdas, tengo un trabajo que hacer.

–Pero estamos comprometidos...

–Eso es una excusa, nada más, algo que forma parte del caso y punto. Ya encontrarás el amor, Randi. No fuerces las situaciones.

En aquel momento, Randi aprendió una segunda lección: que por muy irresistible que se fuera, y contrariamente a lo que también había leído en algunos libros, no siempre se podía seducir a alguien.

Sin embargo, decidió que aprendería a hacerlo. Estudiaría todo lo que fuera necesario y aprendería a seducir tal y como había aprendido a ser enfermera, solo para poder ayudar a su madre.

Tres días más tarde, Marian se detuvo en el rancho con otro pedido especial de libros para Randi.

–¿Cuándo vas a arreglar esa carretera? –preguntó su amiga–. Tiene tantos baches que casi me muerdo la lengua cuando he pegado un salto y me he golpeado con el techo del coche.

–Manny tiene intención de alquilar una apisonadora y alisarla mañana mismo.

–¿Puede hacer eso? Menudo hombre te has buscado...

–Sí, lo sé. ¿Qué ha podido ver en mí? –preguntó, antes de suspirar–. Seguro que es eso lo que estabas pensando.

–No, en absoluto.

Marian dejó los libros sobre la encimera de la cocina y se acercó a saludar al niño, que estaba jugando.

–Supongo que también le ha comprado este juguete a su hijo,

¿verdad?

–Sí –respondió.

–Randi, no quiero que te hagan daño. Sé que te importa ese hombre y que te importa su hijo. Pero, ¿estás segura de que sus intenciones son buenas?

–Sé lo que estoy diciendo, Marian. Crees que solo quiere casarse conmigo para que su hijo tenga una madre, pero te equivocas. Y aunque así fuera, ¿tanto importaría? Lo dudo. Me está dando la oportunidad de ser feliz y es posible que no la tenga nunca.

–La vida no es como en los libros, cariño. No pienses de un modo tan negativo. Tienes mucho que ofrecer.

Randi se mordió la lengua para no gritar. De repente, todo el mundo parecía estar muy preocupado por ella y no era justo. Hasta entonces no había podido experimentar nunca el deseo. Si conseguía un poco de felicidad mientras ayudaba a un agente del FBI, se daba por satisfecha. Era su vida y podía hacer con ella lo que quisiera.

Ante el silencio de Randi, Marian se encogió de hombros y comenzó a echar un vistazo a los libros.

–Manny no está por aquí, ¿verdad?

–No. Está ayudando a Lewis Lee.

–Bien, porque estoy segura de que no querrás que vea los libros que me has pedido. Ni siquiera sabía que tuviéramos estos títulos en la biblioteca. «Guía para potenciar la vida sexual», «Cómo hacer feliz sexualmente a un hombre»...

Randi se ruborizó.

–Gracias por traerlos. Nadie los ha visto, ¿no?

–Claro que no. Tu vida está a salvo conmigo. Pero, ¿por qué necesitas esa información? No creo que Manny necesite demasiado para desearte. Aunque prefiera esperar a la noche de bodas, como me dijiste, seguro que...

Randi negó con la cabeza.

–No me apetece hablar de eso, Marian. Es demasiado personal. Por favor, créeme. Sé lo que estoy haciendo.

Le habría gustado poder contarle la verdad a su amiga. Habría sido más justo y por otra parte necesitaba hablar con alguien sobre los cambios que había experimentado su existencia. Pero si llegaba a averiguar la razón real de la presencia de Manny en la casa, podía poner en peligro la misión.

–Está bien, como quieras. También te he traído ese viejo vestido

que querías. Está en mi coche. ¿Es el que piensas ponerte en la boda? Perteneció a tu madre, ¿no es cierto?

–Mi madre lo llevó en su boda, pero en realidad es de mi bisabuela.

Entonces, Marian olió al niño y dijo:

–Me parece que hay que cambiarle los pañales.

Randi tuvo que hacer un esfuerzo para no reír ante la incomodidad de su amiga. Puso al niño sobre la encimera y comenzó a cambiarle los pañales.

–Pensaba que tenías experiencia con niños...

–Oh, claro que la tengo. Soy de una familia de seis hermanos, recuerda. Pero eso no quiere decir que me gusten estas cosas.

Randi rio.

–¿Aún estás dispuesta a acompañarme a la boda este fin de semana?

–Por supuesto, pero no comprendo por qué tenéis tanta prisa. ¿Qué tiene de malo esperar un poco e invitar a unos amigos? Si es por dinero, estoy segura de que todos estarían encantados de...

Randi alzo una mano para que no siguiera hablando.

–No, gracias, no es por dinero –declaró, mientras terminaba con el pequeño–. Queremos casarnos tan pronto como sea posible. Eso es todo.

Marian la miró con desconfianza.

–Si Manny está tan ansioso por casarse contigo, ¿por qué necesitas toda esa información? –preguntó, mirando los libros.

–En serio, Marian, me gustaría hablar contigo sobre lo que está pasando, pero hoy estoy demasiado ocupada.

Le disgustaba tener que mentir a Marian, pero tampoco quería tener que inventarse otra historia para justificar la petición de los libros.

–Está bien, he entendido la indirecta. Me voy –dijo, mientras se alejaba hacia la puerta–. Lee los libros si quieres, aunque tengo la sensación de que averiguarás todo lo que hay que saber de forma natural. Y sigo sin entender que Manny necesite que lo convenzan...

A las tres de la tarde del sábado siguiente, Randi estaba en el cuarto de baño del juzgado del condado de Uvalde, mirándose en el espejo, mientras su amiga Marian intentaba cerrarle un corsé sobre el vestido.

–Estate quieta, por favor, no me gustaría hacerte daño… Por cierto, ha sido todo un detalle por parte de Manny comprarte esas flores que llevas en el vestido, pero yo en su caso te habría regalado un buen ramo y te habría ofrecido una fiesta por todo lo alto.

–Ya te he dicho que queríamos una ceremonia tranquila.

–Puede ser, pero el vestido te queda tan bien que es una pena que no lo vaya a ver más gente. Es un día muy especial para ti.

Randi se miró en el espejo y pensó que ciertamente tenía un aspecto especial. El vestido de su bisabuela parecía tan nuevo como el primer día. Era de color perla, recubierto por una tela transparente de color crema. Para modernizarlo un poco, le habían acortado las mangas y la falda.

Había decidido ponérselo sin nada debajo y el pronunciado escote le quedaba tan bien que se sorprendió de poseer semejantes encantos. Además, le alegró saber que su bisabuela tenía la misma talla que ella, porque le quedaba perfectamente.

El asunto del vestido le recordó lo que había guardado en un baúl. Un paquete que contenía ropa interior de fantasía y un liguero. Los había guardado allí su madre, siempre tan optimista, junto con una nota dirigida al futuro compañero de su hija, donde le decía que siempre había querido tener nietos.

Supuso que su madre había comprado aquellas cosas cuando ella todavía era muy pequeña, y el pensamiento bastó para que sus ojos se llenaron de lágrimas. Suponía que después de aquella unión no había ni felicidad ni niños, pero estaba decidida a sacar el mejor partido posible de los regalos de su madre.

–No he visto a tu padrastro. ¿Vas a esperarlo, por si llega tarde?

La pregunta de Marian la devolvió al presente.

–No lo he invitado. De hecho no le he dicho nada ni de Manny ni de la boda.

–Lo descubrirá. Es posible que ya lo sepa. Recuerda que en un lugar tan pequeño los secretos no duran demasiado.

–No me importa que lo averigüe después de la ceremonia. Sencillamente no quería que estuviera aquí hoy. Lewis Lee y Hannah son mi familia ahora. Están aquí y tú estás aquí. Eso es lo que importa.

Marian la abrazó.

–Randi, tú sabes que siempre estaré a tu lado.

Randi se emocionó. Le habría gustado contarle toda la verdad a su amiga.

Entonces, Marian dio un paso atrás, la miró con atención y dijo:

–Estás preciosa. Y tengo un pequeño regalo de bodas para ti...

–Te dije que no quería nada...

–Pero esto es diferente. Sé que no podéis salir de luna de miel ahora mismo, así que pensé que después de haber leído esos libros y de la boda...

Randi se ruborizó una vez más.

–Lo hemos arreglado todo para que esta noche podáis tener un poco de intimidad. Lacy Anderson cuidará de Ricky, y cuando Manny y tú volváis a casa, encontraréis un par de regalos que os he preparado.

Lacy Anderson era la jefa de Randi en el colegio donde trabajaba. Sabía que Ricky estaría bien cuidado, pero no sabía si a Manny le gustaría la idea de estar separado del pequeño. Era muy protector con él porque seguía estando en peligro. Incluso ella tuvo un poco de miedo al pensar que el pequeño se encontraría lejos de su alcance durante unas horas.

–Gracias por todo, Marian, pero preferiría que el pequeño se quedara con nosotros. Estoy segura de que a Manny le gustaría que estuviéramos juntos los tres en un día tan especial.

–Como quieras. Pero si alguna vez necesitas un descanso... la oferta sigue en pie.

–Muchas gracias...

–El paquete que he dejado en la cocina lo podéis abrir los dos. Pero el que he puesto en el piso de arriba es para ti. Ábrelo y luego decide si quieres que él también vea su contenido o si prefieres usarlo en otra ocasión...

Randi rio y las dos mujeres volvieron a abrazarse.

Manny estaba muy nervioso en el juzgado, mientras esperaba a Randi. Por suerte, Witt Davidson había llegado aquella mañana para hacer las veces de padrino.

Witt, que acababa de jubilarse y de dejar su trabajo en el FBI para llevar un rancho en el sur de Texas con su nueva esposa, era lo más cercano a un amigo que Manny había tenido en toda su vida. Los dos habían trabajado juntos tiempo atrás, en un rancho situado cerca de la frontera, y naturalmente había accedido encantado a acompañarlo el día de su boda.

A Manny le habría gustado que su familia también asistiera al

acto, pero no era una boda real y no quería engañarlos.

Sin embargo, en aquel instante le pareció la boda más real del mundo.

–Vaya, Sánchez, este parece el caso más duro en el que has estado nunca –comentó su amigo.

Manny miró a su rubio compañero, de ojos azules.

–No digas más, Davidson, o te echaré de aquí...

A pesar del comentario, Manny estaba de acuerdo. En sus muchos años de experiencia en el departamento, jamás había tenido que hacer nada tan duro como lo que estaba a punto de hacer. Pero cuando vio a Randi, cambió de opinión. Estaba preciosa.

Se había recogido el cabello en un moño y los pendientes de sus orejas brillaban. Su vestido se ajustaba a su cintura y el corsé acentuaba su figura. Le recordó a una mujer de tiempos pasados, pero con el brillo en los ojos y la actitud del presente.

Una vez más, tuvo la impresión de que sus ojos podían capturar su alma. Parecían atravesar su cuerpo y ver todas sus debilidades y dudas.

La idea de casarse no era la más inteligente que había tenido en toda su vida. Sabía que todo aquello iba a terminar mal, pero ya no podía hacer nada por evitarlo.

Intentó concentrar su atención en el juez, que comenzó a leer el típico pasaje de las ceremonias civiles. Pero cuando Randi empezó a hablar, notó que estaba nerviosa y se sintió como si le hubieran atravesado el corazón con un cuchillo.

Randi había mentido a sus amigos, había cambiado de forma de vida y hasta se estaba casando con él solo por hacerle un favor. Y después, cuando el caso en el que estaba trabajando fuera un simple recuerdo, se quedaría sola en el rancho frente a las habladurías de sus vecinos.

La tomó de la mano, para darle calor y animarla. Era lo mínimo que podía hacer.

De alguna forma, los dos consiguieron sobrevivir a la ceremonia y, al final, se pusieron los anillos. Era un gesto tan falso como todo lo demás, pero cuando llegó el momento de besarla, bastó mirarla a los ojos para sentirse perdido.

Solo pretendía darle un beso dulce y rápido. Sin embargo, al sentir su contacto y su reacción de deseo, se dejó llevar y la besó de forma apasionada, sin apenas control, hasta que recordó lo que estaba pasando en realidad.

Entonces, Witt le dio un golpe en el costado.

–Vamos, Manny, no sigas o el resto de los hombres comenzaremos a sentir envidia de ti…

Manny regresó a la realidad y Witt añadió:

–¿Puedo besar a tu flamante esposa? Recuerda que soy el padrino.

Randi sonrió y respondió por él:

–Por supuesto que sí.

Entonces, Witt le dio un suave beso en los labios y ella rio. Manny miró a su ex compañero con cara de muy pocos amigos. Y cuando se alejaron, apretó los puños, desesperado.

Aquello no podía estar pasando.

Se recordó que no era real, que no se habían casado realmente.

Un montón de besos, abrazos, felicitaciones y, dos horas más tarde, estaban de vuelta en el rancho. Randi sirvió a los invitados un poco de ponche, pero a Manny le habría gustado poder tomar algo más fuerte.

Por fortuna, parecía que Randi se lo había tomado todo muy bien. Estaba resplandeciente como novia, y en cuanto a los demás, parecían llevarse maravillosamente. Lewis Lee y Witt estaban charlando de forma animada, y Hannah y Marian hacían cariños al pequeño Ricky como si fuera el único niño del mundo.

Manny acababa de tomar un trago de ponche cuando se abrió la puerta trasera de la casa y apareció un hombre entrado en kilos.

–¿Qué diablos está pasando aquí? –preguntó.

–Frank. Nosotros…

Randi dio un paso hacia el recién llegado, mientras los demás permanecían al margen, en silencio.

–¿Se puede saber qué tipo de traición estás llevando a cabo a mis espaldas, hija?

Manny no podía creer que aquel cretino, que ni siquiera sabía comportarse, fuera su padre. No le extrañó que hubiera decidido no invitarlo a la boda.

Randi intentó mantener la compostura y lo hizo notablemente bien. En cambio, a él le costó bastante más. De hecho, no intervino porque sabía que a ella no le habría gustado que el día de su boda se estropeara con una fuerte discusión o algo peor.

Randi hizo caso omiso de la agresividad de su padrastro y se comportó con una tranquilidad asombrosa.

–Me gustaría presentarte a mi esposo –dijo, volviéndose hacia

Manny–. Manny, te presento a mi padrastro, Frank Riley. Nos casamos esta tarde, Frank. ¿Te gustaría tomar algo?

Manny miró al hombre y pensó que no había visto a nadie más colorado en toda su vida. Estaba tan rojo que parecía morado.

Por puro instinto, el policía dio un paso hacia su esposa.

Entonces, Frank tomó a Randi por los hombros y dijo:

–¿Te has vuelto loca? Anularé el matrimonio… ¡Maldita bruja estúpida! Después de todo lo que he hecho por ti y de todo lo que te he ofrecido… Nos habríamos hecho ricos. ¿Y en lugar de eso, te casas con ese maldito inmigrante?

Frank echó un brazo hacia atrás y, antes de que Manny pudiera alcanzarlo, abofeteó con fuerza a su hijastra.

Después, los acontecimientos se sucedieron en cuestión de segundos.

Manny ni siquiera fue consciente de lo que pasó. Reaccionó con rapidez y, cuando se quiso dar cuenta, Witt y Lewis Lee estaban intentando levantar a Frank, que yacía en el suelo, echando sangre por la boca.

Marian y Hannah se habían acercado a ayudar a Randi y Ricky se había puesto a llorar. Pero en mitad del caos, y mientras pensaba en la posibilidad de estrangular a aquel individuo, oyó la voz de su esposa, que decía:

–Por favor, Manny, contente. Déjalo en paz. No merece la pena.

Capítulo Ocho

Manny sacó las manos del bol de agua caliente y al hacerlo estuvo a punto de caerse de la silla.

–Ay... ¿es que quieres que también me salgan ampollas?

Witt rio, pero fingió seriedad y se sentó a su lado.

–Pobrecito. ¿Es que te has quemado con el agua?

Una hora antes, Lewis Lee y Hannah habían sacado a Frank de la casa mientras el hombre no dejaba de afirmar que los demandaría. Manny no estaba preocupado por las amenazas, pero lo estaba por Randi. No la había visto desde que Marian se la había llevado al piso de arriba.

–Cállate, Davidson, y echa un trozo de hielo al agua.

Witt no hizo caso. Lo tomó de la mano y volvió a meter sus nudillos en el bol de agua caliente.

–Hazlo. Te vendrá bien.

–Maldita sea, Witt, ¿qué diablos me ha pasado? Nunca había perdido el control en un caso. Se supone que soy un profesional.

–Puede que este caso sea distinto. Puede que te hayas... involucrado sentimentalmente en él.

Manny intentó encontrar alguna argumentación para llevar la contraria a su amigo, pero no pudo.

Entonces, se abrió la puerta trasera de la casa.

El policía pensó que tal vez era otra vez Frank, pero solo era Lewis Lee, que volvía solo.

–Pensé que te habrías hecho daño en los nudillos y he traído algo que te sentará bien –dijo.

Lewis sacó una botella de whisky y la dejó sobre la mesa de la cocina.

–El bueno de Frank se va a pasar varios días en fuera de juego. Ya era hora de que alguien le cerrara la boca de una vez –añadió.

Lewis Lee no sonreía nunca, pero era evidente que encontraba muy divertido lo que había pasado.

Manny echó un trago de whisky y dijo:

–Gracias.

El policía pensó que un poco de alcohol era justo lo que necesitaba aquella noche, así que echó un segundo trago, directamente de la botella, y enseguida se sintió mucho mejor.

Después, se la pasó a Witt, que la limpió con la mano antes de beber.

–Está buenísimo...

Los tres hombres se pasaron la botella mientras Manny intentaba calmar el dolor de sus nudillos.

–Vaya una forma de comenzar tu matrimonio –dijo Lewis Lee.

Manny no quería que se lo recordaran.

–La golpeó. Ese canalla la golpeó y no llegué a tiempo de impedirlo...

Witt echó otro trago de whisky.

–Hiciste lo que pudiste. Y, francamente, no creo que vuelva a ponerle una mano encima a tu esposa.

–Debí matarlo. De hecho, lo mataré si vuelve a intentarlo. Por cierto, Lewis, ¿puedes decirme a qué venía todo ese asunto de Frank?

El hombre se frotó la mandíbula.

–Frank quería vender el rancho desde que se casó con la madre de Randi. Estaba empeñado en que los ejecutivos de San Antonio o Austin pagarían una millonada por pasar sus vacaciones en estas tierras. Pero su mujer no quería –explicó–. Desde su muerte, sin embargo, ha estado presionando a Randi para que firme un documento y le dé completa libertad para hacer lo que desee con el rancho.

–¿Es que tienen la propiedad dividida entre los dos?

–No es asunto mío –respondió Lewis Lee, encogiéndose de hombros.

–Entonces, ¿es que Randi no quiere dividir el rancho?

–Randi prometió a su difunto padre que mantendría estas tierras en manos de la familia. Entonces solo tenía diez años, pero se lo tomó muy a pecho. Creo que preferiría morir de hambre antes que permitirlo.

–¿Y crees que la posibilidad de que se muera de hambre está cercana? –preguntó Manny, a sabiendas de sus dificultades económicas.

–No. Bueno... tal vez.

Manny oyó entonces que alguien bajaba por la escalera y se volvió para mirar.

Era Marian, que entró en la cocina, tomó la botella ya vacía de whisky y la tiró a la basura.

–Buenas noches, caballeros. Creo que ha llegado el momento de dar por terminada esta reunión.

La mujer se cruzó de brazos y esperó.

–Sí, tienes razón, supongo que debemos marcharnos a casa –dijo Lewis Lee.

–¿Hannah y tú podéis alojar a Witt por esta noche? –preguntó ella.

–Claro.

–Espera un momento, Marian... –intentó intervenir Manny.

–No te preocupes, está bien. Es muy tarde para llevarlo a la ciudad y a fin de cuentas es tu noche de bodas –comentó Lewis.

Manny recordó de repente toda la situación: el caso, la boda fingida, su complicada relación con Randi.

Lewis Lee y Witt se marcharon y, acto seguido, Marian tomó al niño en sus brazos, con cuidado de no despertarlo.

–Pondré al niño en la cama y después también me marcharé. Será mejor que subas pronto. Tu esposa te necesita.

Cuando Marian se marchó, el silencio de la casa le resultó tan intenso a Manny que se sintió derrotado. Tomó una botella de champán y dos copas y subió por la oscura escalera hacia el dormitorio.

Había encontrado la botella en una cubitera con hielo. Suponía que la había puesto allí Randi, lo que volvía a recordarle que se estaba tomando muy en serio su matrimonio. Una vez más, se sintió culpable, como si la estuviera utilizando.

Sin embargo, le debía al menos una copa. Randi se había tomado muchas molestias por ayudarlo y ahora tendría que enfrentarse, además, a un padrastro enfurecido. Pensándolo bien, le debía bastante más que una sola copa de champán.

Llamó a la puerta de su dormitorio, pero no obtuvo respuesta. Cuando entró, descubrió que la cama seguía hecha, con el vestido de novia encima. Ricky dormía plácidamente en su cuna, pero Randi no estaba por ninguna parte.

Justo entonces notó que había luz en la habitación donde había estado durmiendo él. Con curiosidad, abrió la puerta y se llevó la sorpresa de su vida.

Randi había cambiado por completo la decoración. En lugar de la colcha habitual, había puesto una de color rojo, a juego con las cortinas. Además, olía a una exótica fragancia que lo excitó de inmediato y de fondo sonaba un tema musical.

El policía sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Había intentado convencerse de que todo saldría bien: Randi era muy inexperta y probablemente se quedaría dormida después de la primera copa.

Pero no fue así. Cuando se acostumbró a la oscuridad del dormitorio, vio una imagen que lo dejó sin aliento. No había visto nada tan bello en toda su existencia. Apenas reconoció a la mujer que estaba tumbada en la cama, pero su cuerpo reaccionó con evidente deseo.

Vestida con un camisón blanco, Randi estaba tumbada sobre un montón de cojines. Su blanca piel y su transparente prenda contrastaban con el rojo de la colcha de seda.

Fue algo tan sorprendente que estuvo a punto de dejar caer la botella de champán.

Parte del camisón se había levantado y podía ver una de las ligas blancas que sujetaban sus medias. Manny sintió que la sangre le hervía en las venas.

–¿Ya se ha marchado todo el mundo? –preguntó ella, con voz baja y sensual.

–Yo...

Manny no podía pensar con claridad. Pero su confusión no se debía al whisky que había tomado, sino a la mujer con la que acababa de casarse.

–¿Qué estás haciendo en este dormitorio? ¿Qué pretendes con todo esto?

Randi no dijo nada, porque ni siquiera estaba segura de lo que pretendía.

–He traído el champán...

Manny se acercó a la cama, dejó las copas sobre la mesita de noche y las llenó. Después, le dio una. Pero tuvo mucho cuidado para no tocarla siquiera.

Randi tomó la copa y se la bebió de un trago. Lo necesitaba. No sabía cómo se habría sentido Manny después de la escena en la cocina y tampoco estaba segura de conseguir que cambiara de actitud sobre ella.

–Se supone que el champán hay que tomarlo más despacio.

–¿Por qué? Está bueno...

Manny asintió.

–He estado estudiando cómo satisfacer a un hombre. Marian me ayudó con la habitación, pero también me dijo que teniendo en cuenta lo que ha pasado tal vez no sea la mejor noche para nosotros. ¿A ti qué te parece?

Manny dejó la copa a un lado y se sentó en la cama.

–Randi, ya hemos hablado antes de esto. Estoy en una misión. El matrimonio no es real. Es un simple caso.

Randi se estremeció al pensar lo mal que se iba a sentir si no conseguía seducirlo, si él seguía insistiendo en que solo era una pieza más dentro de aquel maldito caso.

Pero ella era mucho más que eso para el agente del FBI, que no pudo evitarlo y la acarició en la cara al ver la huella de la bofetada de Frank.

–Dios mío, tu preciosa cara...

Randi había olvidado la bofetada de su padrastro. Pero pensó que si servía para llamar la atención del policía, habría merecido la pena.

–Iré a buscar algo para ponerte en la cara. Espera un momento.

Ella lo odió por desaparecer de aquel modo, pero justo cuando comenzaba a arrepentirse de haber intentado seducirlo y cuando estaba a punto de regresar a su habitación, Manny volvió y se sentó a su lado.

–Esta tarde vi en el frigorífico justo lo que necesitas...

Entonces, Manny le puso en la cara uno de los filetes, todavía helados, que Marian les había regalado para la cena.

–Ay...

–Tranquila. Esto bajará la hinchazón.

Su voz sonaba tan dulce y cariñosa que Randi pensó permanecer allí, haciéndose la enferma, tanto tiempo como pudiera.

–¿Te duele?

Ella no dijo nada. No podía hablar. Nadie se había preocupado tanto por su salud en toda su vida.

–Siento mucho lo sucedido, Randi. Es culpa mía. ¿Puedo hacer algo por ti? –preguntó, en voz muy baja.

Randi quería que hiciera bastantes cosas por ella. Lo deseaba. Quería estar con él. Ser parte de él. Hacer el amor con él.

–Me gustaría que...

La mujer no terminó la frase. Gimió, frustrada, sin saber cómo

expresar su deseo con palabras. Durante mucho tiempo había llevado una existencia pasiva, pero ahora estaba tomando el control de su vida.

Manny le retiró el filete y volvió a preguntar:

–¿Qué necesitas? ¿Qué puedo hacer por ti?

Randi pensó que ese era el momento. Entonces, o nunca.

Sabía que al contestar de ese modo se estaba arriesgando mucho, pero sacó fuerzas de flaqueza y lo hizo:

–Quiero hacer el amor contigo. Necesito saber lo que se siente al acostarse con un hombre.

–Pero no quieres hacerlo conmigo, créeme...

–Sí, quiero.

–Yo nunca he estado con una mujer virgen...

–No me harás daño.

–Pero no sabría cómo...

–Confío en ti más que en nadie. Lo harás bien.

Manny la miró de tal modo que estaba segura de que la iba a rechazar y se sintió perdida.

Sin embargo, decidió insistir.

–Por favor, Manny...

–Eres una mujer muy obstinada –dijo él, con una sonrisa.

–Dime qué debo hacer para excitarte. Qué más puedo hacer para seducirte...

Manny rio y la miró con verdadera pasión.

–Ya has hecho todo lo que tenías que hacer, cariño. No hace falta que hagas nada más. En cuanto entré en la habitación, me excité.

La mirada de Randi se clavó entre las piernas de Manny. Era obvio que estaba diciendo la verdad.

–Te he deseado desde la primera vez que te vi –continuó él–. No puedo ni quiero negarlo, aunque sé que está mal.

–¿De verdad? Entonces, ¿me desvisto yo o prefieres desnudarme tú mismo?

–No, querida, será mejor que nos tomemos esto con más calma.

–Pero si tú me deseas... Y he leído en un libro que a los hombres les resulta difícil esperar. Tal vez te siente mal.

Manny volvió a reír.

–Pronto descubrirás que las relaciones entre hombres y mujeres no son exactamente como aparecen en determinados libros. Te aseguro que agradezco tu preocupación, pero deja que sea yo quien

te lleve en este baile.

–Pero el libro...

–Mira, Randi, te deseo tanto que podría arrancarte la ropa ahora mismo. Sin embargo, no sería bueno para ti. No se parecería nada a lo que has soñado.

Entonces, la besó con tal dulzura que ella olvidó todo lo que había leído en los libros. Y a medida que incrementaba la pasión, se sintió completamente dominada por el deseo.

No se dio cuenta de que había introducido una mano por debajo del camisón hasta que la notó sobre uno de sus senos y, entonces, sintió una intensa descarga eléctrica. Su respiración se aceleró y, cuando lo miró, vio que él también estaba casi jadeando.

–Si algo es demasiado para ti, dímelo y me detendré.

Randi no quería que se detuviese. Bien al contrario, quería que acelerara el proceso, porque ya casi no podía soportar aquella tensión.

Lentamente, le quitó el camisón. Después, la miró y dijo:

–Eres tan bella... He soñado con este momento muchas veces durante los últimos días, pero eres mejor que el mejor de mis sueños.

–¿No vas a tocarme?

–Oh, por supuesto que sí. Pero ahora quiero disfrutar de tu visión. Paciencia, cariño...

A pesar de lo que acababa de decir, comenzó a acariciarle un pezón con un dedo. Lo hizo suavemente, contemplando sus senos con tal reverencia que se acercaba a la adoración. Pero ella no quería que la adorara. Quería mucho más.

Por fin, Manny tocó sus senos abiertamente.

–Oh, Randi...

Aquello era lo que Randi había estado esperando. Su contacto y el sabor de sus besos la habían excitado. Se arqueó contra él, intentando liberar la necesidad que sentía entre las piernas, mientras él repetía la operación anterior con su otro seno, con idéntica delicadeza.

–Por favor, Manny...

–¿Quieres que me detenga?

–No, quiero que...

Manny introdujo una mano entre los muslos de la mujer, por encima de sus braguitas.

–¿Es esto lo que quieres?

–Sí, sí...

Randi ya no podía pensar con claridad. Era una sensación tan maravillosa que tuvo que hacer un esfuerzo para no pedirle, en voz alta, que se apresurara. Pero él notó su impaciencia y dijo:

–Despacio, Randi. Estoy aquí, contigo. No pienses, déjate llevar...

Suavemente, besó su frente, su nariz y finalmente, de nuevo, sus labios. En algún momento, bajó una mano hacia su estómago y la introdujo por debajo de las braguitas. Ella se estremeció.

–¿Significa eso que no quieres que siga? –preguntó él.

–Al contrario. Por favor, no te detengas.

–Como quieras. Tus deseos son órdenes para mí –declaró él, con una sonrisa.

Randi se estremeció de nuevo. Su primer impulso fue tensar las piernas y apretar los puños, pero él le dijo que se relajara. Estaba decidida a seguir sus instrucciones. Confiaba en él y, por otra parte, las sensaciones eran tan deliciosas que solo quería disfrutar de ellas.

Se aferró a sus hombros como si en ello le fuera la vida.

En aquel momento, Manny la levantó con suavidad y le quitó las bragas con un movimiento rápido y casi imperceptible. La respiración de Randi se aceleró. Se sentía profundamente feliz.

–Eres perfecta, la mujer más perfecta que he conocido...

Manny pasó un dedo por el sexo de Randi, como jugando, muy suavemente. Ella se arqueó de nuevo y él le separó los muslos antes de inclinarse y lamer sus senos.

Randi pensó que estaban llegando al momento cumbre. Pensó que se quitaría la ropa, harían el amor y todo habría terminado. Por fin, había dado un paso activo en su vida. Estaba a punto de convertirse en una verdadera mujer, con el hombre más atractivo de la tierra.

Y el momento era tan importante para ella que hizo un verdadero esfuerzo por mantenerse relajada.

Capítulo Nueve

–Estás volviendo a pensar –susurró Manny, contra la piel de su amante.

–Oh, lo siento…

Manny sabía que estaba a punto de alcanzar el orgasmo.

–Quédate conmigo, Randi. Respira y limítate a disfrutar de las sensaciones que te recorren. Tu cuerpo hará el resto.

Manny comenzó a besar su maravilloso cuerpo dirigiéndose poco a poco hacia su entrepierna. Cuando llegó a su estómago, comenzó a lamerla y ella gimió. Manny tuvo que apretar los dientes un momento, para intentar controlar su propio deseo.

Siguió descendiendo hasta llegar a su sexo y, cuando su lengua entró en contacto con él, Randi arqueó las caderas contra la boca de su amante. Ya no pensaba, no había nada salvo las sensaciones. Y otro tanto le ocurría a él.

–Vamos, sigue, cariño… Sabes muy bien. Te quiero toda…

Manny introdujo un dedo entre sus piernas y comenzó a masturbarla, sin dejar de lamerla de vez en cuando. Ella se estremeció, entre convulsiones y, cuando alcanzó el orgasmo, él la abrazó con fuerza y ella rio, alegre.

Manny se sentía feliz. Por una vez, había hecho algo especial por alguien. Había conseguido que una mujer preciosa llegara a su primer orgasmo y hasta había logrado que riera como una colegiala.

–¿Y bien? ¿Ha sido tan bueno como dicen los libros? –preguntó él.

–Oh, sí. Ha sido mejor que todo lo que había soñado. Pero tú no has… No puede haber terminado ya, ¿verdad?

Manny casi se echó a reír por su ingenuidad.

–En lo que a mí respecta, ha terminado. No tengo preservativos. No esperaba hacer nada esta noche.

–Pero dijiste que esta noche sería la noche…

–Sí. Sin embargo, tendremos que tomarnos las cosas con calma. Este solo ha sido el primer paso.

–Oh, no. ¿Quieres decir que tendré que esperar? ¿Cuánto

tiempo?

–Parece que te ha gustado mucho lo que hemos hecho y que quieres más. ¿Me equivoco?

–Me ha encantado… Estoy segura de que te has dado cuenta, pero ¿cuándo terminaremos lo que hemos empezado?

Randi no dejaba de moverse bajo él, y Manny pensó que si no se estaba quieta probablemente lo terminaría en aquel mismo instante.

–Bueno…

–Eh, ahora que lo pienso, tu no has tenido ningún orgasmo. ¿No se supone que ahora debería ser tu turno?

Manny sintió de repente las manos de la mujer sobre su sexo y a punto estuvo de morderse la lengua.

–¿Se puede saber qué estás haciendo?

La mujer comenzó a desabrocharle los pantalones.

–Si te apartas un poco, podría acceder mejor… No consigo desabrocharte los pantalones.

–Mira, no tienes que hacer nada por mí. Solo dame unos minutos y estaré bien. Mañana por la noche ya nos ocuparemos de…

–Ajajá…

Randi consiguió desabrocharle los pantalones e introdujo una mano bajo sus calzoncillos de algodón.

–He estado leyendo sobre ciertas técnicas que me gustaría practicar contigo. ¿Te parece bien?

Manny pensó que aquella era la situación más erótica que había experimentado en su vida. Nunca se habían aproximado a él de aquel modo. Parecía mentira que Randi fuera una primeriza en cuestiones de amor.

–Por esta noche ya ha sido suficiente, cariño. Podemos aprender más el uno del otro mañana…

–¿Pero qué hay de ti? No me parece justo.

–Espera un segundo. ¿Quién de los dos tiene más experiencia?

Manny comenzó a hacerle cosquillas y ella empezó a reír.

–¡Basta, basta! –exclamó, entre risas–. Está bien… tú tienes más experiencia en el amor.

–Exacto. Soy el profesor y tú eres la alumna. Así que yo decidiré cuándo continuamos.

Manny la abrazó con fuerza. Estar así con una mujer, en una situación intensamente cálida y cariñosa, era algo que él no había vivido en toda su vida. Por un momento, soñó que su existencia podía ser distinta a la que había llevado hasta entonces.

Pero Randi comenzó a llorar de repente, y sus sollozos lo devolvieron a la realidad.

–¿Qué sucede?

–Lo siento tanto.

–¿Qué es lo que sientes? No te referirás a...

Manny temió que estuviera arrepentida. No quería que se arrepintiera de lo que había pasado. No quería arrepentimientos, ni recriminaciones, ni lazos en aquella relación.

–No, no me refiero a esto. Ha sido algo maravilloso, Manny. Pero siento no estar mejor preparada. Debí pensar en los preservativos. Sé que te sientes frustrado y es culpa mía. Debí leer más. Debí...

–Calla, no sigas. Todo está bien. No me siento frustrado en absoluto.

Manny se había tumbado a su espalda, y Randi podía sentir su respiración en el cuello y su erección contra su trasero. Si él no se sentía frustrado, ella sí.

–Por favor, háblame... dime cómo te sientes.

Él dudó un momento.

–Creo que lo que más siento es gratitud.

–¿Por qué?

–Porque has confiado en mí para ser el primer hombre en tu vida. Verte alcanzar tu primer orgasmo ha sido una de las experiencias más bellas de mi existencia. Me has dado un gran regalo, Randi Cullen.

Randi se estremeció. Aquella declaración también era para ella una de las cosas más bellas que había vivido.

–¿No podríamos hablar un rato? Háblame de tu vida. ¿Te has casado alguna vez?

Él rio.

–No, nunca tuve la suerte de conocer a una mujer que soportara mi forma de vida. Entré en el departamento cuando salí de la universidad y he estado trabajando en el FBI desde entonces. Casi siempre estoy fuera, en algún caso. Ni siquiera tengo una verdadera casa y vivo siempre con las maletas a medio hacer.

–Pero no seguirás así el resto de tu vida, ¿verdad? Supongo que querrás echar raíces en algún momento.

–Lo dudo. No estoy acostumbrado a esas cosas. Mis padres emigraron de México antes de que yo naciera.

–Oh, ahora comprendo que te molestara tanto lo que te llamó

Frank... Lo siento mucho.

–Me han llamado cosas mucho peores. No lo habría atacado si no te hubiera dado esa bofetada. ¿Lo había hecho ya antes?

–No, nunca, y no importa. Cuéntame más cosas sobre tus padres.

–Antes de que yo aprendiera a caminar, consiguieron un trabajo como jornaleros y se pasaban la vida viajando de propiedad en propiedad.

–Entonces, ¿cómo te las arreglaste para ir a la universidad?

Manny no contestó.

–¿Te he molestado? No pretendía insinuar que el hijo de un inmigrante no pueda ir a la universidad. Pero me sorprende que tuvieras tiempo y ocasión para hacerlo, si viajabais tanto y no teníais mucho dinero...

–Es lógico que te extrañe. Tengo seis hermanos y ninguno, menos yo, ha podido ir a la universidad.

–¿Cómo lo lograste tú?

–Por simple obstinación, supongo, y porque tuve mucha suerte. Cuando acababa de cumplir catorce años, estaba con mi familia en el valle de Río Grande, para trabajar en la vendimia. Mis padres tuvieron que llevarnos a todos al colegio por obligación legal, y resultó que uno de mis profesores era ex policía. Se interesó por mí y me ayudó mucho. Y llegado el momento, le pidió a mi padre que me permitiera vivir con su familia para que yo pudiera estudiar.

–¿Y pagó tus estudios?

–No. Obtuve una beca en una pequeña facultad del norte de Texas y además ganaba algún dinero trabajando en una cafetería.

–Así que entraste en el FBI por él...

–No, tampoco –dijo, entre risas–. Lo hice a pesar de él. Quería que me dedicara a algo más seguro y estable, que fuera profesor o algo así.

–¿Lo sigues viendo muy a menudo?

–Murió hace unos años –respondió–, pero sigo en contacto con su viuda. La casa donde vivían fue lo más parecido a un hogar que tuve en toda mi juventud.

Randi no sabía qué decir. Su pasado era muy diferente al de ella. Apoyó la cabeza en el hombro de su amante y de repente se quedaron los dos en un agradable silencio.

Ella se debió de quedar dormida, porque lo siguiente que recordó fue despertarse de repente y oír un fuerte ruido. Pensó que era el niño, que estaba llorando, pero enseguida comprendió que el

sonido procedía de la cama. Era Manny. Estaba gritando, en sueños.

–No, no, basta ya... –decía–. No puedo alcanzarte... ¡Ya voy!

Randi se asustó, pero se acercó a él, lo acarició e intentó despertarlo.

–Es una pesadilla, Manny, despierta. No pasa nada...

Manny se aferró a sus hombros con fuerza.

–Me vas a hacer daño, Manny...

Entonces, él abrió los ojos.

–Oh, Dios mío, lo siento... ¿te he hecho daño?

–No, estoy bien. Tenías una pesadilla...

–Sí, supongo que sí –acertó a decir.

–¿De qué se trataba? ¿Alguien quería hacerte algo malo?

–A mí, no. Se trataba de...

Entonces, Manny la soltó y se levantó de la cama. Todavía estaba completamente vestido, con excepción de las botas, así que se abrochó los pantalones antes de salir.

–¿Adónde vas?

Manny se dirigió directamente a la otra habitación y no se quedó tranquilo hasta comprobar que el niño se encontraba bien. Randi lo siguió y preguntó en voy muy baja:

–¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo a Ricky?

–No, está bien.

–¿Era él a quien intentabas ayudar en tu pesadilla?

–No lo sé.

Manny dijo la verdad. Tenía aquella pesadilla con bastante frecuencia, pero nunca podía ver a quién pretendía salvar. Ni siquiera sabía por qué necesitaba de su ayuda tan desesperadamente.

Pensó que podía tratarse del niño, pero al verlo no pudo asociarlo con la pesadilla. Además, el sueño ya empezaba a desaparecer en lo más oscuro de su inconsciente.

Aquello era frustrante.

–Vuelve a la cama, Randi. Tengo que trabajar.

–¿Trabajar? Son las tres de la madrugada.

Él se alejó hacia las escaleras y repitió:

–Vuelve a la cama.

Aún mojado y estremecido por la ducha fría que acababa de tomar, Manny bajó las escaleras para ponerse las botas de trabajo.

Pensó que una ducha serviría para relajar su profundo sentimiento de frustración con Randi, pero no lo había ayudado en absoluto. Solo había conseguido quedarse congelado.

Ahora también se sentía confuso y asustado.

Cuando entró en la cocina, se dio cuenta de que tenía hambre. Por suerte, Randi ya había despertado y estaba preparando el desayuno.

–¿Qué estás haciendo? Deberías seguir durmiendo un rato y descansar un poco.

–Ya he dormido bastante –declaró, mientras le servía un café.

Manny tomó la taza y dijo:

–Mira, no tienes que levantarte para prepararme el desayuno. Puedo hacerlo yo solo.

–Ya. ¿Prefieres los huevos revueltos o fritos? –preguntó, sin hacerle el menor caso.

–No quiero huevos de ninguna forma –respondió, mirándola.

Randi siguió cocinando, en silencio.

–Randi, déjalo ya. No quiero desayunar. Con el café me basta.

–Necesitas tomar algo más que un café. Deberías comer algo –dijo, mientras servía los huevos revueltos en un plato, junto con un par de tostadas–. Ahora, siéntate y come. Y, mientras lo haces, tal vez me puedas contar algo más sobre la pesadilla que tuviste.

–¡Maldita sea, mujer! No voy a desayunar y no voy a hablar de ese estúpido sueño. Tu rancho se está cayendo a trozos. Tengo que terminar de reparar la valla que empecé a arreglar el otro día con Lewis Lee. Y después debo ir al pueblo para ver si encuentro alguna pista... hay que encontrar al contacto del hombre que secuestró a Ricky.

–¿Vas a salir? ¿Podrías ir entonces al supermercado?

Manny comenzó a ponerse las botas y pensó que aquella mujer podía resultar muy irritante.

–No sé si tendré tiempo para ir al supermercado. Pero, ¿qué tengo que comprar?

–No te preocupes entonces. Iré yo.

–Está bien, pero no me esperes a cenar. No sé cuánto tiempo tardaré en volver al rancho.

Manny se levantó, tomó su chaqueta y se la puso antes de marcharse.

–No habrás olvidado tu promesa, ¿verdad?

Manny recordó de repente la promesa que había hecho durante

la madrugada y se maldijo por ello.

–Será mejor que descanses un poco hoy, Randi. En serio. Es posible que regrese muy tarde.

Capítulo Diez

Randi estuvo cansada e irritable la mayor parte del día. El niño le dio mucha guerra y por si fuera poco tuvo que enfrentarse a Hannah, que pasó por el rancho y la sometió a un verdadero interrogatorio.

Cuando pensaba que ya no podría soportarlos por más tiempo, apareció Marian y solucionó la situación enseguida. Hannah no tardó en marcharse por donde había llegado. Entonces, Marian miró al niño y a Randi y dijo:

–Parece que habéis pasado una mala noche los dos. ¿Es que las cosas no han salido como esperabas con Manny? ¿O es que el niño os molestó?

–No, se portó muy bien toda la noche. Pero no sé qué le pasa ahora. Puede que esté enfermo..

–Sin embargo, no has contestado a la pregunta principal. ¿Cómo te fue la noche con Manny? ¿Sirvió de algo el champán que te regalé y los cambios que hicimos en el dormitorio?

–Casi. Pensé que lo había conseguido, pero no lo terminó. Dijo que no tenía preservativos y que debíamos esperar a otro momento.

–Y supongo que no pudiste dormir después de eso...

–Manny tuvo una pesadilla y se despertó a las tres. Después no conseguí conciliar el sueño. Estaba demasiado preocupada.

–Tengo una idea. Podría ir al pueblo y comprarte lo que necesitas. Me llevaré a Ricky y así podrás echarte una siesta mientras tanto.

Randi se sentía muy avergonzada por haberle contado algo tan personal como el asunto de los preservativos, pero por otra parte estaba cansada y le apetecía dormir un rato.

–¿No te importaría? Me harías un gran favor.

–Te he dicho que puedes contar conmigo siempre que lo necesites. Aunque eso implique que yo, una de las peores cotillas del condado, vaya a comprarte una caja de preservativos –dijo la mujer, con ironía–. Quién sabe, tal vez aproveche la ocasión para esparcir unos cuantos rumores.

Manny subió las escaleras del porche trasero de la casa con sumo cuidado. Ya había anochecido, pero el día había resultado tan frustrante como la noche anterior.

Desde que había empezado a arreglar las vallas del rancho, las cosas habían empeorado. Alguien se dedicaba a robar los tablones y a cortar la tela metálica de las verjas. No había tenido más remedio que tomar prestada la camioneta de Lewis Lee e ir con Witt a ver al sheriff para denunciar los actos de vandalismo contra la propiedad de Randi.

Después, fue a comprar algunas herramientas a la ferretería y pidió que lo apuntaran todo en la cuenta del Running C. Pero al oír el nombre, el dependiente exigió que le pagara en el acto.

–Esa chica no ha pagado una factura desde hace seis meses. De hecho, debe más de que lo que gana en el rancho en un año.

–¿Cómo es posible que esté tan mal?

–Ha tenido muy mala suerte. Le ha pasado de todo, todo tipo de catástrofes inexplicables. Es gracioso... pensé que saldría a flote o que vendería el rancho y no ha hecho ni lo uno ni lo otro. Y eso que su padrastro tiene un buen comprador desde hace meses.

Al oír la mención de Frank Riley, Manny decidió interesarse un poco más.

–Ese hombre es todo un carácter...

–No, qué va. Nunca se había metido en problemas. Pero hace años que viaja mucho y pasa fuera mucho tiempo, y supongo que la gente puede cambiar.

Tras pagar al hombre, Manny charló unos minutos con Witt y con Reid, quien comentó que el sheriff opinaba lo mismo sobre Randi y el rancho. El agente se quedó muy extrañado. Randi era una mujer brillante y trabajadora. No era lógico que las cosas le fueran tan mal. Algo raro estaba pasando allí.

Además, él nunca había creído en la mala suerte. Así que solo quedaba una opción: alguien estaba saboteando el rancho de Randi.

Cuando entró en la cocina, su flamante esposa lo recibió:

–No llegas tan tarde como dijiste...

–El día no ha resultado tan fructífero como esperaba. No he conseguido prácticamente nada.

–¿Arreglaste la valla?

Randi no quería darle más malas noticias sobre el rancho, así

que respondió:

–Sí, pero tardé más de lo que había calculado –dijo, mirándola con atención–. Randi... ¿Qué harías si no pudieras seguir viviendo en el rancho?

Ella suspiró.

–Supongo que si tuviera dinero dejaría de trabajar como enfermera en el colegio y conseguiría el título de profesora en la universidad. Es mi sueño, pero no es posible en mis circunstancias económicas, así que no pienso en ello últimamente.

–¿El dinero que te ha ofrecido tu padrastro bastaría para eso?

–Supongo que sí, pero nunca me he tomado en serio su oferta.

Manny notó la expresión de dolor de sus ojos, así que decidió cambiar de conversación.

–¿Qué tal te ha ido el día? Estás preciosa. ¿Has disfrutado de la paz y de la tranquilidad en mi ausencia?

Ella rio, pero su expresión seguía siendo muy triste.

–Hasta hace un par de horas no había ninguna paz ni tranquilidad. Hannah vino a verme y, de no haber sido por Marian, no habría soportado su interrogatorio.

–¿Qué quería Marian?

–Nada. Se ofreció a dar una vuelta con Ricky y me alegré mucho. Hoy se ha portado bastante mal.

–¿Está enfermo?

–No, pero ha estado llorando todo el día.

Manny se acercó al pequeño y lo miró.

–Ahora parece muy tranquilo.

–Sí. El farmacéutico le dijo a Marian que le está saliendo otro diente, así que supongo que le dolía.

–No lo entiendo. ¿Marian estuvo en el pueblo y llevó el niño a la farmacia en lugar de ir al médico?

Randi negó con la cabeza.

–Fue a comprarme... algo que necesitaba. Pero se llevó a Ricky para que yo pudiera dormir un poco.

–¿Un medicamento? ¿Qué necesitabas?

–¿Es que lo has olvidado? Bueno, podemos usar los que ha comprado ella.

–Maldita sea, Randi, ¿le pediste a Marian que fuera a comprar preservativos para nosotros? ¿En qué estabas pensando?

–En que se te olvidaría y en que yo estaba demasiado cansada para ir. Porque se te ha olvidado, ¿verdad?

Manny puso los brazos en jarras y la miró.

–No sé qué voy a hacer contigo... –declaró, con humor.

–Yo sí lo sé: mantener tu promesa. Y por cierto, me gustaría que lo hicieras pronto. En cuanto comas y hayamos acostado a Ricky, subiremos arriba y me convertirás en una verdadera mujer.

Manny la miró con desaprobación, pero Randi supo que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por contener la risa.

En mitad de la cena, Manny decidió que había demasiada presión entre ellos. Tenía intención de cumplir su promesa, peor tal vez fuera mejor que no forzaran la situación aquella noche.

Sin embargo, no sabía cómo decírselo a Randi, así que se prestó voluntario para ayudarla en algunas de las tareas de la casa que debía hacer, para rebajar la tensión y que el golpe no fuera tan duro para ella.

–¿Por qué no vas a bañarte? Yo me encargaré de dar de comer al niño y de acostarlo. Disfruta un poco. Podemos hacer que esta sea algo así como la noche de Randi...

–Bueno, si no te importa... Me gustaría tomar una ducha caliente.

La única ducha de la casa se encontraba en el cuarto de baño del piso inferior, junto a la cocina. No era exactamente lo que él pretendía. Prefería que subiera arriba porque tendría más tiempo y con un poco de suerte se quedaría dormida. Pero ahora tendría que pensar en otra cosa.

–Vamos, el niño estará bien. Además, me gustaría pasar un rato con él.

Randi sonrió y desapareció escaleras arriba.

Tal y como había prometido, él dio de comer al pequeño y después lo llevo a la cama antes de que Randi saliera del cuarto de baño. Le puso su pequeño pijama y se quedó casi una hora con él.

Cuando decidió salir y se asomó al dormitorio en el que habían pasado la noche anterior, se sorprendió al ver que Randi no estaba allí y que había desaparecido la decoración roja que había preparado con Marian. Sintió curiosidad y subió al ático, por si había surgido algún otro problema como el del tejado y había decidido resolverlo sola. Pero tampoco la encontró.

Estaba en el salón, a oscuras, solo iluminada por el fuego que ardía en la chimenea.

–¿Te ha costado dormir al niño? –preguntó, con voz sensual.

–Se encuentra bien, no te preocupes. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás arriba, en la cama?

–Pensé esperarte allí, pero me puse un poco... nerviosa.

Manny caminó hacia el sofá y se arrodilló a su lado.

–¿Nerviosa? ¿Por qué no descansamos un poco esta noche? Los dos estamos agotados y nos vendría bien.

–No, de eso nada, lo prometiste...

–Por favor, Randi. Deberíamos tomarnos las cosas con más calma.

Manny notó que llevaba puesto un albornoz, cerrado con un cinturón, y se preguntó por lo que llevaría debajo.

–Manny...

La simple mención de su nombre bastó para que perdiera el sentido y olvidara todas las promesas que se había hecho. Comenzó a besarla, desesperado, y al cabo de unos segundos se apartó y dijo:

–Esto es todo lo que podemos tener. No puedo darte nada más. Tendré que marcharme en algún momento. Lo sabes, ¿verdad?

–Lo sé –dijo, con ojos llenos de pasión–. Pero no importa. Me quedarán recuerdos en lugar de simples sueños vacíos.

Randi comenzó a desabrocharle la camisa y, antes de que se diera cuenta, se la quitó. El sofá les pareció demasiado incómodo, así que se tumbaron en la alfombra, frente al fuego.

–Espera un momento –dijo ella.

Randi se acercó a la mesa cercana y tomó algo que él no pudo ver.

–Aquí lo tienes.

Manny vio el paquete de preservativos y rio.

–Eres una chica muy decidida...

Él la atrajo hacia sí y la abrazó, mientras ella lo acariciaba. Un furioso deseo empezó a arder en el interior de Manny, que la tumbó en el suelo, de espaldas, pero sin dejar de besarla.

La miró y supo que lo deseaba tanto como él a ella. Después, le desabrochó el cinturón del albornoz y se encontró ante la desnudez de sus senos, iluminados por la dorada luz del fuego. Era una imagen preciosa, perfecta, un verdadero festín para sus sentidos; no sabía por dónde empezar, así que se inclinó y besó sus senos.

Ella clavó las uñas en sus brazos, excitándolo aún más, y él introdujo una rodilla entre sus piernas antes de comenzar a besarla y a lamerla por todo el cuerpo, recorriéndola como si fuera un

instrumento de exquisita tortura, aumentando su excitación con cada caricia. Randi se sentía indefensa y poderosa al tiempo.

Intentó quitarle los pantalones, pero él se adelantó y se libró de ellos. La luz de la habitación había empezado a bajar a medida que el fuego se consumía, pero a pesar de todo Randi pudo contemplar perfectamente el cuerpo del hombre que deseaba y lo olvidó todo. Hasta dejó de respirar durante un momento.

Manny le quitó las braguitas y se detuvo para ponerse un preservativo. Acto seguido, se tumbó sobre ella apoyándose en los codos, para no aplastarla con su peso, y Randi abrió las piernas para recibirlo. La sensación de tenerlo tan cerca, de notar su calor de un modo tan intenso, la emocionó profundamente.

–Si quieres que me detenga, dilo ahora, Randi.

–Por favor, no te detengas. Quiero que sigas.

Él gimió y puso una mano detrás de su cadera, para elevarla un poco.

–Está bien, pero relájate. Nos tomaremos esto con tanta calma como podamos. Y si te duele, dímelo.

Randi notó la tensión en su tono de voz, pero enseguida se dejó llevar por sus propias emociones. Manny entró en su cuerpo con suavidad, pero solo un poco, y ella fue consciente de su temperatura y de la anchura del tamaño de su sexo. Entonces salió de ella otra vez, pero volvió a entrar de inmediato, un poco más profundo que antes.

No era doloroso. De hecho, la sensación no se parecía a nada que Randi hubiera experimentado con anterioridad. Se le ocurrió pensar que era la forma más perfecta de unión entre dos personas. Era como acceder directamente a su alma.

Capítulo Once

–Oh, Manny –gimió Randi.

El corazón de la joven latía, desenfrenado. Uno o dos movimientos más y se convertiría en toda una mujer.

–¿Te estoy haciendo daño? –preguntó él, con respiración acelerada.

Manny se había detenido y no se movía.

–No, en absoluto. Es maravilloso.

–No podría soportar la idea de hacerte daño. ¿Estás segura de que quieres que siga?

–Sí, por favor...

Entonces, por fin, él empujó con suavidad. El dolor fue tan intenso que Randi gritó.

–Maldita sea –dijo él, mirándola con preocupación.

–Descuida, el dolor ya ha desaparecido. Hazme el amor. Ámame como se supone que un hombre debe amar a una mujer.

Manny estaba perdido. Entró totalmente en ella y en aquel momento Randi lo olvidó todo. No había nada en el mundo salvo su amante y su cuerpo. Acababan de convertirse en una sola persona y comenzaron a moverse hasta que ella alcanzó el orgasmo. Manny lo hizo poco después.

Los efectos de la experiencia lo dejaron muy confundido. No se había sentido así en toda su vida. Era como si se hubiera encontrado con su alma gemela, como si la bestia que albergaba en su interior deseara tomar su espíritu y capturarlo para siempre.

Se suponía que él era la persona con más experiencia. Pero se sintió vulnerable, expuesto.

–Ha sido maravilloso –dijo ella.

Randi nunca había pensado que hacer el amor con un hombre pudiera ser tan intenso. Había perdido algo más que su virginidad, pero se sentía como si también hubiera ganado mucho más.

Se sentía salvaje y libre. Y era tan feliz que deseaba gritar.

–¿Te encuentras bien? –preguntó él.

–Mejor que bien. Me siento como si hubiera estado en el cielo.

–Creo que será mejor que nos marchemos de aquí. Si seguimos en el suelo te vas a quedar helada.

–No, por favor, no te vayas... Abrázame, por favor –dijo–. ¿Crees que podemos hacerlo otra vez si esperamos un poco?

–Estoy seguro de ello. Y no tardará demasiado.

–¿En serio?

Randi notó entonces su erección y rio.

–Esto no está bien –insistió él–. Deberías tomar un baño caliente y después meterte en la cama. Quiero que todo salga bien.

–Todo está bien, y no quiero un baño. Te quiero a ti. Te amo.

–Oh, Dios mío...

Manny se apartó de ella, horrorizado.

Sabía que aquello podía pasar. Había perdido el control, se había dejado llevar y Randi saldría herida.

–¿Que ocurre? ¿Qué he dicho?

–Escúchame un momento, Randi. No soy lo que necesitas. Soy un mal tipo, un hombre muy complicado.

Ella abrió la boca como para decir algo, pero él se la tapó con un dedo.

–No, hazme caso. No soy un delincuente, como sabes; pero a pesar de ello soy del tipo de hombres contra los que te aconsejaría tu madre si pudiera hacerlo...

–Oh, vamos.

–Lo digo en serio. Siempre he sido problemático, desde pequeño. Cuando tenía diez años, mis padres me dejaron una noche al cuidado de mi hermana pequeña, en la camioneta. Me aburría mucho con ella, así que le dije que saliera del vehículo y la pobre lo hizo. Justo entonces, una furgoneta llena de jóvenes salió de repente y...

–Oh, no...

–Ni siquiera pudieron verla. Pasaron a toda velocidad. El vestido de mi hermana se enganchó en su parachoques y la arrastraron un buen trecho hasta que al final terminó cayendo a la cuneta.

–Dios mío...

Randi se tapó la cara con las manos y Manny la observó. La pesadilla que había tenido no era sobre su hermana, ni sobre Ricky, sino sobre su amante. La persona que intentaba salvar era Randi. Había intentado mantenerla a salvo, cuidar de ella, y había fallado. Una vez más, le había fallado a alguien que le importaba.

–Pero no fue culpa tuya –declaró–. No podías detenerlos. Solo

eras un niño.

–Toda mi vida ha sido un desastre por una u otra razón. No debes amarme. Mi corazón está lleno heridas y agujeros. Si lo pusieras contra la luz, podrías ver a través de él. No sé lo que significa la palabra amor, de modo que no te engañes conmigo. Protégete de mí.

Randi pensaba que conocía el significado de la angustia, pero se había equivocado. Toda la angustia que hubiera podido sentir con anterioridad no era nada en comparación con la que sentía ahora. Sabía que Manny se estaba equivocando, pero no encontraba la forma de conseguir convencerlo.

Intentó hablarle, pero no la dejó. La llevó al piso superior y la puso en la cama con dulzura, sin dejar de repetirle que debía olvidarse de él.

Pasaron varios días en los que apenas le dirigió la palabra. Cuando comprendió que se sentía culpable por la posibilidad de haberle hecho daño, Randi decidió dejar de rogarle que la escuchara y decidió que la mejor forma de demostrar su amor era darle un poco de espacio y de tiempo.

La situación era insoportable para ella. Le dolía el corazón. Pero siempre se recordaba algo que le había dicho su padre antes de morir:«La vida está llena de peligros potenciales, cariño. Pero si no te arriesgas, nunca ganarás nada».

Ahora sabía que la frase de su padre también se podía aplicar al amor. De no haberse arriesgado con Manny, nunca habría descubierto lo que significaba. Y el riesgo había merecido la pena.

A lo largo de la semana siguiente, Randi pensó mucho en los cambios que había experimentado su existencia. El amor de Manny le había abierto los ojos. Ya no podía volver a su vida anterior. Era una mujer distinta, decidida a vivir a toda costa.

A fin de cuentas, no podía perder nada. Y nada podía ser tan doloroso como querer a Manny y no poder tenerlo.

Aquel día era un típico día de finales de otoño. Fresco y claro, el aire casi olía al inminente invierno. En Edwards Plateau nunca nevaba, pero las heladas nocturnas eran muy fuertes y la noche anterior había sido particularmente fría. Los charcos se habían congelado antes de que la luz del sol los evaporara.

Randi miró a su alrededor y se dijo que aquel día iba a cambiar,

definitivamente, su vida.

Manny llevaba una semana manteniéndose lejos de ella y de la casa. Pasaba de vez en cuando para ducharse, cambiarse de ropa e interesarse por su salud y por la del niño, pero ella sabía que no tardaría mucho en marcharse y tenía que encontrar la forma de seguir viviendo cuando hubiera desaparecido.

Después de comer, vistió al niño, lo subió al coche y condujo hasta la casa de Hannah y de Lewis Lee. Él estaba trabajando en el rancho, tal y como había imaginado, pero ella la invitó a entrar.

–¿Podrías quedarte con Ricky esta tarde?

–Claro. De hecho, pensaba pasar por tu casa a visitarte. ¿Qué vas a hacer?

–Voy a ver a mi padrastro.

–¿Cómo? ¿Después de lo que hizo el día de tu boda? Debes de estar loca. ¿Qué pasará si te pega de nuevo?

Randi sonrió.

–No lo hará porque voy a ceder a sus demandas. Además, creo que se sentía herido porque no le había contado lo de la boda.

–No seas tonta. Verlo no servirá para nada. Además, ¿qué esperas sacar de esa reunión?

–He decidido vender el rancho.

Hannah estuvo a punto de atragantarse con el té que se había preparado.

–No te preocupes, Hannah. Me aseguraré de que Lewis Lee y tú podáis seguir viviendo aquí todo el tiempo que queráis.

–No me preocupo por nosotros, sino por ti. ¿Qué vas a hacer sin el rancho?

–Iré a la universidad.

–¿Y Manny? ¿Y el niño?

–Oh...

Randi había olvidado que su amiga no sabía la verdad y que por tanto tampoco sabía que Manny se iba a marchar en cualquier momento.

Por fortuna, Marian tenía tantas preguntas que hacer que olvidó aquella en concreto.

–¿Cómo puedes dejar la casa de tu familia? Has trabajado mucho por mantener a flote el rancho. ¿Es que ya no te importa la tierra? ¿Es que ya no te importa la promesa que le hiciste a tu padre?

Los ojos de Randi se llenaron de lágrimas.

–Por supuesto que me importa, pero todo ha terminado. El banco no me dará más créditos y ya no tengo nada que vender, salvo la tierra.

–Nunca pensé que vería el día en que un Cullen se rindiera.

–A veces hay que aceptar la realidad, Hannah. Tengo que crecer, sacar lo que pueda de esta situación e iniciar una nueva vida.

Manny entró en la biblioteca pública de Willow Springs y encontró a Marian en su despacho. Desde hacía días, tenía la sensación de estar pasando algo por alto en la investigación del caso.

Además, se sentía culpable por haber utilizado a Randi. Y si ni siquiera conseguía encontrar a los asesinos de los padres de Ricky, sabía que no se lo perdonaría nunca.

–¿Podemos hablar un momento? –preguntó a la mujer.

–Por supuesto. Siéntate. Siempre tengo tiempo para el marido de Randi.

Manny pensó que debía andar con pies de plomo. Marian podía ser una gran fuente de información sobre lo que sucedía en los alrededores, pero no le contaría nada si pensaba que podía hacer daño con ello a su amiga.

–Randi y yo hemos pensado en que sería mejor que ella adoptara legalmente al niño. Ya los has visto juntos... están hechos el uno para el otro y se adoran. Si me pasara algo a mí, no tendría derechos sobre él en este estado.

Marian asintió.

–Sí, es cierto, he leído sobre casos similares. Al parecer, surgen problemas cuando los niños tienen familiares sanguíneos.

–En efecto, así que queremos resolverlo. Pero no sabemos nada de adopciones, y como conoces a mucha gente, he pensado que tal vez se te ocurriera alguna idea...

–Bueno, sé de alguien que os podría ayudar, pero dudo que estés interesado.

–¿De quién se trata?

–Una chica vino a pedirme consejo hace tiempo. Había oído hablar de un abogado de la ciudad que lleva testamentos y cosas por el estilo pero que también gestiona adopciones en secreto, para gente necesitada. La chica me contó más tarde que se iba a ocupar de su asunto.

–Suena como lo que necesitamos… ¿Crees que podría ayudarnos?

–No lo creo.

–¿Por qué?

–Porque es el padrastro de Randi. Frank.

Manny cayó en la cuenta de repente. Eso era lo que se le había estado pasando por alto. El día que conoció a Randi, le había comentado que su padrastro era abogado en Willow Springs, y Reid había dicho que el contacto debía ser un hombre familiarizado con las leyes, alguien que conociera la legislación y que viajara a menudo a México.

No podía creer que no lo hubiera pensado hasta entonces.

Se despidió de Marian y se dirigió al rancho. De camino, habló con su jefe por teléfono.

–Quédate con Randi y con el niño –dijo su jefe–. Investigaremos a ese tipo, pero no queremos que se dé cuenta antes de tiempo. Debemos impedir que se nos escape.

Manny colgó poco después y pisó a fondo el acelerador. Tenía un mal presentimiento.

Cuando llegó a la casa, salió corriendo hacia ella y entró. En la cocina, pegada en el frigorífico, encontró una nota de Randi. Decía que había llevado a Ricky con Hannah.

A pesar de que la nota debería haberlo tranquilizado, sintió el irrefrenable impulso de estar con ellos, así que se dirigió a la casa de la amiga de su amante. Minutos más tarde, Hannah le abrió la puerta, con el pequeño en brazos.

–Me preguntaba cuándo aparecerías…

Hannah no parecía nada contenta.

–¿Qué ocurre? ¿Dónde está Randi?

–Se ha ido a acabar con el sueño de cinco generaciones. ¿Y dónde estaba su caballero andante, el que se suponía que debía protegerla? –preguntó con ironía–. ¿Dónde estaba el marido que le prometió amor eterno?

–Hannah, no te entiendo en absoluto. Estoy aquí. Pero, ¿dónde se ha metido Randi?

–Se ha marchado a pactar con el diablo. Y si Frank Riley vuelve a hacerle daño, te aseguro que te perseguiré por todo el mundo hasta hacértelo pagar. Te haré personalmente responsable de lo que suceda.

–¿Frank? ¿Ha ido a ver a su padrastro? –preguntó, asustado–.

¿Puedes quedarte un rato más con Ricky?

Antes de que pudiera contestar, Manny ya se había alejado y entrado de nuevo en su vehículo. No podía pensar, ni respirar siquiera. No soportaba la idea de haberle fallado de nuevo a Randi.

La amaba. Ahora lo sabía, aunque también sabía que de todos modos la iba a abandonar.

Pero si le ocurría algo, no podría perdonárselo. Ya no le importaría nada. Mataría al hombre que le hiciera daño y después se entregaría a las autoridades. De ese modo, no volvería a fallar a ningún ser querido. Nunca más.

Capítulo Doce

–¿Qué quieres? –preguntó Frank a Randi desde la entrada de su moderna casa de dos pisos.

Randi no había estado nunca en la casa y le sorprendió observar que no parecía de la zona. Parecía haber salido de algún barrio residencial de Austin y estaba algo fuera de lugar en el campo.

–Siento lo del otro día, Frank. Pero he pensado en tu oferta y creo que voy a aceptarla.

–Vaya, veo que por fin has entrado en razón –dijo, mientras la invitaba a entrar–. Pasa a mi despacho y hablaremos.

Mientras avanzaban por la casa, Randi notó que estaba muy revuelta. Había documentos esparcidos por todas las superficies y los objetos estaban muy desordenados. Le pareció extraño porque Frank siempre había sido un hombre cuidadoso. Incluso se preguntó si no se habría vuelto loco.

Cuando llegaron al despacho, ni él se sentó ni la invitó a que lo hiciera, así que se quedaron de pie, frente a frente.

–¿Por qué has cambiado de opinión?

–Necesito el dinero –se limitó a responder.

–¿Necesitas el dinero? ¿Lo necesitas tú o ese cretino con el que te has casado?

La cruel expresión de sus ojos la irritó.

–Mi marido no tiene nada que ver con esto.

–Seguro que no –se burló–. Pero supongo que debo de estarle agradecido por tu decisión. Tu matrimonio va a ser más positivo para mí, al final, de lo que había imaginado. Me alegra que tu marido sea un inútil incapaz de encontrar un empleo y buscarse la vida.

Randi pensó que Frank era el mismo diablo, pero también socio suyo en el rancho y no tenía más remedio que tratar con él.

–Manny tiene trabajo. Es agente federal y está investigando un caso de secuestro –dijo, para cerrarle la boca–. Y, por lo demás, no tiene nada que ver con la decisión que he tomado.

Frank sonrió, pero sus ojos denotaron nerviosismo.

–Así que has estado ayudando al FBI. No me extraña que los sintiera cerca últimamente. Debí imaginar que tu matrimonio era una farsa. Nadie, ni siquiera ese tipo, se casaría contigo.

La agresividad de Frank la dejó desarmada y no supo qué decir.

–A partir de hoy vas a hacer exactamente lo que yo te diga –continuó–. Firmarás los documentos que te ordene y le dirás al FBI solo lo que yo quiera que les digas. ¿Comprendido?

–¿Y qué pasará si me niego?

–Si lo haces, me encargaré de involucrarte en el asunto de la venta de niños. Aunque las ventas no se llevaran aquí, nadie creería que yo pudiera estar involucrado y tú no, teniendo en cuenta que somos socios.

–¿Tú? ¿Venta de niños? Oh, Dios...

Randi lo había comprendido demasiado tarde.

–Me entristece que hayas dicho eso, Frank.

Randi y su padrastro se volvieron hacia el hombre que acababa de hablar. Era Manny, que los observaba con evidente enfado desde el umbral.

–Manny, gracias a Dios...

–Vas a lamentar haber venido a mi casa, mexicano. Tú y tu pequeña prostituta os vais a matar el uno al otro tras un ataque de celos. Eso será lo que dirán en los periódicos... qué pena. Y pensar que acababais de casaros.

Frank sacó una pistola de su escritorio y les apuntó con ella.

Manny miró a su padrastro con tranquilidad, pero Randi notó que daba un paso hacia ella de forma inadvertida.

–Lo siento por ti, Riley. Ahora tendré que arrestarte antes de que podamos completar la investigación, y nos complicarás el papeleo.

–¿Debo recordarte quién tiene la pistola, agente espalda mojada?

Manny siguió hablando como si Frank no hubiera dicho nada.

–Por supuesto, el papeleo sería más sencillo si acabo contigo aquí mismo. El forense tendría que investigar un poco y atar todos los cabos, pero sería su problema.

Randi estaba tan alterada que se sintió desfallecer. Manny la tomó de la cintura y Frank dijo:

–Ni te muevas. Quédate bien quieto, donde estás. Preferiría no mataros aquí, pero si debo hacerlo, lo haré.

–No tengas miedo, cariño –dijo Manny a su esposa–. No nos matará aquí. Además, estoy seguro de que tu padrastro no se

atrevería a disparar.

–No puedo creer que mi madre se casara contigo, Frank –dijo Randi–. Seguro que la manipulaste para convencerla. No pudo estar enamorada de ti.

Manny sospechaba que Randi solo pretendía que Frank se concentrara en ella y lo dejara en paz a él, pero no le gustó su estrategia. En cuanto vio la mirada del hombre, supo que ahora sí tenían problemas.

–Cállate. A quién le importa eso. Pero es cierto que me las arreglé para que tu madre me diera el control del rancho. En cuanto a ti, ni siquiera te diste cuenta de que he estado saboteando tu trabajo todos estos años. Eres tan tonta y tan ingenua que pensaste que era mala suerte.

–¿Fuiste tú? ¿Pero por qué? Como socio mío, tenías que pagar parte de los desperfectos... ¿Por qué lo hiciste?

–¿Es que todavía no te das cuenta? Te engañé. Este sitio vale millones, pero debía convencerte para que lo vendieras. Si lo hubiera conseguido, habría encontrado la forma de robarte casi todo el dinero. Pero no quisiste y he tenido que seguir con ese maldito negocio de la venta de niños, que nunca me gustó –declaró el hombre–. Mi disgusto no se debe a que me importen sus familias en absoluto, no. Es porque odio tener que trabajar con ese tipo de gente.

–Pero... Eres un maldito canalla –espeto Randi.

–Y tú, tan estúpida que no mereces vivir.

Frank alzó la pistola entonces y le apuntó a la cabeza.

–¡No! –exclamó Manny.

El policía empujó a Randi al suelo y disparó su revolver en el mismo momento en que sonó la detonación de la pistola de Frank.

Manny oyó el grito de Randi y acto seguido sintió el impacto de la bala. Intentó no dejar caer su revolver, pero, un segundo después, cayó al suelo.

Dos días, siete puntos y veinte tazas de café más tarde, Manny se reunió con Reid en el aparcamiento del hospital del condado de Uvalde. El fresco y frío aire preinvernal disipaba un poco el olor antiséptico y desagradable del establecimiento.

–¿Qué tal está Randi hoy? –preguntó Manny.

El policía no la había visto desde el tiroteo.

–Está bien. Ya te he dicho mil veces que no resultó herida. Te está esperando en el rancho con Ricky.

–Es una gran mujer, ¿no te parece?

–Sí, es espectacular. Cuando caíste al suelo, tuvo la presencia de ánimo suficiente para tomar tu pistola, apuntar a Frank y quedarse allí hasta que llegó el sheriff. Te salvó la vida y salvó toda la operación.

Los dos hombres caminaron hacia el vehículo alquilado que Manny iba a usar para llevar a Ricky a San Antonio. No estaba particularmente ansioso por dejar al niño en manos de la asistencia social, pero en ese momento no quiso pensar demasiado en ello.

Manny se despidió de su jefe, con un monumental dolor de cabeza, y quedaron en encontrarse en unos días en la sede del FBI de San Antonio. Dividido entre el deseo de ver a su esposa y el dolor por tener que separarse del pequeño, Manny subió al vehículo y se dirigió, lentamente, hacia el Running C.

–Eres un gran chico –dijo Randi, mientras el niño daba unos pasos por la cocina.

Randi se preguntó cómo iba a poder vivir sin la presencia de Ricky en la casa. Ya era bastante malo no haber podido visitar a Manny en el hospital. Su jefe le había dicho que estaba demasiado ocupado con el papeleo del caso, pero le había asegurado que tenía la cabeza muy dura y que la bala, además, apenas le había rozado la frente.

Minutos después, la puerta trasera se abrió y oyó unos pasos que encontró en extremo familiares. Sabía que los oía por última vez y sintió un intenso y agudo dolor.

–Ya estoy aquí...

Manny se acercó a ella y Randi tuvo que hacer un esfuerzo por controlar las lágrimas.

–¿Estás bien? –preguntó él–. ¿Te hiciste daño durante el tiroteo?

Ella negó con la cabeza, incapaz de encontrar palabras para expresarse. Manny llevaba una venda en la frente y la tocó con la punta de los dedos. Él sonrió. Fue una sonrisa dulce y cálida, pero suficiente para que lo deseara de un modo muy intenso.

–¿Has pensado en ir a la universidad ahora que eres libre? –preguntó él.

–He decidido que no voy a ir. Me quedaré aquí, en el rancho, en

el lugar al que pertenezco. Haré la carrera por la universidad a distancia y estudiaré administración, mientras tanto. Lewis Lee dice que me ayudará con el papeleo mientras trabajamos en las tierras.

–¿Y qué hay del dinero? Para conseguir que sea rentable, se necesitará una inversión previa.

–Resultó que el fondo que dejó mi padre tenía mucho dinero. Frank lo había ocultado en un banco de la ciudad. Pero tu jefe me ayudó a localizarlo y a devolverme el control sobre él.

–Me alegro mucho por ti, Randi. Ahora podré descansar mejor –dijo, mientras la tomaba de la mano y la acariciaba–. Y estoy orgulloso de lo que has hecho. Has recorrido un largo camino desde aquella tímida chica que rescató a un extraño y a un niño.

Randi pensó que era cierto. Había recorrido un largo camino y se había convertido en una mujer decidida que sabía cuidar de sí misma y de las personas que la rodeaban.

–¿Tienes que marcharte ya? Puedo prepararte algo de comer antes. Tal vez sería mejor que te quedaras esta noche y te marcharas mañana por la mañana.

–Randi, esto es muy difícil para los dos. No insistas. Sabes que no soy bueno para ti. No soy bueno para nadie.

Randi no estaba de acuerdo en absoluto. Quería decirle que era el mejor hombre que había conocido y el mejor que iba a conocer en su vida, pero sabía que no la escucharía. Llevaba años intentando convencerse de que era un mal tipo que debía mantenerse alejado de la gente.

Deprimida, le dio la espalda.

–¿No vas a acompañarnos al coche?

–No puedo –respondió, con voz rota–. Vete, por favor.

Randi se alegró por no tener que mirarlo a la cara. Y aún se alegró más por mantener la calma y no empezar a llorar.

–¿Estarás bien?

–Estaré bien.

Un par de minutos más tarde, oyó el motor del vehículo de Manny, que se alejó por la carretera.

En aquel último instante, Randi supo que no volvería a ser feliz.

Lewis Lee se enfadó con Randi cuando dejó caer el martillo sobre su pie. Llevaba semanas comportándose como una niña malcriada y ella lo sabía.

Estaban reparando los cercados, preparándolos para la época de cría del ganado, y aunque no se podía decir que fuera un trabajo muy divertido, tampoco era especialmente complicado. Sin embargo, un clavo mal puesto o un tablón mal colocado bastaban para que Randi perdiera la paciencia.

Los días transcurrían con una inmensa monotonía, y cada mañana le parecía igual que la anterior. Por la noche, estudiaba hasta quedarse dormida, y si no lo conseguía, paseaba por la casa imaginando la risa o los llantos de Ricky. Además, no podía dejar de pensar en Manny.

Amaba su soledad. Y, al mismo tiempo, la odiaba.

–¿Has sabido algo de Manny últimamente? –preguntó Lewis Lee, mientras recogía el martillo.

–No, ni una palabra desde que se marchó. Pero Marian me contó que en el FBI le han dado algún tipo de medalla por salvar la vida de Ricky. Cuando hablé con Reid, me contó que lo iban a ascender. Así que supongo que las cosas le van bien.

–Si no me necesitas para nada más, creo que me marcharé.

Lewis subió a su camioneta minutos más tarde y se alejó.

Cuando Randi llegó a su casa, le sorprendió ver que el coche del sheriff estaba en el vado. Sintió una repentina angustia, pensando que tal vez había ido a verla para darle malas noticias, pero avanzó de todas formas hacia él.

Entonces, se llevó una pequeña sorpresa. El hombre que estaba en su interior, y que salió al ver que se aproximaba, no era el sheriff, sino un individuo alto y fuerte, de pelo oscuro. No había ningún hombre tan atractivo en el departamento de policía de la localidad.

Pero antes de que se diera la vuelta y pudiera ver su cara, ya lo había comprendido.

Era Manny, y estaba muy cambiado. Llevaba el uniforme reglamentario, perfectamente inmaculado, y se había cortado el pelo y lo llevaba al estilo militar.

–¿Qué haces vestido así? ¿Estás trabajando en un nuevo caso? –preguntó.

Él avanzó hacia ella y se detuvo a unos pasos.

–No es un nuevo caso, sino un nuevo empleo.

Randi se quitó los guantes que se había puesto para trabajar y se los guardó en un bolsillo trasero.

–He oído que te dieron una medalla y que te han ascendido.

Felicidades.

–Eso no significa nada para mí. La medalla la merecías tú, porque fuiste tú quien nos salvaste aquella noche. Y fuiste tú quien capturó a Frank.

–Y dime, ¿de qué nuevo empleo estás hablando?

–Randi, querida, estás ante el nuevo ayudante del sheriff del condado de Uvalde. El sheriff anterior se va a jubilar y Wade lo sustituirá.

–¿Qué has dicho? ¿Es eso cierto? –preguntó, sorprendida–. ¿Y qué hay de tu trabajo en el FBI?

–Pensé que ya era hora de dejarlo. Prefiero abandonar la oscuridad y vivir al sol contigo, cariño. Cuando recibí la medalla, el sheriff me ofreció el empleo y yo acepté. Así podré integrarme en la comunidad... Pero, para eso, necesitaré una familia. Y una esposa.

Ella suspiró, asombrada, y él sonrió.

–Randi, ¿conoces a alguien que quisiera casarse con el nuevo ayudante del sheriff?

–No, no conozco a nadie.

–Escucha, Randi, tal vez no has entendido lo que pretendo decir...

–No, escúchame tú, tonto –dijo ella, con rapidez–. Solo te estaba tomando el pelo. No puedo casarme contigo porque ya estoy casada contigo.

–Pero la anulación... Firmé los papeles hace un mes. ¿Es que Reid no te los ha mandado?

–Sí, pero yo no los firmé. No pude hacerlo. Además, pensé que si querías que realmente los firmara, tendrías que venir a pedírmelo y sería una buena excusa para verte una vez más.

Manny se acercó entonces a ella y la besó. Randi se apretó contra él y se dejó llevar. Llevaba mucho tiempo esperando aquel instante.

Después, él la tomo en brazos y la llevó hacia la casa. Pero antes de comenzar a subir las escaleras, la besó de nuevo y dijo:

–Te prometo que nunca te haré daño, Randi, y que nunca volveré a esconderme de la vida. Haré todo lo que esté en mi mano para que pasemos el resto de nuestras vidas en los seguros brazos de nuestra familia y de nuestra comunidad.

Epílogo

Dos semanas más tarde, Randi se encontró en una situación familiar. Se dirigía con Marian hacia la iglesia de Willow Springs. Los días anteriores a la Navidad estaban resultando muy fríos y el viento azotaba los algodonales y levantaba nubes de polvo en las carreteras.

–Todo esto es tan romántico... –dijo Marian, mientras aparcaban.

–Me habría gustado que Manny no insistiera en que nuestra segunda boda sea un acto por todo lo alto –dijo ella, mientras se arreglaba un poco el vestido de su bisabuela.

–Pero siempre quisiste una boda digna de cuento... Aunque la primera fue bonita, aunque no fuera real. Esta vez, sin embargo, no habrá problemas. Toda la familia y los amigos de Manny están aquí, así como casi todo el pueblo.

–Supongo que...

–No pareces muy feliz, y deberías estarlo. Ya tienes lo que deseabas.

–No, todavía no.

Ricky no estaba con ella. Y Randi pensaba que lo había perdido para siempre.

Los últimos diez días con Manny habían sido como estar en el paraíso. Decidieron volver a casarse antes de que él comenzara con su nuevo empleo, y se habían pasado casi todo el tiempo en la cama, haciendo el amor. De hecho, al pensar en la perspectiva de una nueva noche de bodas, sonrió. Esta vez, no necesitaría leer ningún libro.

Pero no era totalmente feliz.

Una hora más tarde, la ceremonia estaba a punto de comenzar. Randi estaba de pie con Lewis Lee en el vestíbulo, esperando. Todavía no había tenido tiempo de charlar demasiado con los familiares de su marido, que llenaban el lugar.

Entonces se abrió la puerta de la iglesia y Manny se asomó.

–¿Puedo hablar contigo un momento?

–Márchate. Se supone que debes esperar en la entrada hasta que

comience la ceremonia.

Él sonrió.

–Sí, pero quería decirte que Witt lo ha conseguido.

Witt iba a volver a ser su padrino, pero llegaba tarde y todavía no había aparecido. Reid insistió en que comenzaran la ceremonia sin él, pero Manny se empeñó en que esperaran.

–Oh, Manny, soy tan feliz... Sé que para ti significa mucho su presencia.

–Mucho más de lo que puedes imaginar. Y no solo para mí, sino también para ti. Su esposa, Carley, ha venido con él. Y ha traído otro regalo de bodas.

–Estoy deseando conocerla...

Justo entonces se abrió del todo la puerta y Randi pudo ver a Witt y a una preciosa mujer de cabello dorado, que llevaba un niño.

Pero no era un niño cualquiera. Era Ricky.

–Dios mío...

Los ojos de Randi se llenaron de lágrimas.

–Mamá... –dijo el niño, al verla.

Randi tomó al niño y lo abrazó con fuerza. Manny se acercó a ellos y pasó un brazo por encima de los hombros de su esposa.

–¿Cuánto tiempo puede quedarse con nosotros?

–Para siempre.

–Pero... ¿cómo lo has conseguido?

–Si no os importa, nosotros esperaremos dentro –dijo entonces Carley Davidson, tomando a su marido del brazo–. Los niños de Casa del Valle van a echar de menos a Ricky. Es una joya. Pero creo que os necesita tanto como vosotros a él.

Cuando se quedaron los tres a solas, Manny miró a la mujer de pálidos ojos verdes que había conquistado su corazón. Era más que su vida. Lo había salvado de la soledad y le había hecho comprender que su existencia no había terminado a los diez años.

–Ricky no tenía familia en México, así que pedí algunos favores. Ya te lo explicaré más tarde. Ahora estoy deseando que termine la ceremonia para empezar a trabajar y dar a Ricky un hermano o una hermana.

–¿Quieres que tengamos más niños? –preguntó, con ojos brillantes por la alegría.

–Muchos más. Recuerda que procedo de una familia muy grande.

–Oh, Manny, siempre quise una gran familia...

El nuevo ayudante del sheriff rio. Era una mujer asombrosa y, afortunadamente para él, estaban casados.

La abrazó con fuerza, la besó en la frente y después acarició al pequeño Ricky. Ya no les esperaban años de oscuridad, sino de luz.

Por fin estaban juntos, y los dos se enfrentaban a un mágico y nuevo comienzo.